



# NOSOTROS



**RAFAEL OBLIGADO**

(Falleció en Mendoza el 8 de Marzo de 1920)

## RAFAEL OBLIGADO

Hemos de honrar dignamente la memoria del ilustre poeta, fallecido en Mendoza el pasado 8 de Marzo. El próximo número de NOSOTROS estará dedicado todo entero a él, al hombre y a la obra. Escritores argentinos de diversas generaciones, dirán concordes en estas páginas qué varón nobilísimo se ha perdido en Rafael Obligado y cuánto es el contenido y el significado de su poesía.

Nuestro director Roberto F. Giusti, habló en el acto del entierro del poeta, en nombre de esta revista, para la cual fué Obligado un cariñoso amigo, habiendo sido el primer presidente del directorio de la Sociedad NOSOTROS, y vocal del mismo hasta el día de su muerte.

Su breve discurso fué éste:

*La revista NOSOTROS consagrará oportunamente al poeta ilustre cuyos restos mortales despedimos en esta ceremonia, el homenaje que es debido a su obra admirable. El juicio de los contemporáneos ya será en cierto modo el juicio de la posteridad, pues largos años han decantado esa clara vena, y ella es tan fresca y limpia para nuestros labios como lo fué para los labios de nuestros padres.*

*Es la de Rafael Obligado obra que se incorpora definitivamente a la producción poética argentina, junto a la de los mayores. Y en ella debemos celebrar, a la par de la inspiración, la realización artística impecable, alto ejemplo en nuestra literatura repentista y desmañada.*

*Pero esta hora triste que nuestro corazón desea abreviar, no es ocasión para el examen crítico. Aquí hablo ante la tumba del que fué, más que amigo nuestro, padre.*

*Los hombres de NOSOTROS no olvidarán nunca lo que Rafael Obligado significó para esta revista de cultura, en sus horas más difíciles: anciano y glorioso, él fué, en la lucha, el com-*

*pañero decidido y entusiasta de los que recién llegábamos. Recuerde cada generación de las que se han sucedido desde el 80, qué representó Obligado en su seno o por encima de ella; la nueva generación que se esfuerza en torno de NOSOTROS, afirma por mis labios, que no pudo anhelar amigo, protector, maestro más generoso e idealista.*

*Es que en su alma no existía aquella disparidad y contradicción de sentimientos que con tanta frecuencia notamos aun en las más excepcionales: de un lado, el hombre, mezquino y devorado por las pasiones o el interés; del otro, la mente alta y noble del artista. En Rafael Obligado fué absoluta la armonía entre el hombre y el poeta. En la intimidad del hogar, le vimos como en su obra, afable, tierno, bondadoso, sereno, y aun en la charla familiar, que era conmovida e imaginativa, poeta como en sus más bellas estrofas.*

*Aquí traigo, señores, para el poeta, nuestra admiración; para el amigo, nuestro adiós cariñoso; para el maestro, la promesa de nuestra inolvidable gratitud.*

---

## VICENTE FIDEL LOPEZ

*A mi hijo Luis.*

Prosiguiendo lo biografía del Dr. D. Vicente Fidel López en el punto y edad que la dejara su interrumpida publicación (1). diré que de Buenos Aires pasó a Córdoba hospedándose en la casa solariega de su futuro suegro, trasladada a nuestra retina con admirable modo por Lucio Vicente López en *El Salto de Ascochinga*, uno de sus artículos más bellos y de más diestra precisión. En Córdoba D. Vicente Fidel conoce al General Paz, vinculación que determina acaso la respetuosa simpatía que profesó desde entonces al invicto general.

De Córdoba pasó a Chile.

Santiago, Valparaíso y Copiapó, y, de la República Oriental, Montevideo, han sido las ciudades de toda la América del Sud, que más abrigo prestaran a la emigración argentina civil y militar, en los años tempestuosos que median del 35 al 52.

La hospitalidad fué retribuida con el aporte de vida intelectual que, a poco de llegar, sentíase en las esferas de aquellas sociedades embrionarias, envueltas en el matiz de campamento y en el más impenetrable de la vida conventual. Eran más nítidas que ahora las líneas de fronteras. Con toda exactitud, podían repetir los oradores, poetas y periodistas de entonces, la afirmación elocuentísima de Avellaneda, cincuenta años más tarde, al echar los recuerdos en dirección a esas épocas: —“Hay, sí, una patria americana”.

López fué recibido por la sociedad de Chile, aquella que aún usaba la vajilla de plata de la época presidencial cuando era Reino, con la credencial que le prestaban los dones y prosapia de su hogar patricio. Todos los argentinos, además, que se le habían adelantado, como Las Heras para citar un nombre de

---

(1) La Biblioteca—*Autobiografía*—Tomo I, pág. 325.

relieve, abriéronle, de par en par las puertas del corazón al joven letrado (25 años de edad) que llegaba como un obrero espiritual cantando su canción de sueños, pronto a empezar, hecha en mano, la ardua labor en la selva enmarañada.

Yo no conozco un solo rasgo, un solo caso, en que no brille la dignidad más pura en la conducta de estos emigrados nuestros, diseminados por toda la extensión del continente; y alguna vez, repitiendo crónicas escritas y verbales de los descendientes de esos varones fuertes, he reconstruído el cuadro de la noble dama sacando con la negra esclava las últimas piezas de plata del fondo de la petaca; y más allá, el sacerdote, también expatriado, dibujándoles a los chicos el abecedario con su bastón nudoso sobre la arena tibia... a falta de anagnosia!

Repitamos a Sarmiento:

Como le vá mi amigo, preguntáronle al Chacho un día al encontrarlo entre duros peñascales, camino de la ardua Cordillera.

—Como mi hay d'ir pues, contestó el bravo, sin bajar la frente.

—Como mi hay d'ir:—en Chile y a pie!

En pedregoso suelo estraño y sin caballo!

Pero salía vencedora la silenciosa y delicada pujanza en la dama, en el sacerdote o el caudillo...

En Chile, (Valparaíso) el Dr. López funda un Colegio con Sarmiento (El Liceo) y el periódico *El Progreso*, aquel en cuyo folletín se escribiera el *Facundo* en 1845.

López también ejerce el periodismo, aunque fuera innata en él, como en Alberdi, su aversión hácia esta forma de demostración de los conocimientos, por lo superficial, improvisada y pedantesca. Comparte su tiempo entre las tareas del profesorado universitario donde marca su acción con *Memorias* que merecieron la aprobación de los más competentes representantes de la Instrucción Pública y del gobierno, y en las que esboza ya sus condiciones de sociólogo y estadista. Puede decirse que con el Dr. López "se echaron en Chile los primeros fundamentos de la educación primaria en la escuela normal". Comparte su tiempo, decía, entre las tareas de la alta enseñanza, que prosigue más tarde en Montevideo y que lo preparan para el Ministerio de Instrucción y el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires, y sus incontenibles aficiones al culto y práctica de

las letras, enredándose del propio modo en travesuras de romanticismo para quitar el cetro literario a Jotabeche, como alcanzando a Casacuberta arreglos, más que traducciones, de obras teatrales como *Una mancha de sangre* por ejemplo, éxito glorioso para el autor y el actor.

No sé a punto cierto hasta qué año residió López en Chile. Lo veo aparecer en 1844 en Río de Janeiro y establecerse ese mismo año en Montevideo, casado ya, pues en 1848 nació en esa ciudad, bajo el destierro, su hijo Lucio. He descubierto que desde aquellos años el joven Doctor López se preparaba a escribir la historia de su patria, apostolado que debió serle indicado por su propio padre a estar al decidido empeño con que este lo asociaba desde niño al relato de los grandes hechos y aún a las escenas más íntimas, como se desprende de las presentes notas con que nos advierte el distinguido narrador que tal suceso le consta por haber estado presente cuando la referencia de los mismos actores.

Interrúmpome a mí mismo para detenerme en una de las tantas páginas que prueban que este niño asistía a todos los lugares donde su padre iba, cualquiera fuera la hora y la naturaleza delicada del acontecimiento. Oigámosle: El relato de lo que va a pasar se refiere al año 20.

“Era yo un tierno niño entonces, y recuerdo la consternación indescriptible en que de pronto ví a mi padre. Era él, como se conservó siempre, íntimo amigo del General Balcarce y estaba bastante comprometido en la política directorial; era la entrada de la noche y absorto yo ante el pánico que presenciaba, oía y pensaba que se trataba de degollarnos a todos. Mi padre me tomó de la mano: seguíanos mi madre como Hecuba en la terrífica noche de Troya. Al entrar al salón de las aflicciones, ví lo que conservo todavía en mi retina con vivísimos colores, y de lo que solo he venido a darme cuenta por las reminiscencias posteriores. Bellísima de rasgos y de griega talla, la señora Da. Trinidad Mantilla de Balcarce, era una beldad de fama en la capital, una dama altiva y dominante. Suelto el abundante cabello, crispadas las marmóreas manos sobre la espléndida cabeza, y de hinojos en medio del salón, daba gritos aterrantes, y parecía querer alcanzar al cielo con sus imprecaciones. Su hija, la que fué después señora de Coe, echada sobre las rodillas de la madre gemía anegada en

“ un torrente de lágrimas ; y el tierno hijo, el inseparable com-  
“ pañero de mi niñez, figuraba en la trágica escena prendido  
“ al cuello de la madre. Algún dolor como ese debió ser el que  
“ inspiró al estatuario griego el grupo de Niobe. Aquellas im-  
“ precaciones y lamentos arrancados por el dolor y por el or-  
“ gullo del nombre que creía mancillado por la derrota y por  
“ la muerte, el rostro en el paroxismo del despecho estrellán-  
“ dose contra la insondable fatalidad de la desgracia, las ropas  
“ del seno desgarradas y los cabellos sacudiéndose como en ven-  
“ daval, tenían a los innumerables circunstantes allí apiñados,  
“ petrificados delante de aquella mujer que había concentrado  
“ en el amor de su marido, y en el culto de la patria, las inten-  
“ sas pasiones de un alma conocidamente ardorosa y exaltada.  
“ De lo que se siguió no recuerdo más sinó que en las altas  
“ horas de la noche se sintieron grandes golpes en las venta-  
“ nas de nuestra casa ; y que hablando después de los años so-  
“ bre esto supe que había sido que D. Tomás de Luca había  
“ venido a decirle a mi padre que “Balcarce se había salvado  
“ sin perder un hombre y que venía por el río a defender a  
“ Buenos Aires”. Todo se puso en nuevo movimiento: el cua-  
“ dro había cambiado”.

Pero, es lo cierto que, al transcribir este pasaje no me ha determinado tan solo el fin de demostrar la hermosa y útil vinculación de padre e hijo, sinó el de hacer conocer la impecable forma clásica de que se vale este cultor eximio de las letras para narrar un cualquier episodio de angustia de uno de los hogares porteños en que brillaba la irradiación de la belleza. El ánimo está atónito ante la gravedad del suceso que se anuncia ; mas, atónito también se vé, ante las figuras de alto relieve que el escritor artista esculpe.

Yo he tenido el otro día ante mi vista en uno de los viejos hogares de esta ciudad de Buenos Aires un retrato de dama, semejante en su plástica hermosura a la señora de Balcarce ; el de doña Carmen Zavalta de Saavedra. No había llegado aún a expresar mi impresión admirativa por la blanda armonía de su rostro y del conjunto, cuando me presentaron el retrato de su madre antigua, pero sacado en plena juventud: era la efigie de una beldad tranquila y perfecta como la de una musa, como la de una diosa, como la de una figura también marmórea y grie-

ga. Bajo esta impresión directa y personal he comprendido la exactitud del colorido de la narración del Dr. López.

Su tentativa de escribir la historia debió limitarse en Montevideo a la acumulación de apuntes, como en Chile, recogidos de labios de los mismos protagonistas militares y civiles de la heroica epopeya, porque un suceso inquietante rompió el espacio de la América entera con estridente son: El General Urquiza acababa de lanzar su pronunciamiento contra Rozas. Y desde Mayo a Febrero subsiguiente no hubo más que una oración, una ansiedad, un voto en todos los labios, en todos los hogares, en todas las almas cívicas.

Al otro día de la caída del tirano, una luz nueva se hizo. Familias menesterosas y pudientes regresaron como las viejas tribus, después de andar por tanto tiempo errantes. Fueron los primeros en cuerpo o en espíritu los universitarios del año 30; los jóvenes aquellos de la asociación del 39 y los adherentes al dogma; los escritores, oradores y poetas que habían sobrevivido, viviendo como Sieyés, bajo el terror; los hombres de pensamiento que, alejados durante su pujante juventud, practicaron en extrañas tierras la fórmula de Montalvo: "Comer hambre y beber sed" antes de quebrantar sus ideales ante el despota.

López regresó, pues, a Buenos Aires. El joven soñador, que se alejara a los 25 años de edad, retornaba de 37, reposado y melancólico, de honda penetración, de amplio saber, con ideas arraigadas, hechas, acerca de la única forma de organizar el país.

No debemos olvidar que durante quince años estas ideas se habían adherido a su mentalidad con la fuerza de convicciones sólidas. Desde las controversias con Echeverría y Alberdi, continuadas en el estudio a la luz de la lámpara de las largas vigili-  
as; en contacto directo con los sobrevivientes de la Revolución de Mayo y con los autores de la primera tentativa de organización nacional; sin dejar un día acaso de repasar sistemas y de confrontarlos con el resultado de ellos en otros países de América o Europa, llena el alma de fe, de la fe que emana de la razón, que es la única respetable y fundada, argentinos ilustres como López podían discernir con fijeza entre las pasiones, las utopías y los prejuicios de la nueva sociedad.

Así se incorpora por primera vez a la vida pública en 1852,



mereciendo un lugar extraordinario en la política de esos días y en la historia del país: ser ministro de su propio padre, designado a la sazón gobernador de Buenos Aires, por Urquiza, el vencedor.

Cuando se escriba con detenimiento la biografía completa del Dr. López, será menester decir que además de la cartera de Instrucción Pública desempeñó accidentalmente la de Relaciones Exteriores, en cuyo carácter compareció ante el acuerdo de San Nicolás de los Arroyos. Muy breve fué la actuación ministerial del Dr. López, como que duró tan sólo de Febrero a Junio del año 52. Mas, con ser de cuatro meses, los Registros y compilaciones de medidas oficiales ofrecen un rico material para el investigador que quiera ver el aprovechamiento de su proscripción. De los decretos del joven funcionario, señalaré especialmente el que figura en la Recopilación de Prado y Rojas bajo el N° 1495 por el cual organiza la Facultad de Medicina de esta ciudad de Buenos Aires, decreto que sin ser definitivo, tendió a salvar y salvó sin duda alguna la importante institución, de los funestos resultados de la resolución de Rosas del 27 de Abril de 1838 "dirigida evidentemente a la anonadación gradual de la Universidad". Fué obra del Dr. Vicente Fidel López abrir, clasificar y ordenar los cursos de la carrera hasta el nombramiento de los profesores; desde el horario de las aulas hasta el plan de estudios y organización autónoma de la institución, puesta bajo el cuidado de una comisión de catedráticos de altísimo renombre.

Me he detenido especialmente en esta medida de Gobierno, entresacándola de otras varias, porque ello nos proporciona la oportunidad de dar a conocer una carta completamente inédita escrita por el Dr. López a los 88 años de edad, ligada a aquel decreto con hilos tenues de sutil belleza.

Recibiase en 1897 de Académico de esta misma Facultad el distinguido médico oriundo de Tucumán, mi noble amigo Dr. D. Eliseo Cantón.

Para todos los ojos ofrecía el reciente académico las visibles fulguraciones de una iniciación profesional feliz. Para los del experto anciano, la inteligencia ágil y esbelta del joven sabio llegaría a honrar, como ha honrado, la ciencia médica argentina "antes que sus sienes tomen el color de las plumas del cisne y la alba vejez tiña sus cabellos", como dice Oviedo.

He aquí la carta del Dr. López:

“Buenos Aires, Noviembre 8 de 1897.—Señor doctor don Eliseo Cantón.—Mi apreciado doctor Cantón: He leído con encanto su bellissimo discurso al tomar asiento en la academia de medicina; y tengo que confesarle con ingenuidad que lo he leído y releído hasta con vanidad. ¿Cómo es eso? me dirá usted. Y le daré la razón contándole la historia de un hermoso y fecundo naranjo, que en uno de los patios de mi vieja casa paterna, o mejor dicho, abolenga, producía en su tiempo unas exquisitas naranjas que al llegar la cosecha eran la admiración y la delicia de aquel vecindario modesto y medio colonial todavía entonces. Había plantado el árbol una vieja tía de mi padre, mujer de pobrísima cabeza, nacida allá por el año 1750. Yo la alcancé a inmediaciones de 1830: era solterona, tonta, buena, virtuosa e inocente... sin comparación. Pero como la pobre, según infiero, nada más había producido en toda su vida que el hermosísimo y robusto naranjo, que, por tan elogiado de todos, la ponía orgullosa, a cada elogio que oía contestaba con plácida vanidad: “yo lo planté”. Sí, señor, repetía, yo lo planté, repetía sin cansarse; y era en vano que por mortificarla se quisiese hacerla comprender que entre plantar un naranjo o una higuera, y producir higos o naranjas había gran distancia. Ella, siempre inocente y sin comprenderlo—“yo lo planté” — repetía.

“Permítame mi apreciado amigo y sabio académico describirle el cuento—la floreciente facultad de medicina en que usted se ha educado con tan prestigioso éxito es el naranjo de mi cuento. La academia en cuyo seno ha tomado usted tan merecido asiento es la cosecha y usted uno de los más exquisitos ejemplares de la áurea fruta. ¿Y la vieja tía? me dirá usted?

“Dejémosla en el tintero. Porque al fin: ¿qué mérito o qué gracia hay en haber plantado un naranjo o una higuera en la madre tierra que ha fecundado su vida, su crecimiento y su robustez?

“Reciba mis más sinceros aplausos y permítame decirme, para mí mismo, que si la tierra tucumana padece de paludismos accidentales, produce magníficos ejemplares, cuya robustez, vigor e inteligencia admiramos y envidiamos en otros rin-

“cones de esta vasta y beneficiada tierra con que Dios nos ha favorecido.

“Grave recomendación! antes de firmar. Nada de prensa con el nombre de este su viejo y verdadero amigo a quien ha hecho gozar con la lectura de su discurso.

“Siempre suyo — VICENTE F. LÓPEZ”.

Y vuelvo al joven ministro de 1852.

En las entrevistas frecuentes que celebraba Urquiza durante los cuatro meses de su residencia en Palermo con el Gobernador Dr. López y demás hombres de consejo como Pico, como Vélez, como Alsina, bien pudo apreciar el experto conocedor de hombres la valía del joven Dr. López, de lo que nos ha quedado una prueba irrefragable en las apreciaciones que a cada rato consigna Sarmiento en aquellos de sus escritos dedicados a herir al general.

En todos ellos (véase en especial el tomo XIV de sus obras) flota con entera dignidad la personalidad del Dr. López (hijo) y en todos se vé el influjo, a veces decisivo, que él alcanza en la resistente y dura psiquis del vencedor de Caseros. Otra virtud asoma en la pluma de Sarmiento cada vez que alude a López en este cuarto de hora de poder en Buenos Aires, como en los recuerdos de su común destierro en Chile: López es la musa mediadora y el apacible consejero de Sarmiento. El contiene de la brida al desbocado autor del brulote contra toda la sociedad de Chile en un instante de crisis en que el enfermo se muestra ingobernable y vá a desbarrancar (1843) y él es el único en obtener que el impetuoso ademán se vuelva transigencia, ni siquiera disciplina, delante de quien va a ser y es el ungido del destino frente a la tiranía.

Urquiza recibe en esos días la colaboración de otro espíritu eminente, para la organización de la República: el proyecto de constitución que le enviara Alberdi desde Chile. Hombre de pensamiento por esencia, Alberdi no había traído el aporte de su espada al derrocamiento de la tiranía; enviaba la luz de su cerebración intensa a través de las distancia como traía el joven Dr. López la suya a impulso del mismo patriotismo.

Con aquellos elementos, Urquiza acaricia el afán de resolver de un solo golpe todos los problemas intactos conexos con la organización completa y definitiva del país: la unidad legal de la patria; la sanción de la constitución bajo una forma dada

de gobierno y la fijación de la ciudad capital, asiento de las autoridades nacionales. Era el sueño orgánico de Moreno, interrumpido del Cabildo al Fuerte. Era la realización de aquel anhelo por la formación de un congreso general que fijara en un haz la fórmula completa, política y jurídica de la Revolución de Mayo.

La mayoría de sus consejeros recordó a Urquiza que la cuestión de la capital había sido, acaso, la causa más funesta con que tropezó Rivadavia en 1826, siendo discreto, en consecuencia, separarla de la idea de la constitucionalidad, más urgente e importante. Y, madurado en plan, y en la arrebatada ilusión emergente de la grandeza propia de la obra, aquel Generalísimo que pudo proseguir por su sola voluntad la obra comenzada en Caseros imitando en cierto modo a San Martín en el Perú, para no remontarnos a los ejemplos de los capitanes de la antigüedad y del mismo Napoleón que decretaba con la espada los destinos y hasta la legislación de las naciones, convocó a todos los gobernadores de provincia al memorable acuerdo de San Nicolás, para hacerlos partícipes como representantes de sus estados, en la realización del hecho más trascendental en nuestra historia después de la emancipación. Nadie ha atacado más inexorablemente a Urquiza por esta determinación que Sarmiento el implacable. Nadie le ha rendido mayor justicia que Sarmiento. Por este error—después obra grandiosa—Sarmiento ha llamado “genio político” al general Urquiza.

El acuerdo de San Nicolás es llevado y controvertido ante la Legislatura de Buenos Aires, que poco antes funcionara con el nombre de Honorable Junta de Representantes, en el mismo lugar en que se le acordaron a Rosas las facultades extraordinarias; y allí se encienden y chocan las pasiones como pederuales vigorosamente golpeados en noche de tempestad!

No seré yo quien intente detenerme ante menuda crónica ni siquiera ante ninguna filosofía.

Me basta recordar que aquel grupo opositor, primero a la aprobación del acuerdo, autor después de la revolución de Setiembre y hasta acariciador de la idea de desmembrar para siempre a Buenos Aires del mapa de la República, ocho años más tarde acepta, entre arranques de patriotismo, la obra civil del general Urquiza. López es la figura central del parlamento que estudiamos, como también concurre a la convención del 60.

Sus ojos vieron, sus oídos escucharon a los adversarios elocuentes de aquel día y a la barra embravecida y atroz que puso en peligro su existencia; y en el mismo sitio escucha y vé — seis años más tarde — aceptada con frenesí la fórmula de unión que proclamara, por los mismos elementos que antes lo combatieron y ultrajaron. No hay vestigio de que el ex-ministro, esta vez convencional, se jacte de su victoria. Ha venido expresamente de Montevideo para asistir a la Convención famosa y solo se le siente un comienzo de rugido cuando alguien intenta poner en duda sus derechos para ser componente de la Asamblea por no estar enrolado en la Guardia Nacional. La zarpa del emigrado muestra que es el mismo luchador del 52 y nadie mueve sus armas por esquivar la prueba. El calla y observa. Y qué penetrante es el instrumento de su observación sagaz! Nadie como él llega a través de estos hilos con que está hecha la naturaleza humana, al fondo mismo, oscuro y hondo de nuestros pensamientos y de nuestras pasiones!! Observa y calla!!

El discurso del Dr. López de 1852 es la más alta nota de elocuencia que se haya pronunciado en las asambleas de este país. No es grande el orador por la oración tan sólo, doctrinaria y severa, y apropiada, sinó porque orador alguno, en situación tan tumultuosa, mantuvo más sereno el valor y más elevado el pensamiento. No le conturba nada y nadie, ni el ambiente que lo estrecha ni el tamaño de sus contendientes, ni la soledad de su causa. Habla Mitre de historia, hablan Seguí y Gamboa de derecho, habla Portela de parlamentarismo y a todos contesta con gravedad y éxito. No las frases sonoras y fugaces del discurso de Mitre (tan fugaces que no las vuelve a repetir en su carrera) ni los ademanes de la barra engreída y desenfrenada, lo conmueven. ¿Qué hacer pues? Hay que oponer entonces una gruesa muralla a esta fuerza desconocida, a esta conciencia nueva, a esta fuerza extraña, ariete original, ola gigante que así asalta y avasalla tan sólo con el verbo de su iluminado espíritu. El elegido es Vélez para que conteste al joven ministro. Llévale el doble de edad y el doble de la experiencia y del saber. Y el viejo cordobés, que ha figurado en el Congreso histórico de 1826, armado de su ciencia y de sus canas, dándose cuenta del tamaño cabal de su adversario y de la responsabilidad de ese instante, pronuncia una de sus arengas más clásicas yendo al fondo del acuerdo con todas sus armas de

jurisconsulto y orador. Yo desearía saber en qué otro instante fué más grande el poder de la palabra entre nosotros.

La expectativa es tan intensa que todas las respiraciones cesan.

Las miradas, rojas y hoscas, convergen en un solo lugar. ¿Contestará el Dr. López? Sí! Tengo por delante el cuadro de los grandes oradores del mundo, desde Demóstenes frente a Esquines, hasta Cicerón frente a Catilina. Veo a Sheridan enjuiciando a Warren Hastings; a Dantón, a Mirabeau, a Robespierre! Me atrae con más fuerza este orador glorioso de mi tierra. ¿Sabéis por qué? Porque no desanda un paso la jornada. Porque al hallarse con un rival temido, su talento aumenta y llega a lo más alto de la enhiesta muralla disputada. Es entonces que lo asaltan de improviso las fuerzas enemigas contra las cuales desencadena de un golpe la fusta de sus apóstrofes. ¿Sabéis por ventura lo que significa latigear a una asamblea? Es el mismo espectáculo del domador en la jaula de los leones. Todos rujén! Todos rujén! Parece como que se rompiera de pronto la línea divisoria de la sala y de la barra. Es que va a caer la multitud sobre el ministro inerme? ¿Es que no hay noción de cuerpo colegiado? ¿Es que aquel espectáculo ha perdido su grandeza? La grandeza rehácese cuando el doctor López arroja sobre todas las voces su rugiente voz y ataja con su gallarda valentía la insolencia del montón. Textualmente dice así: "La barra me ha de oír, yo la he de mantener en silencio mientras hable; porque sé como se le hace guardar silencio". Y es fácil comprobar en efecto, con la versión del acta por delante, que aquella vez bastó un hombre para contener el desmán de una multitud desenfrenada y rota. El orador prosigue la enunciación de sus ideas sin que se note un pliegue, causado por la turbulencia sobre la nítida superficie de aquellas claras, gruesas, substanciosas hondas aguas...!

Por eso, por antonomasia, el discurso pronunciado por el doctor don Vicente Fidel López en la Legislatura de Buenos Aires en 1852, debería designarse: *el gran discurso*.

López abandonó Buenos Aires aquella misma noche, pero, más valeroso que Rivadavia, no desesperó de la patria, regresando a Montevideo a proseguir su labor interrumpida de educador y de estudioso. Yo hubiera querido que el ya eminente Dr. López, dentro de la lógica de su credo, con sus innegables

títulos siguiera a sus amigos de juventud Gutiérrez y Alberdi; y, en unión con Gorostiaga y del Carril, reforzando el núcleo pensador y directivo que rodeaba al General, coronara la alta bóveda del edificio cuyos cimientos fueron echados en el Acuerdo de San Nicolás y cuya distribución él como nadie delineó con su discurso. Hay extraños giros en el destino humano. Quizás a haberse trasladado López a la ciudad del Paraná, la historia de la Organización Nacional nos presentara otras fases: de tal modo influye una piedra como una voluntad en el curso de las aguas y en el de las ideas! Separación de diez años! Estéril socavación del hogar común! Porteños y provincianos! Once de Setiembre! Cepeda! Pavón! ¿Qué viene a ser tanta efímera sombra? Urquiza y Mitre son dos glorias de América y la República Argentina ha modelado por ellos en gran parte su grandeza, frente al mundo y bajo la mirada de Dios!

Abogado y profesor de la ciudad oriental, López no olvida un solo día a Buenos Aires; y lo comprueba con la incesante y nutrida colaboración que remite a la Revista fundada y dirigida por su amigo fraternal D. Juan María Gutiérrez.

Vuelve a esta ciudad en 1868, después de haber asistido a la convención del 60, y antes, a las exequias de su padre, en 1856, en cuya tumba habla Gutiérrez; e inicia su segunda actuación pública desplegando la actividad de su espíritu desde la cátedra y el Rectorado de la Universidad hasta una banca en el Congreso y la Presidencia del Banco de la Provincia. Detengámonos aquí.

Es tiempo ahora, examinado hasta este punto el itinerario de su vida, que indiquemos en síntesis su abundante producción. Para mi método, la divido en literaria, científica, política e histórica.

Forman el primer grupo, sus novelas *La Novia del Hereje* y *la Loca de la Guardia*, separadas por treinta años; *el Curso de Literatura* y todos los demás trabajos esparcidos en las Revistas y Periódicos de Chile como *El Semanario*, *La Gaceta* y *El Progreso*; los diseminados en periódicos y revistas de Montevideo en *El Plata Científico* y *Literario* de Navarro Viola; en la *Revista de Buenos Aires* y en especial en la importante *Revista del Río de la Plata* que él fundó y dirigió con Andrés Lamas y Gutiérrez en 1871 - 1877.

Coloco en el segundo grupo su libro trasladado al francés

sobre *Las Razas Arianas*; sus estudios de lingüística, sistema astronómico de los Peruanos, sus Lecciones de Derecho Romano y sus interesantes monografías acerca de obras de salubridad, estudios económicos y crítica jurídica.

Para la parte política reservo sus discursos parlamentarios y cartas sobre el Acuerdo; su colaboración en el problema de la libertad de enseñanza y toda su labor aunque trunca, en la Convención Constituyente de Buenos Aires de 1873.

Falta agregar la de sus últimos años como Presidente del Instituto libre de Segunda enseñanza y como ministro de Hacienda de la Nación.

Quédame por indicar su producción histórica. Hallo los comienzos de ella en *El Progreso* de Chile en 1843 acerca de la Revolución Argentina. Siguenle los estudios sobre el mismo tema en la *Revista del Río de la Plata*, que el Sr. Trelles estimó como los primeros y más completos, publicados entre nosotros; y, pocos años después, la *Refutación a las Comprobaciones históricas del General Mitre*, cerradas con una noble y recíproca declaración de amistad por ambas partes. En orden de turno, la obra fundamental de *Historia de la República Argentina de 1810 a 1852*, desgraciadamente inconclusa; *La Gran Semana de Mayo*; todavía un *Manual de Historia Argentina* con vigor de juventud, a los 80 años y la esparcida y profusa demostración de su saber en consultas y polémicas.

Cuando la vida se clausura para tantos, en este argentino singular se abre de nuevo a los 75 años de edad, instante en que es invitado a compartir las tareas administrativas y parlamentarias, desde uno de los Ministerios más arduos y en uno de los momentos más angustiosos y difíciles porque haya atravesado la República. El Dr. López ocupa el Departamento de Hacienda a raíz de la Revolución del 90. De entre los escombros, reconstruye el mecanismo relajado de la Administración y con ella la producción y el crédito, encarrila Bancos, funda impuestos, aumenta las riquezas, da nacimiento a instituciones, impone la moral financiera aún en las provincias, y con la muñeca memorable del piloto de la nave, la arranca de los arrecifes salvándola de los furiosos vientos. Los gruesos volúmenes del Registro Oficial y de los Diarios de Sesiones del Congreso de dos años, guardan el resumen de aquella labor que se asemeja a la de Thiers. Pero, la proclaman más alto, pasado el tem-



poral, la reconquista del crédito y la reorganización general que de entonces se introdujo en las reparticiones públicas.

Hallábase retirado el Dr. López y entregado de nuevo a su función perenne de escritor, cuando una desgracia horrible envolvió su ancianidad en la desdicha. Su hijo Lucio, el predilecto, la prolongación de su entidad moral y humana, "la columna de la casa" como lo llamaba después muy tristemente, fué insultado por el Coronel Sarmiento por funciones que Lucio López ejerciera como interventor nacional en la Provincia.

Cuenta la gente amiga del hogar del Dr. López que desde los comienzos de la tragedia don Vicente Fidel López sintió la angustia precursora.

Levantábase en puntillas y esperaba sin dormir la luz del alba.

¿Qué hacía el pobre anciano con sus 79 años acercándose sin alientos a la puerta del cuarto de su hijo? Reversión de la piedad paterna! Naturaleza humana nunca hastiada de amor, insatisfecha de cuidar y de preveer; atribulada naturaleza que presientes la catástrofe y comienzas a temblar como la hoja. ¡Oh! No pueden comprender estas desconsolaciones sinó los que hemos abonado el cruel tributo...

Para siempre se detuvo la pluma del obrero como dejara de sonar la lira de Lamartine y de Hugo por análogo dolor. *La Historia de la República Argentina* se interrumpe.

El período de la tiranía quedó sin empezar.

Pero ahí muéstranse diez volúmenes de dicha historia, como el más alto y múltiple modelo de todos los géneros literarios compatible con la naturaleza del asunto y enlazados con la posible unidad.

No hay, no puede haber escritor más acabado y más perfecto en cuanto al dominio de todos esos géneros en la galería de los historiadores del mundo, desde Herodoto el cronista, hasta el sociólogo Taine, desde el narrador Tito-Livio hasta el intenso Macaulay, desde Suetonio el biógrafo hasta Michelet el generalizador.

¿Tomáis por una hipérbole mi elogio? Diré más: López expresa, hasta el grado que llegaran los estudios históricos de su tiempo, la más feliz reproducción de la vida dentro de la narración y la alta crítica, con un exacto conocimiento de todas las materias y de los caracteres que utiliza; y lo que da más vigor

y colorido a su obra es que adrede la escribe como parte y no como juez, llenándola de pasión y por lo tanto de belleza.

No suministra piezas desarticuladas para que el lector construya el organismo. Júntalas, ármalas, é impriméles, como Dios, la vida que tuvieron; y animado el esqueleto, agítalo y habla y ama y odia y sufre con él, metiéndose con él en las batallas, en los Congresos, en las plazas, en los hogares, en la sombra y en la luz. Su condición de artífice sería incompleta si limitara su maravilla al movimiento. Jamás olvida la noción elevada de la vida; y de ahí que sobre todo su conjunto pasea un hábito perdurable de bien y de justicia, colaborando con eficacia en la demostración de la incesante ley del progreso, que conduce al mundo.

Su libro, pues, no es igual ni semejante a ningún otro modelo, como que sólo puede ser comparado a su propio temperamento que refleja.

No puedo desmenuzar los estudios prolijos y conexos que forman el sistema del Dr. López cada vez que examina una cuestión política o social; ni habría modo, en la exhibición de alguna pieza, de ilustrar acabadamente a nadie acerca de aquel su procedimiento razonador, analítico y eficaz. Sería menester la lectura de un volúmen para obtener la demostración por grados de cómo evoluciona una sociedad, de cómo se descompone, de cómo se detiene, de cómo vuelve al riel y marcha entre sucesos de fuera y el fermento interior, relacionados aquellos y este por leyes tan precisas como las del mundo físico.

No deja de aplicar, cada vez que puede, al hacer, por ejemplo la referencia de una institución antigua, la crítica actual que otra análoga la inspira, revelando en todos los momentos el grado de libertad absoluta que movió siempre las inspiraciones de su pluma.

La pasión no lleva nunca a López hasta oscurecer el brillo de la honradez del contendor que exhume: que de contendor a veces puede ser considerado el personaje de su asunto. Como que, cuando López llama a cuentas a algún elemento de la Revolución o la Anarquía, se le creería el Fiscal de sus errores. Mas, terminada la investigación, cerrada la causa, él falla con altísima dignidad, transformándose por sí mismo en el juez sereno y justo que el muerto no halló en vida.

La obra de López no pertenece a la escuela alemana intro-

ductora del sagaz instrumento de la extremada comprobación, para dar con la verdad; pero, si alguna vez, dentro de siglos, aparece entre nosotros el verdadero escritor técnico, este no podrá construir nada sin apoyar sus andamios en este muro artístico de resistencia y gracia, levantado en una hora y en un país de escasos medios y de incipiente civilización.

El Dr. López falleció en esta Capital el 30 de Agosto de 1903. La prensa nacional y extranjera reflejó la impresión pública y el P. E. supo honrar al muerto ilustre. En su nombre pronunció una conceptuosa oración el Ministro del Interior. Hablaron también el representante del Gobierno de España por haber intervenido eficazmente el Dr. López en la reforma del himno durante el Ministerio de Lucio (1894); el Dr. José María Ramos Mejía, el Dr. Carlos Pellegrini, D. Enrique de Vedia, y el Dr. D. Bernardo de Irigoyen.

La gratitud del pueblo de toda la República debe esperar de la presente generación, para el respeto de las que nos sucedan, la modelación del Dr. López, con su padre y con su hijo, en la eternidad del bronce, ya que unidos están en la obra de la formación de la Patria, desde la Revolución hasta su organización y su consolidación definitiva.

DAVID PEÑA.

---

## SONETOS

### Como un ladrón vulgar...

Cual un ladrón vulgar te deslizaste en mi abismo  
y con llave falsa forzaste mi corazón;  
se agostó a tu paso la viña del optimismo  
y enmudeció al punto la alondra de la ilusión.

Como un férreo conquistador ebrio de heroísmo  
entraste a saco en el huerto de mi corazón;  
donde asentó su casco el potro de tu erotismo  
no florecerán ya las rosas de la emoción.

¡Qué limo estéril el de tus besos sin ternura!  
¡Qué légamo infecundo el de tu fría hermosura  
donde el deseo se muda en estatua de sal!

Mas ¡cuánto necesito ese amor con que me engañas  
y que voy sintiendo penetrar en mis entrañas  
como la hoja voluptuosa y cruel de un puñal!

### El marinero borracho

Hace dos años no bajo a tierra  
porque la tierra me ha sido infiel:  
tuve la suerte de un buen amigo:  
la que yo amaba se fué con él...

H. P. BLOMBERG.

Fuma su pipa y bebe el marino su cerveza  
en uno de los rincones más solos del bar;  
yo que sé de dolor, adivino la tristeza  
que vence a este luchador cansado de luchar.

Que la mujer era hermosa de pies a cabeza  
y que él la amaba, lo sabía todo el lugar;  
lo que nadie llegó a saber nunca, con certeza,  
es lo del amigo infiel a que alude el cantar.

En los ojos del marino se enciende una llama  
al ver de nuevo en el humo de la pipa el drama  
que desde hace tantos años no puede olvidar.

En su diestra vengadora baja y sube el vaso  
y, entre dos hipos, se le oye gemir al acaso:  
“¡ Si la mujer tuviese el alma grande del mar!”...

### **Me has dado un filtro**

Me has dado, Excelsa, un filtro mágico en la mirada  
que, cuando a mi vez te miro, me hace estremecer;  
y allá voy, como un vil, a la carne lacerada  
de tu regazo, en el que me abismo sin querer.

Mi juventud insaciable que creí cansada,  
husmea ansiosa la presa del atardecer:  
yo sé bien que tu cuerpo es cisterna envenenada  
en la que fatalmente voy a ir a beber.

Pálidos, con la palidez febril del deseo,  
en la plenitud nocturna, como en un Leteo  
saciaré un día mi sed en la linfa mortal;

Hasta que mi tristeza impura y tu vilipendio  
estallen entre las llamaradas del incendio  
en que arderán las naves de mi amor criminal!

### **Sancta**

En la semiobscuridad de aquel bar solitario  
te revestías de un maravilloso esplendor,  
cuando desnudando tu espíritu visionario  
nos hablabas de arte, de la vida y del amor.

Mi amigo y yo te oíamos como en un santuario,  
mudos ante ese mefistofélico fervor,  
en el que había como vestigios de un calvario  
donde te hubieras redimido por el dolor.

Se pensaba en el pecado al mirarte tan pura  
en la abyección en que envilecías la hermosura  
de tu feminidad exquisita y sin control.

Y nos atraías como el abismo y la muerte...  
Desde entonces, yo no he querido volver a verte  
porque tu risa suma mucha noche a mi alcohol!

### La Nave

Congestionado el robusto pulmón de la vela  
arrostra la nao en la noche la tempestad;  
sobre el lomo crinado del mar sigue su estela,  
— avizorante y trágica, — la fatalidad.

Ni un astro sobre el piélago tenebroso riela  
mientras la prora sutil hiende la inmensidad,  
y en las tinieblas la nave atormentada vuela  
bordeando al ras los abismos de la eternidad.

No tiene piloto, ni timonel, ni gobierno  
que la oriente en las encrucijadas del averno  
por do va de las mentiras de la vida en pos;

hasta que por fin, entre el fragor de la tormenta,  
desmantelada y vencida en la lucha violenta,  
troiece un día, al hundirse, en la verdad de Dios!

J. L. FERNÁNDEZ DE LA PUENTE.

## LA LINEA RECTA

Boceto dramático por ENRIQUE HERRERO DUCLOUX

### PERSONAJES

*Pablo Eibar, 46 años.*

*Carlos, hermano de Pablo, 30 años.*

*Carlota, madre de ambos, 66 años.*

*Elena, esposa de Pablo, 37 años.*

*Batelli, ingeniero-ayudante de Pablo, 28 años.*

*Lila, amante de Carlos, 26 años.*

*Sirvientes.*

La acción en Buenos Aires. Epoca actual.

### INTRODUCCION

El autor comienza por confesar que este boceto es copiado del natural.

Los dos hombres que en él se mueven, como actores principales del drama, son tipos opuestos, antitéticos, contradictorios, aunque de la misma sangre, sin ser excepcionales a nuestro alrededor.

Como símbolos tienen un valor y encierran una enseñanza: valen porque son verdad y enseñan porque los dos sufren, quizá uno de ellos demasiado tarde.

Mezclados en proporciones variadísimas como colores que el artista empasta en su paleta, forman la trama de los hombres que nos rodean, vulgares, oscuros, mediocres. De que uno u otro tipo domine, depende que el hombre valga más o menos y por la abundancia de sus iguales en un ambiente, puede juzgarse éste sin temor de errar.

Pablo encarna la razón, la voluntad y el trabajo fecundo, dentro del método y el orden, como Carlos es el instinto, el abandono y la ociosidad, servidos por la indisciplina y el desorden.

Pablo piensa en el mañana, produce con altruísmo; Carlos no concibe sino el hoy, consume como parásito y es egoísta de fondo.

Para Carlos la vida es placer como para Pablo es deber; éste es la cuerda del arco y aquél la soga que cuelga del árbol y que el viento balancea.

Al autor no se le oculta cual de los dos es más simpático para la mayoría de las gentes. Carlos atrae, cautiva en el trato superficial y es acogido con simpatía, se le escucha con placer y se le recuerda con agrado. Pablo no conquista fácilmente, sonríe poco y ríe menos aún; su presencia es para la turba un reproche mudo y si habla es un juez; es el mirón severo en su indiferencia de la mesa de juego, el bebedor de agua entre borrachos, el silencioso rodeado de gárrulos calumniadores, el testigo importuno de deformidades y defectos: es la Conciencia.

Pablo debió ser — si la metempsicosis no fuera un mito— el árbol que se yergue buscando el sol sobre la maraña de la selva baja, propicia al reptil, a la araña y al ave nocturnal, como Carlos fuera la planta rastrera y perezosa que abriga la alimaña y abre sus flores en la ciénaga. Y antes, mucho antes, cuando vivieron en la materia inerte, como nos dicen los poemas orientales, Pablo fué, sin duda, río que corre, canta y fecunda y Carlos agua estancada que duerme y fermenta.

## ACTO UNICO

### ESCENA I

*Estudio del ingeniero Pablo Eibar. Estanterías de roble repletas de libros cubren las paredes hasta cierta altura; sobre la biblioteca diplomas y cuadros; mesa-escritorio norteamericana a un lado, en frente un amplio tablero de dibujo; muebles de estilo severo. Ambiente de bienestar, sin lujo.*

*En el momento de alzarse el telón, amanece. Día de invierno, gris, lluvioso, triste. La chimenea está encendida y la luz de las lámparas eléctricas se mezcla con el resplandor del fuego y lucha con la mortecina claridad del alba que penetra por el balcón y las puertas del hall.*

*De pie, junto al tablero de dibujo. Pablo habla con su ayudante Batelli, quien, sentado, ordena en rollos y carpetas, planos y legajos heterogéneos.*

*Batelli.* — Confieso que cuando anoche comenzamos esta tarea, me parecía imposible que llegásemos a concluirla.

*Pablo.* — Yo estaba seguro de que la terminaríamos, siendo usted quien me ayudaba en la obra.

*Batelli.* — Gracias por su confianza, señor Eibar; pero admita que le observe que la mayor parte del trabajo y no la más



fácil, ha estado a su cargo en esta *jornada nocturna* de diez horas.

*Pablo.* — Exagera usted, Batelli. Su agilidad mental y su potencia de labor son privilegio de su edad que yo también he conocido.

*Batelli.* — Pues si yo solo, hubiese tenido que reformar estos planos y rehacer los cálculos y modificar la memoria explicativa, no es en la sesión de hoy, donde el Ministro puede presentarse con el proyecto en forma.

*Pablo.* — Era para mí un compromiso de honor y no podía dejar de cumplirlo.

*Batelli.* — Lo que hace falta ahora es que le entreguen la dirección de la obra, para que obtenga la recompensa de su esfuerzo.

*Pablo.* — No lo creo. En cuanto se conozca en la Cámara la magnitud del proyecto surgirán las ambiciones.

*Batelli.* — No dejaría de ser una injusticia y un despojo!

*Pablo.* — La injusticia me dolería más que la pérdida material.

*Batelli.* — Es que no se trata de una nimiedad, don Pablo. Es la fortuna que llama a su puerta, para usted y para sus hijos, ganada con su trabajo.

*Pablo.* — Lo sé, amigo mío; pero no deseo ni busco la riqueza. El bienestar sí, porque el bienestar es necesario, cuando se ha llegado a mi edad con hábitos que se imponen como exigencias, aunque no lo sean. La fortuna puede ser hasta un estorbo para el hombre formado sin ella y una plaga para el hombre en formación. No quiero fortuna para legar a mis hijos: sin contar con que las ideas que se insinúan y amenazan dominar muy pronto en las leyes, hacen muy problemáticas las herencias, en un futuro próximo, no quiero hacer de mis hijos parásitos inútiles, abúlicos crónicos, hastiados de la vida, antes de comenzar a vivirla en su sentido más noble.

*Batelli.* — Nunca el dinero está de más, don Pablo... (*Enciende un cigarro mientras escucha*).

*Pablo.* — El heredero, querido Batelli, salvo raras excepciones, puede compararse con una pieza de hierro fundido, nace hecha y vale más o menos según el molde; el hombre del esfuerzo propio, el *selfmade man*, es como el hierro forjado, su valor se hace a martillo sobre el yunque. Y yo deseo para mi país

hombres de esta clase, de valer propio, de iniciativa y de aptitudes y no necesito decirle cuánta gloria representa para mí que mis hijos sean de este temple.

*Batelli.* — Los suyos, ricos o pobres, valdrán si usted los forma en su hogar como a nosotros en la universidad, a través de nuestra carrera. El espíritu de trabajo y el culto del deber son ya un capital sin precio que heredarán sin duda alguna.

*Pablo.* — No hay mérito en ese espíritu mío de labor que según usted me envidian. Todo consiste en dar al trabajo un fin noble, transformarlo en un hábito que bien pronto se trueca en necesidad. Desde ese momento, satisfacerla es un placer: he ahí el secreto de los trabajadores sin esfuerzo, de los felices laboriosos, de los hombres útiles.

(*Entra Elena en traje de casa*).

## ESCENA II

(*Los mismos y ELENA*)

*Elena.* — Comprendí que habían concluído su trabajo, porque oí perorar a Pablo y ahora veo que el señor Batelli se prepara a envenenarse con uno de sus *toscanos*!

*Pablo.* — Insecticidas! En expedición, siempre ha sido respetado Batelli por los mosquitos, gracias a sus cigarros.

*Batelli.* — (*Sonriendo*) Una palabra más, Señora, y lo apago.

*Elena.* — Nada de eso. Bien se lo ha ganado usted en la velada.

*Batelli.* — El café y el tabaco me han permitido siempre seguir a don Pablo, en sus frecuentes sesiones nocturnas de trabajo, venciendo el cansancio y el sueño.

*Elena.* — Supongo que desde que yo los dejé, habrá usted monopolizado el café (señalando el servicio de café sobre la chimenea).

*Pablo.* — No lo creas. Yo he tenido que servirle.

*Elena.* — Y ¿qué dirá su prometida de su ausencia, anoche en el teatro?

*Batelli.* — Hablé con ella por teléfono, explicándole mi falta y le prometí una visita más larga hoy.

*Elena.* — ¿Y se convenció?

*Batelli.* — Creo que sí, porque le hice saber que este tra-

bajo nos llevaría derechamente a la opulencia, aunque don Pablo no la desea.

*Elena.* — Pablo sueña con la gloria, considerándose satisfecho con lo que tiene.

*Batelli.* — Y usted, señora, ¿no protesta de esas teorías?

*Elena.* — Estoy casi convencida de que tiene razón: tanto me ha hablado, que he llegado a no desear nada en bienes materiales.

*Pablo.* — Nada nos falta para ser felices, en la relatividad de la felicidad humana. Lo que llamamos vida moderna, vida civilizada, nos lleva, al exagerarla, a considerar indispensable lo que no es sino accesorio, complementario o supérfluo y de ahí todo el desequilibrio de nuestro ambiente. El hombre que se convence de que no puede ser feliz sin tener un Packard a su puerta, un palco en el Colón, un chalet en Mar del Plata y una manga de sirvientes en su casa de Buenos Aires, es el candidato fatalmente sentenciado a ser juez prevaricador, médico traficante, funcionario *coimero*, ingeniero sin conciencia o jurisconsulto *avenegra*. Quiere ser feliz, quiere hacer felices a los suyos y no repara en medios, como no ve la turbidez del agua el sediento o la dureza del pan el hambrón. ¡Y sería tan fácil convencerlos de que hay placeres para el hombre moderno que nacen de la vida espiritual intensa, de la vida interior, aún en estas urbes abigarradas y policromas! El error de esos hombres proviene de la vanidad, de que viven mirando hacia fuera, asomados al balcón.

*Elena.* — Pablo exagera, llega a la intransigencia juzgando a los hombres.

*Pablo.* — ¡Lo crees, Elena!

*Elena.* — (*A Batelli*). El quisiera que todos los hombres fuesen como él y todas las mujeres como yo...

*Batelli.* — Confiese, señora, que si es demasiado exigente, no yerra en la elección de modelos.

*Elena.* — Gracias, Batelli (*sonriendo*); pero convenga en que es locura pretender que la humanidad sea de un solo color, aunque éste sea espiritual.

*Batelli.* — Cuando menos monótono ¿no es verdad? (*a Elena*).

*Pablo.* — No, yo no pretendo un solo color. Lo que exijo

son colores francos y repudio los híbridos, hipócritas o simuladores.

*Batelli.* — Me parece que exige usted demasiado de nuestros contemporáneos. No concibo, por ejemplo, a nuestro colega Martorán abandonando el cálculo de probabilidades en los hipódromos por una distracción noble y elevada.

*Pablo.* — Y, sin embargo, le sobra talento para gozar de un modo muy diferente, consagrándose al país, desde su banca de diputado.

*Batelli.* — El cree que lo hace; ¿no leyó su último discurso? (*Con ironía*) ¿quiere mayor fuego patriótico?

*Pablo.* — No, no es ese patriotismo gritón y declamatorio el que necesitamos de hombres cuyo pasado es imborrable y su presente vergonzoso. Es necesario el patriotismo silencioso, obscuro, de obras y no de palabras, fundado en abnegación y en sacrificio, único capaz de proporcionar goce íntimo al intelectual de verdad, sin vanidad, sin ostentación, como goza el hijo contemplando o acariciando a la madre, lejos de la multitud y de la plaza pública, en un rincón del hogar. La ostentación resta mérito y empaña el placer.

*Batelli.* — Las exigencias de partido son a veces esclavizadoras en hombres que independientes harían obra sana.

*Pablo.* — Hasta en eso demuestran su error fundamental de pensar.

*Batelli.* — Es que ellos se creen obligados por solidaridad.

*Pablo.* — Si la solidaridad fuese en la doctrina, en las ideas, habría que aplaudirlos.

*Elena.* — (*a Batelli*) Cuando Pablo habla de política es censor severo en demasía.

*Pablo.* — Y ¿cómo no serlo, si se juegan los más sagrados intereses de la comunidad? Partidos políticos... ¿Cuántos hay en el país? ¿Acaso merecen ese nombre comparsas ridículas cuando no lamentables, mangas de zánganos, parásitos y hambrientos, donde algunos de buena fé cargan el estandarte y rascan los violines, seguidos de la turba inconsciente, torpe e irresponsable?

*Batelli.* — (*con cariñoso reproche*) Ofendidos se sentirían si lo oyesen todos esos pretendidos salvadores de la patria.

*Pablo.* — Aquellos a quienes me refiero lo saben como yo, aunque finjan ignorarlo por conveniencia, (*a Elena*). ¿Recuer-

das los títulos más o menos cómicos de las comparsas, en el carnaval del tiempo viejo? Todos los nombres eran distintos y los hombres eran iguales: pluma roja o blanca en el gorro, capa vergonzante azul o amarilla y pantorrillas desgarbadas y apostura vulgar y los mismos violines desafinando los aires a la moda. Así, en el carnaval de todo el año, la mascarada humana se embandera con nombres diferentes, sin variar más que la pluma o la capa, a tal punto, que un talentoso diputado ha podido felicitar al candidato del partido contrario por su programa de gobierno, sin que pueda sospechársele de ironía.

*Batelli.* — ¡Extraña coincidencia!

*Pablo.* — Nada de eso: inevitable. ¿No ve que todos esos partidos, sin doctrina ni programa de ideas, hacen lo que el cocinero ramplón, ignorante de su arte, que se contenta con prometer que será puntual, no salará por demás la olla y no quemará el asado?

*Elena.* — Pablo no comprende que hace el retrato de una cocinera ideal en la actualidad.

*Batelli.* — Y hasta de un partido que gobernase...

*Pablo.* — Si en la oposición todos son iguales, llegados al gobierno todos resultan peores.

(*Entra una sirvienta*).

### ESCENA III

(*Los mismos y UNA SIRVIENTA*)

*Sirvienta.* — Señora, los niños van a irse al colegio y quieren hablarla.

*Pablo.* — (*a Elena*) ¿Por qué no vienen aquí?

*Elena.* — Deben creer que estás ocupado todavía (*a la sirvienta*). Dígales que voy en seguida.

(*Sale la sirvienta*).

*Pablo.* — Yo también voy. Quiero ver a esos dos diablos porque les debo mi visita nocturna de ayer, que nuestro trabajo hizo imposible.

*Batelli.* — (*Preparándose para salir*) Entonces yo me despedido. Me llevo todo ordenado y a las diez lo entregaré en su nombre al Ministro.

*Pablo.* — Sí, él ya lo espera y lo recibirá sin tardanza,

haciéndose anunciar con mi nombre. Si necesitase algún dato complementario, dígame que me avise. De todos modos yo estaré en la sala de la Comisión parlamentaria a las 3 en punto.

*Batelli.* — Señora, mis respetos. Hasta luego, señor Eibar.

*Elena.* — Mucho gusto, Batelli.

*Pablo.* — Convenido. Hasta luego.

(Sale Batelli).

#### ESCENA IV

(ELENA Y PABLO)

*Al quedarse solos, Elena acaricia a Pablo castamente, con dulzura.*

*Elena.* — Debes estar rendido, ¿porqué no descansas hasta mediodía, cuando menos?

*Pablo.* — Voy a ver a mis hijos y luego me daré un baño tibio: estoy seguro de que me quitará toda fatiga.

*Elena.* — Como quieras. (*Al verlo dispuesto a salir*). ¡Ah! no te olvides de dejarme dinero, pues el que me diste para pagar las cuentas, me lo pidió anoche tu mamá y no me atreví a negárselo.

(*Pablo se dirige al escritorio y le entrega unos billetes*).

*Pablo.* — ¿Vino Carlos ayer, después de comer?

*Elena.* — Sí, estuvo un momento.

*Pablo.* — Ya comprendo... Pobre viejita, es incorregible!

*Elena.* — ¿Crees?

*Pablo.* — No creo: estoy seguro. Hace tiempo que observo a mi hermano preocupado y tratando de esquivarme.

(Salen).

#### ESCENA V

(CARLOS, después la SIRVIENTA)

*En la puerta aparece Carlos, vestido con elegancia, sobretodo cerrado y sombrero de terciopelo puesto, guantes de abrigo. Mira al escenario, interrogante, hablando con una persona a su espalda.*

*Carlos.* — Aquí no está. ¡No hay nadie!

*Entra y se descubre, tirando el sombrero sobre el tablero; se abre el sobretodo, y mientras se quita los guantes, camina lentamente hacia la chimenea. La sirvienta entró después de él como para convencerse y pedir órdenes.*

*Sirvienta.* — Aquí estaba con la señora hace un momento. Han debido ir al comedor con los niños.

*Carlos.* — ¿Y mi madre?

*Sirvienta.* — La señora mayor salió, como siempre, temprano, a la iglesia y no ha vuelto aún. ¿Quiere que avise al Señor?

*Carlos.* — No, yo iré al comedor.

*Sirvienta.* — Está bien.

(*Sale*).

#### ESCENA VI

*Carlos se sienta mirando al fuego, y después de un instante, al sentirse solo, no disimula su estado de abatimiento y de profunda preocupación.*

*Carlos.* — ¡Qué noche de maldición! Ha sido el derrumbe completo, la catástrofe que llegó al fin... (*Una pausa*). El gringo Harding se reía de mí... lo hubiese ahorcado. ¡Ah! él no sabía que yo jugaba a la desesperada, que me estaba hundiendo... Y, sin embargo, la combinación que no podía fallar, falló... y cómo falló!... Qué idiota! a buena hora me pongo a protestar cuando lo que hay que hacer es pagar... pagar!... pagar? de dónde?... con qué? (*Mira a su alrededor, aviva el fuego de la chimenea y se vuelve a quedar un instante contemplando la llama*). Y antes de la tarde, necesito el dinero ¿qué me dirá Pablo?... En el pantano no me deja, no puede dejarme. Mañana el escándalo sería público y él cuida su apellido como un tesoro... (*Moviendo la cabeza*) tesoro que daría yo por veinte billetes de mil pesos y me llamaría Pérez o Gómez o López o cualquier cosa... Pablo debe sospechar algo, me sondeaba con sus ojos... y es mejor quizá, estará preparado... como cuando salvé a Peluzzi... quién lo vé ahora millonario!... (*como aprobando una idea súbita*). Y si tentase antes... Peluzzi no ha podido olvidar (*animándose*) eso no se olvida. Y por mí lo hace... cuando yo le explique... total unos cuantos novillos de la mujer. Su amigo Carlos (*en voz más baja*) en la cárcel, no lo admite él ni soñando, estoy seguro (*se levanta más animado como para irse y mira su reloj*). Aunque lo haga levantar, quiero estar seguro y Pablo no sabrá nada... no quiero sermones.

(*En el momento de tomar el sombrero, entra Elena*).

*Elena.* — Carlos! ¿Querías ver a Pablo?

*Carlos.* — (*Turbado*). No, no vale la pena. Voy y vuelvo!

*Elena.* — Ha trabajado con Batelli toda la noche y no ha querido acostarse.

*Carlos.* — Ya me habían dicho... volveré, volveré. Hasta luego, Elena, no lo molestes.

*Elena.* — (*Advirtiendo su turbación*). ¿Quieres dejarle dicho algo?

*Carlos.* — No. Yo he de volver. Hasta luego.

*Elena.* — Como quieras.

(*Sale Carlos, Elena queda pensativa, mirando hacia la puerta*).

*Elena.* — Hubiese jurado que hablaba solo, cuando entré. Y era bien visible su turbación al irse; ¡qué cabeza!

(*Entra Pablo*).

ESCENA VII  
(ELENA Y PABLO)

*Pablo.* — Ya estoy completamente nuevo. (*Mirando en derredor extrañado*). Me dijo la sirvienta que Carlos estaba aquí!

*Elena.* — Sí, acaba de irse; pero dijo que volvería. Te creería descansando y no quiso que te molestasen.

*Pablo.* — Tengo un mal presentimiento. Hace más de un mes que este muchacho trata de no encontrarse a solas conmigo; me huye. Que haya venido hoy temprano a verme, me intriga.

*Elena.* — Como siempre lo sermoneas por su modo de vivir...

*Pablo.* — ¡Qué no haría yo porque cambiase!

*Elena.* — Y le contradices en sus teorías...

*Pablo.* — ¿Teorías? ¡Disparates! Si sobre ellas se hiciesen leyes, la república sería Zululandia o Mozambique.

*Elena.* — Pobre Carlos, es una cabeza hueca; ¿habrá sabido que te has hecho cargo de su hijito?

*Pablo.* — Puede ser. Nada le he dicho, sin embargo. Va a hacer dos meses de la muerte de la madre, y espero en vano un gesto suyo de protesta altiva por mi intervención, por la tuya, en favor de aquella infeliz que pagó demasiado cara su ignorancia.

*Elena.* — No debe saber nada de lo ocurrido.

*Pablo.* — O finge ignorarlo, que es más cómodo. Muchas



veces pienso que en su alma hay estancias vacías, oscuras, ruedas que no engranan en el mecanismo, ramas secas, sin savia.

*Elena.* — No comprende la vida de hogar, y eso es todo.

*Pablo.* — Ni siquiera la obligación del padre para el hijo, más primitiva, más animal si se quiere (pues tiene su raíz en el instinto) que los deberes filiales, fruto de la vida civilizada, impuestos por la inteligencia.

*Elena.* — Para él es un hijo ilegítimo, un estorbo.

*Pablo.* — Eso es lo absurdo, y llega a ser monstruoso! ¿Qué significa para el padre la distinción de legítimo o nó, establecida por la ley? Si ha tenido la cobardía de engendrarlo, obedeciendo al instinto, que tenga la valentía de sostenerlo, de alimentarlo, de defenderlo, puesto que es suyo.

*Elena.* — Si se casase, cambiaría. Carlos es de muy buen fondo.

*Pablo.* — No lo dudo. Si tengo el ejemplo de su antiguo amigote Peluzzi!

*Elena.* — Pues?

*Pablo.* — Lo encontré hace algunos días, marchito, desmadejado, y me sorprendió su aspecto tan diferente de su habitual rubicundez y lozanía: el hombre estaba cambiado, envejecido, molido, agotado, desfalleciente de sueño y de fatiga. Me lo confirmó con un laconismo elocuente, porque sus palabras comenzaron por un bostezo y terminaron con una mueca grotesca, como de quien se resiste a llorar ante un extraño.

*Pablo* — me dijo — usted puede comprenderme. Hace cuatro días que no descanso, que no duermo, que no vivo: mi hijito está enfermo y... no sé si vamos a perderlo. Y yo balbuceé cuatro frases torpes, insustanciales e incoloras, indignas de mí, porque al hilvanarlas no alcancé a darles ni la apariencia de la sinceridad. Y después nos separamos, con un saludo vulgar; él, apretujado el corazón por sus cavilaciones y temores, y yo, reprochándome mi trivialidad, recriminando a mi cerebro perezoso que no había sabido dejarme cumplir con el pobre diablo, en un momento difícil de su vida.

*Elena.* — La verdad, Pablo, que no estuviste feliz!

*Pablo.* — Verás. Cuando siguiendo mi camino, confundido con la muchedumbre que subía y bajaba por la avenida, la voz interior quiso justificarse y lentamente me dijo susurrante: No te quejes de mí, porque serías injusto. La culpa corresponde

por entero a tu memoria fiel, que al ver a Peluzzi cariacontecido y mustio por la enfermedad de su heredero, no podía creer que fuese el mismo que en comilonas pantagruélicas pasaba los días, en época no lejana, mientras la hijita oscura de sus amores provincianos agonizaba en el cuarto del conventillo sórdido, sin más cariño que el de la china humilde e ignorante que la engendrara y sin más amparo que la pública beneficencia...

*(Al terminar Pablo su relato, entra doña Carlota. Es una viejecita bien conservada, ágil como una ardilla; va vestida con sencillez y elegancia. Viene de la calle, envuelta en sus pieles, las manos en el "manchón"; pequeños paquetes sobre el brazo izquierdo y el rosario de nácar que cuelga en su muñeca, indican de dónde viene y cómo ha empleado su tiempo).*

#### ESCENA VIII

(ELENA, PABLO y DOÑA CARLOTA)

*Carlota.* — ¿Qué hacéis? Vengo muerta de frío. *(Se acerca al fuego)*. Santo Domingo es una heladera. ¿No estaba Carlos con vosotros? Me dijeron al entrar que estaba aquí...

*Elena.* — Estuvo un segundo y se fué; pero va a volver.

*Carlota.* — *(A Elena)*. Encontré a los chicos en el camino del colegio; parecen dos hombrecitos.

*Elena.* — Esta mañana fueron a saludarla. No se atrevieron a entrar, creyéndola dormida.

*Carlota.* — Ya lo sé, pobres! *(En tono de reproche cariñoso a Pablo)*. Quieren más a la abuela que mi señor hijo!

*Pablo.* — Yo fuí a saludarte, y ya te habías ido; ¿para qué madrugas así?

*Carlota.* — Lo he hecho siempre. Bien lo sabes.

*Pablo.* — Pero en pleno invierno irse a meter en una iglesia, al amanecer, y a tu edad...

*Carlota.* — *(Fingiéndose enojo)*. Por tí no iría a ninguna hora, *masonazo!*

*Pablo.* — Te equivocas, mamita. Yo quiero que seas feliz y además quiero conservarte para nosotros.

*Carlota.* — Calla, calla. *(A Elena)*. Me encontré a Leonor; la pobre está afligidísima, vieras. El yerno ha arruinado a su

hermana en pocos meses, y van a tener que mudarse a una casa modesta, tres piezas. Ha resultado un pícaro el conde!

*Pablo.* — No decían lo mismo, cuando me permití observarle a la misma Leonor que el tal conde tenía el talento en los pies y la fortuna en las uñas, según mis informes...

*Elena.* — Fuiste cruel, Pablo. Leonor se resintió mucho conmigo.

*Pablo.* — (*Irónico*). Y con razón... Ahora le diría yo que han sido negocios desgraciados del conde parmesano y nada más.

*Carlota.* — Desgracia es la que me ha contado Rosarito. ¡Qué médicos! ¡Son unos asnos! Figúrate que la sobrina, la casada con el coronel Leréz, estaba enferma hacía ya cinco meses, cuando le diagnosticaron un tumor y la obligaron a operarse. ¡Hijita! la operaron en el Sanatorio tres especialistas (*a Pablo*), uno de ellos tu amigo Keller, para tí un Dios, y resultó que estaba en cinta! Perdió el hijito, un varoncito, según dijeron, y ella murió en seguida...

*Elena.* — ¡Qué horror!

*Carlota.* — El coronel quería matar a los médicos!

*Pablo.* — ¡Pobre hombre! ¡Es lo menos que podía hacerles, siendo tan bruto!

*Carlota.* — Y le han presentado una cuenta de diez mil pesos!

*Pablo.* — Es la mejor prueba de su valor moral: un médico puede errar, un hombre de honor no yerra.

*Carlota.* — Sin embargo, tu amigo el doctor Albert, que siempre tienes en la boca como ejemplo de magistrado, ha hecho un regalo de bodas a Blanquita, la de Giménez, que ha sido la nota del casamiento y... de los tribunales.

*Pablo.* — ¿Porqué?

*Carlota.* — Era la sentencia absolutoria en el juicio que por falsificación de marcas seguían al padre del novio, y bien sabes quién tenía la razón.

*Elena.* — ¡Qué regalo original!

*Carlota.* — (*Burlona*). Esos son los *puros* de mi hijo Pablo!

*Pablo.* — Uno más a borrar de mi lista de "hombres". (*Con tristeza*).

*Carlota.* — (*Irónica*). ¿Y te quedan muchos?

*Pablo.* — ¡Ah, mamita, mamita! Te burlas y no sabes la pena que me dan esos desengaños.

*Carlota.* — Porque no conoces el mundo más que por tus libros. Siempre ha sido lo mismo; cansada estoy de oírsele a tu padre.

*Pablo.* — Yo también, no lo olvido. Papá no creía en nadie ni en nada, sino en tí y en su trabajo, y podía vivir tranquilo con sus vacas y sus trigales: no tenía que luchar con los hombres. Yo estoy en otro caso; es una obsesión para mí el futuro espiritual de mi tierra, más que el material, y gozo con la ilusión de que soy un factor no despreciable en ese porvenir que sueño!

*Elena.* — Y lo eres, Pablo. Todos te lo reconocen.

*Pablo.* — La desertión de uno de esos espíritus selectos me entristece, como al jugador de ajedrez, cuando ve salir del tablero una pieza de mérito, porque son contadas, como en nuestro escenario los hombres.

*Carlota.* — Si te parecen pocos los abogados, los médicos y los ingenieros... Por eso creo que Carlos hizo bien no estudiando: en la Compañía de Bosques tiene un porvenir.

*Pablo.* — No hablo de los diplomados, que son muchos, es cierto, demasiados tal vez. Hablo de los aptos, de los capaces, que son muy pocos.

(*Entra una sirvienta*).

## ESCENA IX

(*Los mismos y una SIRVIENTA*)

*Sirvienta.* — Señora; de lo de Téllez-Ruiz quieren hablarla por teléfono!

*Elena.* — ¿A mí?

*Carlota.* — No, es a mí. Encontré a Florita en la iglesia y quedó en decirme algo de nuestra sociedad. Ya sabes que ahora es Secretaria. (*A la sirvienta*): diga que voy en seguida.

*Sirvienta.* — Bien, señora. (*Sale*).

(*Doña Carlota recoge sus paquetes y sus pieles, y antes de salir, se dirige a Pablo, entre cariñosa e irónica*).

*Carlota.* — No se preocupe de nadie, señor filósofo. Primero tú, después tú y luego tú (*a Elena*), ¿no te parece?

*Elena.* — Eso le digo yo siempre.

*Pablo.* — Ya es tarde. Tendría que volver a nacer.

(*Sale doña Carlota*).

## ESCENA X

(ELENA, PABLO y una SIRVIENTA)

*Elena.* — ¡Pobre mamita! ¡No podría vivir sin sus sociedades ni cofradías: siempre en movimiento!

*Pablo.* — Y ya ves cómo aprovecha su tiempo: en un instante ha pasado en revista con sus amigos todas las novedades de su círculo, de su pequeño mundo.

*Elena.* — Tiene una memoria maravillosa.

(Entra la sirvienta).

*Sirvienta.* — Señora, de la tienda vienen con los muestrarios y preguntan si los dejan.

*Elena.* — No; dígales que esperen. (*A Pablo*). Voy a elegir yo misma, para que lleven ellos el encargo.

(Salen).

## ESCENA XI

(PABLO solo, después CARLOS)

*Pablo.* — (*Pensativo*). Hoy, son Keller y Albert los que trafican con la ciencia y la justicia; ayer fué Ruiz Alves, mi maestro, en ese bochornoso negocio del cemento, y Pepe Lemos, mi compañero de infancia, en el escándalo del material naval, y Mestres Yáñez, el amigo de mi padre, vendiendo su voto en el Congreso, sin recato alguno, cayendo a la vejez en la vergüenza, olvidando su prédica de tantos años, saliendo de la línea recta... como desertores, como tráfugas... Y si fuesen movidos por el hambre o el amor al dejar el camino! Pero no, sería absurdo suponerlo en cualquiera de ellos... a no ser que llamen hambre al ansia desmedida de goces materiales que no soñaron nuestros abuelos y digan amor a vicios inconfesables y bestiales... (*Pausa*). Y tras el delito la impunidad, el silencio cómplice, el silencio culpable del ambiente, la seguridad de que hallarán, como ayer, la mano que estreche la suya y la sonrisa que les acoja bondadosa, como si olvidase, más aún, como si ignorase... Audacia para mirar de frente, y ¡guay! del que responda haciendo brillar en sus ojos una acusación: si el Código Penal estuvo cerrado para ellos, el *código del honor* los consagra caballeros, e inviolables, por añadidura. (*Se ha ido animando por grados y concluye por ceder a la indignación*). No, no puede ser. Los

que dirigimos, los que modelamos y gobernamos la generación nueva, los que aparecemos en primera línea, tenemos que reaccionar; nuestra responsabilidad es innegable, nuestra responsabilidad es inmensa. Todos esos hombres que el dolor ha traído a nuestra tierra, deben encontrar en nosotros un ejemplo, una norma, un código viviente y en acción, una barrera, que si ven hollar y desgarrar las leyes, profanado el hogar por los propios hijos, como buitres nos arrancarán lo que de patria queda y será factoría innoble la república soñada y forjada por nuestros muertos!

*(En la puerta aparece Carlos, indeciso y abatido; al ver a Pablo reacciona sin alcanzar a disimular en su voz, en su actitud, la preocupación que lo embarga; deja el sombrero sobre el tablero y se dirige hacia su hermano).*

*Pablo.* — ¿Qué dices, Carlos? Me avisó Elena de que estuviste temprano a verme y que volverías.

*Carlos.* — Sí, no quise molestarte... supuse que te habrías recostado un poco.

*Pablo.* — *(Con ironía afectuosa).* Y... ¿qué necesitas?... porque me parece tu visita demasiado *matutina* para que no sea interesada.

*Carlos.* — *(Grave).* Y no te equivocas, Pablo. Salí para que pudiese no serlo... quise ver antes a Peluzzi... *(con tristeza)* me ha fallado como nunca hubiese creído... *(con abatimiento)*: ¡Gringo miserable!

*Pablo.* — ¿Dinero?

*Carlos.* — *(Recalcando).* ¡Mucho dinero! Para él muy poco, siendo ahora millonario y siendo antes mi amigo.

*Pablo.* — Amigo!... amigo!... ese es tu error como el de muchos. Amigote querrás decir, compañero de *farra* siempre sonriente, aprobador de torpezas y bolsa de consejos fáciles. No se forman amigos verdaderos sino con el trabajo, compartiendo fatigas, luchando hombro contra hombro por una causa noble y justa...

*Carlos.* — *(Interrumpiendo).* Perdona, Pablo. Ya conozco tus teorías y... las respeto. Si he venido hoy a verte... *(dudando)*... es porque te necesito como nunca, más que nunca. Escúchame y contéstame, sin *retarme*... Sería tarde. *(Se sienta, sin mirar a Pablo).*

*Pablo.* — *(Alarmado).* ¿Has jugado?

*Carlos.* — ¡Y he perdido! (*ante el ademán de reproche de Pablo*). Es inútil, ya te lo he prevenido... Desde la casa de Peluzzi a la tuya me he hecho todas las recriminaciones que tú podrías hacerme, más quizá; pero es inútil, te repito... Lo hecho está hecho. (*Queda mirando al suelo*).

*Pablo.* — (*Ofendido, tras una pausa*). Bien. Y, ¿cuánto debes?

*Carlos.* — (*Pausadamente, sin levantar la cabeza*). Veinte mil pesos.

*Pablo.* — (*Precipitadamente*). ¿Has jugado sobre tu palabra? ¿Has firmado algún documento? o pediste prestado en el Club?

*Carlos.* — (*Con la misma actitud*). Peor que eso...

*Pablo.* — (*Que adivina y se resiste a creer*). ¡Carlos!

*Carlos.* — Los he robado.

*Pablo.* — (*Con emoción creciente, que contrasta con la tranquilidad de Carlos*). ¿Robado? ¿dónde? ¿cuándo?

*Carlos.* — (*Dueño de sí*). En la Compañía... desde hace un mes. Creía poder levantarme anoche, porque hoy, fatalmente, debo reponer esa suma o...

*Pablo.* — (*Interrumpiendo*). Comprendo. ¡Ah, Carlos, hasta dónde has caído! ¡Qué tristeza! Que hayas podido, fríamente, día tras día, ir robando, sin sentir la náusea de tu propia miseria...

*Carlos.* — (*Lo interrumpe de nuevo*). Pablo, yo te respeto... Tú tienes tus ideas, tus teorías. Razonas con esa lógica de hierro que las disciplinas matemáticas te han metido en la médula. Sientes menos que piensas, no sabes de pasiones... te lo pido: ahorra tus palabras si no puedes calmar tu indignación.

*Pablo.* — (*Exaltándose*). Ah! no! Mil veces no! Has de oírme, mal que te pese. (*Sarcástico*). Sería muy cómodo. Pasiones, pasiones! Ésa es la canción de todos los de tu especie: hacen su voluntad, su capricho; egoístas miserables, sólo piensan en ellos para su placer y se acuerdan de los otros para sus dolores... Sí, soy de hielo, no siento, pienso demasiado, mi vida es prosaica, no tengo corazón... conozco yo también tus ideas... ¿Crees que no he sentido como hombre el agujijón punzante del deseo? ¿Crees que no he sufrido, para poder levantarme, privaciones amargas de placer que mi juventud ansiaba? Éra por tí, era por nuestra madre, para todos a mi alrededor,

que me resistía a poner plomo en mis alas. (*Con tono de reproche*). Y todavía me dices que calle...

*Carlos.* — No sé cómo decirte. Tienes razón. Reconozco el mal... ¡vaya si lo reconozco! Pero está hecho. La culpa es mía... la vergüenza es de todos. Es nuestro nombre, tu nombre, el que está comprometido.

*Pablo.* — (*Con altivez*). ¿Mi nombre? Mi nombre es mío, te equivocas: yo lo he hecho, yo lo he forjado con mi esfuerzo, con mi trabajo. Mi nombre no está en tus manos, no puedes mancharlo aunque quisieras. Son prejuicios absurdos, fincar orgullo y valer en apellidos más o menos sonoros. (*Con ironía*). Apellidos, rótulos más o menos brillantes adheridos a botellas repletas de veneno o de vino generoso, aunque el vidrio sea idéntico. ¡Qué nombre no ha resonado alguna vez en la cárcel o en el prostíbulo! (*Con firmeza*). Mi nombre es mío, mío solo y de él soy responsable ante mis hijos, ante mi país y ante mi conciencia.

*Carlos.* — (*Levantándose para salir, viéndose rechazado*). Entonces... me abandonas?

*Pablo.* — (*Sereno, frío, apenas se nota un temblor en su voz*). ¿Vas a entregarte, para que después de un *vía crucis* de amargura te metan en una celda... o vas a huir, escondiéndote como bestia perseguida?

*Carlos.* — (*Abatido*). No sé lo que haré... tanto me da... al fin me encontrarían.

*Pablo.* — (*Con emoción que no puede ocultar*). Hay una puerta... que la justicia no abre... una vez cerrada... Ciérrala tú!

*Carlos.* — (*Reaccionando*). ¡Y tú me lo dices!

*Pablo.* — (*Con la severidad de un juez*). Yo.

*Carlos.* — (*Exaltándose*). ¿Eso dice tu cabeza?... te lo dicta la razón?... Y me lo señalas como un camino...

*Pablo.* — (*Siempre severo, aunque surge en el tono de su voz la ternura oculta*). Si te acercases a mí bajo la sentencia de una enfermedad sin remedio, callejón sin otra salida que la idiotéz o la locura, plano inclinado de dolor sin más fin que la muerte, yo te diría lo mismo, Carlos, porque yo lo haría. ¡Somos hombres! Te veo en el fondo del *tembladeral*, y aunque no llore, siento adentro una angustia indecible, menos por la impotencia para salvarte que por la convicción de que sería



inútil... Enfermo de la voluntad, incapaz de reaccionar después de tantas pruebas, desespero de tí...

*Carlos.* — (*Se ha excitado a medida que Pablo hablaba*). ¡Basta! ¡Basta! No te haré sombra... como perro sarnoso me echas, me rechazas... me iré... ya lo sentirás... ¡Maldición!

(*Sale violentamente, enloquecido*).

## ESCENA XII

(PABLO, después ELENA)

(*Al desaparecer Carlos, Pablo cae en un sillón, la cabeza entre las manos, incapaz de dominar su emoción*).

*Pablo.* — ¡Qué espanto!... qué espanto! (*Se incorpora, sintiendo el ruido que hace Elena, al entrar, agitada, interrogante*).

*Elena.* — ¿Qué tiene Carlos? Me he cruzado con él en el corredor. Iba como loco, hablando solo... Lo llamé, y siguió sin mirar atrás.

*Pablo.* — (*Conmovido, tratando de disimular*). Ya sabes como es... Habría citado a algún amigo...

*Elena.* — (*Mirándolo a los ojos*). Me engañas, Pablo. ¿Os habéis disgustado? Tú me ocultas algo grave. ¿Habéis discutido?

*Pablo.* — (*Con voz sorda*). ¡Por última vez!

*Elena.* — ¿Qué quieres decir? ¿Lo has echado?

*Pablo.* — (*Dominado ya*). No, de común acuerdo. No puede volver... *No volverá*. Elena, te lo pido, no me preguntes más.

*Elena.* — (*Cariñosa, aunque desconfiada todavía*). No ves? el trabajo excesivo te sobreexcita, te pone irritable y no quieres descansar. Carlos lo comprenderá después...

*Pablo.* — ¿Después? (*Ensimismado*). ¿Despertará uno como de un sueño? Dormirá siempre... siempre?... ¿Distinguirá el bien del mal en plena claridad, o será una oscuridad confusa, sorda, sin fin?...

*Elena.* — ¿Qué dices? ¿Desvarías? Hazme caso, querido, descansa una o dos horas siquiera. (*Lo acaricia suavemente*).

*Pablo.* — (*Volviendo a la realidad*). No desvarío, Elena. Carlos, en su vida de desorden ha ido descendiendo, hundiéndose cada vez más y ha llegado al delito calificado, al delito ver-

gonzoso que la ley alcanza, que la ley marca a fuego!... ha robado para jugarlo, para tirarlo al viento, y de la vergüenza que le esperaba sólo puede librarlo la muerte.

*Elena.* — (*Presa de excitación, que ha crecido a medida que Pablo descubría la verdad*). Pero no, Pablo. Lo que me dices es horrible, es espantoso. Corre a buscarlo, y dispón de mis bienes como tuyos, comò quieras. Es tu hermano!

*Pablo.* — (*Con tristeza*). Es mi hermano! Como hijo he querido formarlo, bien lo sabes. Todo ha sido inútil: es carta jugada ya, árbol que desarraiga y arrastra la corriente...

*Elena.* — Hazlo por tu madre, Pablo. Si tanto hiciste para ocultarle la ruina a la muerte de tu padre, si te has sacrificado hasta hoy para darle una vejez feliz...

*Pablo.* — (*Interrumpiendo*). Es tarde... no insistas... no puedes comprenderme.

*Elena.* — (*Disimulando el llanto*). Temo por tí, por tu remordimiento.

*Pablo.* — (*Sin énfasis*). Un juez no teme al remordimiento.

### ESCENA XIII

(Los mismos y BATELLI)

(*En el momento de querer insistir Elena, entra Batelli como una tromba, sofocado, la mirada brillante, agitando el sombrero. Su alegría desbordante, le impide comprender la situación*).

*Batelli.* — ¡Maestro! ¡Un triunfo! (*a Elena*). Señora, este es un día de gloria para don Pablo. En casa del ministro había más de doce diputados, cuando me recibí... Algunos hasta de la oposición. Mallo, el poderoso Mallo, estaba también. Hubiese visto, Maestro! El ministro me obligó a explicarles en detalle el proyecto y no me dejaron concluir... un verdadero triunfo. Esta tarde, en la Cámara, su nombre resonará en el recinto, entre aplausos, como el de un obrero de la grandeza patria. Mallo aseguró al ministro que podía contar con el apoyo de sus partidarios, sin reserva, como en una cuestión nacional, y agregó, sonriendo con malicia, que el proyecto era una plataforma de cemento armado que Vd. había construido para todo el Ministerio... Me dijo el ministro, al despedirme, que lo esperaba en la Cámara para darle un abrazo.

*Pablo.* — Gracias, Batelli, gracias. La gloria es también

suya. (*Con abatimiento visible y algo de amargura*). Vd. puede gozarla por entero, como un acicate, como un estímulo. En la ascensión el goce es completo; en la cumbre ya no... se ven demasiado hondas las quebradas, demasiado oscuros los valles y la soledad de la altura es pavorosa...

*Elena.* — (*A Batelli, que observa sin comprender*). Oblíguelo a descansar. Está deshecho... y a mí no me obedece.

*Batelli.* — (*Notando el estado de Pablo y Elena y tratando de adivinar*). Sí, señor Eibar. Una o dos horas en el silencio, tranquilo, bastarían. Le hacen falta para estar bien esta tarde.

*Elena.* — ¡Batelli también te lo pide! ¡No seas así!

*Pablo.* — (*Mirando su reloj*). Como quieras.

#### ESCENA XIV

(Los mismos y LILA)

*Pablo se dispone a salir y se detiene: en la puerta aparece Lila, presa de extraordinaria agitación. Su vestir es elegante, algo exagerado; hay, sin embargo, algo que muestra la precipitación con que ha debido venir. Mira interrogante, y se dirige a Pablo, casi sollozando).*

*Lila.* — ¡Señor Eibar!... ¡Don Pablo!... Carlos... (*no puede continuar ahogada por el llanto*).

*Elena.* — (*A Pablo*). ¡Desgraciada! (*Acercándose a ella con solicitud*). Serénele, señora...

*Lila.* — Gracias... Yo no me hubiese atrevido... pero es horrible, horrible!... (*a Pablo*). Carlos me dijo que lo llamase... se encerró en el dormitorio para matarse... no había venido esta noche... entró como un loco... sólo decía que estaba enfermo y que llamase a Vd... que lo llamase...

#### ESCENA XV

(Los mismos y doña CARLOTA)

(*Por la puerta del hall entra doña Carlota, agitada*).

*Carlota.* — ¿Qué me dicen de Carlos? La sirvienta me dice que han hablado de la policía, pero no sabe explicarse. (*Notando la presencia de Lila, se dirige a Elena*). ¿Quién es esta mujer? ¿Por qué llora? (*Adivinando algo*). ¡Ay! Dios mío!

*Elena.* — Cállese, mamita. Es la compañera de Carlos... venía a avisarnos...

*Carlota.* — (*Interrumpiendo*). ¿El qué? ¡Hablen! (*Conteniendo los sollozos*). ¿Dónde está Carlos?

*Pablo.* — Vamos, madre, valor! Un accidente de automóvil... a la puerta de su casa... no es de gravedad... yo voy ahora.

*Carlota.* — (*Que seguirá los movimientos de Pablo*). ¡Mientes, Pablo! Tu cara me lo dice... quiero ver a mi hijo, mi hijo!

(*Elena se ha acercado a ella, y la abraza, abandonando a Lila, que quedará aislada en su dolor. Batelli, adivinando el drama, se acerca respetuoso a Pablo*).

*Pablo.* — Acompañeme, Batelli. Elena atenderá a mamá. Son mujeres: sienten demasiado hondo para poder razonar. No podrían comprenderme (*con tristeza y como si hablase solo*). Hay que comenzar a hacer justicia, y hay que dar el ejemplo: en carne propia!

*Carlota.* — (*Como un lamento, como el balido quejumbroso de la oveja que llama al corderillo*). ¡Mi hijo, mi hijo!  
(*Cae el telón*).

FIN

# HOMBRES EN LA GUERRA (1)

DE ANDREAS LATZKO

## FISONOMÍA DEL LIBRO

¿Otro libro sobre la guerra? ¿Y uno cuya publicación original data ya de más de dos años... décadas en este período crítico de formidables transformaciones?

*Menschen im Krieg*, del húngaro de nacionalidad y al parecer alemán de cultura Andreas Latzko, publicado en Suiza a fines de 1917, es un libro de calidad excepcional, uno de los muy contados, en medio de ese diluvio del más detestable papel impreso motivado hasta ahora por la guerra, que, por su altísimo valor literario y ético, ha de perdurar. Eso bastaría para hacer deseable su divulgación en español, aunque hubiera realmente llegado al fin la paz y estuviera ya empeñado el mundo en la obra inmensa de la reconstrucción.

No es así empero. Se ha hecho ya harto manifiesto que la guerra continúa, "con otros medios", y más compleja que nunca. Con la "guerra horizontal" de los pueblos, que persiste principalmente en el terreno económico, se entrelaza en casi inextricable enredo "la guerra vertical" de las clases. La mediocridad de los gobernantes, la codicia y el ciego orgullo de los privilegiados, retardan indefinidamente la inevitable liquidación del tremendo pasivo de la guerra en los campos de batalla, cuyo peso sigue aumentando sin cesar, y agréganle nuevas cargas militares y de otras especies, como si se prefiriera dejar hundirse a la civilización en una catástrofe, antes de ceder lo más mínimo en las rutinas y las prácticas criminales que a ella conducen.

Y la simiente de odio y violencia que la matanza organizada

---

(1) Prefacio de la traducción, en prensa.

por los gobernantes sembró a todos los vientos, sigue germinando y dando sus venenosos frutos, a veces hasta en los países neutrales, donde todavía vemos subsistir ejemplares de esa triste ralea—cada vez más escasos, sea dicho para honor de la especie humana—de los folicularios calumniadores y difamadores de pueblos en masa, instrumentos serviles o inconscientes de odios y prejuicios ajenos.

Por consiguiente, y aunque debiera dejar al fin la gran prensa de servirnos con el desayuno su página diaria de operaciones de guerras nacionales y civiles, y de hipócritas intrigas políticas y económicas no menos feroces que la guerra mecánica en su apogeo, mientras no se realicen cambios fundamentales en la orientación política y moral de aquellos gobiernos de quienes depende ahora la vida del mundo, mientras los hombres viejos de la guerra no sean sustituidos por los hombres nuevos de la paz, seguirá siendo también oportuno por su actualidad un libro como éste de Latzko. Para contribuir a curar de una vez a los hombres de todo deseo de volver a empezar; para despertar en cada individuo la voluntad enérgica de propender a un estado de cosas y de conciencia colectiva que ponga definitivo término a la monstruosidad que hemos vivido y seguimos viviendo.

Desde que leí *Hombres en la Guerra* sentí el deseo de traducirlo, porque el libro de Latzko y *El Hombre es Bueno* de Leonhard Frank, que tradujera el año pasado, pueden considerarse complementarios el uno del otro. Son íntimamente hermanos en su idea central y en sus sentimientos, de una sencillez elemental, como que surgen de las profundidades originarias del anhelo de vida,—aspiración inmanente de mejoramiento—brutalmente sacudidas por la irrupción de la guerra de máquinas y el espantable sufrimiento que ella inflige a los hombres. Son también hermanos en la modernidad de la forma, primordialmente sincera, con frecuentes arranques de fiebre pasional; y hay páginas y expresiones en el libro de Frank que parecen inspiradas por el de Latzko.

Tratan ambos libros, empero, aspectos diferentes de la guerra, desde perspectivas opuestas y en estilo antitético. Latzko es un artífice del idioma, un analista y un colorista cuya frase fluye, abundante, movida, “numerosa”. Nada de las violencias de sintaxis, de las supresiones de verbos, de la frase picada, telegráfica, de Leonhard Frank. En ese sublime y formidable *El Hombre*

«*Bueno* desfilan entre místicas brumas el dolor y la protesta de las vastas multitudes y de los no combatientes; los que detrás del frente deben alimentar al monstruo mecánico con su trabajo y sus privaciones: padres, madres, hermanos, hijos de los soldados; los heridos, enfermos y mutilados que se agitan detrás del campo de batalla, que los arroja lejos de sí como escorias. En *Hombres en la Guerra* revive el lector el sufrimiento y la protesta de los que combaten; y no a grandes rasgos sintéticos en vastos panoramas místicos, sino analizados a plena luz, en ejemplares individuales. No es “el hombre” ni “la humanidad” en la guerra, como he visto traducido el título. Tampoco “hombres en guerra”, como dice otra traducción pasando por alta la declinación de *im Krieg*. Son tipos determinados de humanidad en la guerra, la monstruosa, la única guerra que en su género haya visto la historia. Y por estar individualizado y violentamente materializado ese dolor del hombre humano en la guerra de la humanidad, el libro de Latzko es tan impresionante desde su punto de vista como el de Frank desde el opuesto.

Es un libro que en todos los tonos y formas, en todos los caracteres y hasta en los paisajes que evoca, materializa, ora con sobrios toques, ora con fantástica exuberancia, la angustia del gran crimen colectivo y sus consecuencias; una angustia que en esos hombres capaces de sentirla en su integridad, pues la han *vivido*, adquiere en ciertas páginas reflejos de tortura infernal, y en otras, de maleficio diabólico. Y grita el libro esa angustia, en arranques de una maravillosa fuerza descriptiva y comunicativa, con tal violencia, como si se propusiera hacerla penetrar a martillazos en las cabezas más duras. La sucesión de los episodios externos,—tanto los más trágicos como los de minúscula apariencia exterior,—los gestos, los soliloquios, pintan de cuerpo entero, y en su más secreta intimidad, a los verdugos y sus auxiliares inconscientes, y en su trágica falta de sentido el fatalismo animal de las masas que se dejan llevar por ellos al matadero, y sufren y mueren en silencio, sin saber por qué.

“En todos los tonos” he dicho, y no en vano. Cada una de las seis novelas adopta uno diferente. En *La Partida* es el tono del novelista que deja hablar al paisaje y a los hombres que se agitan, dialogan y sufren sobre su fondo; y es casi como autor dramático—bien lo ha dicho Romain Rolland,—que Latzko des-

arrolla el soliloquio en el agitado monólogo de un enfermo moral, que encarna el mayor dolor de la marcha hacia el frente: el de sentirse mandado al matadero por los seres más queridos, que por vanidad y servilismo mental abdican lo más santamente humano en ellos. En *Bautismo de Fuego*, todo es trágicamente pasional, paisajes, escenas, hombres y largos soliloquios del personaje que en ellos condensa el suplicio moral, y el odio y la protesta que en su espíritu eminentemente civil despierta la carnicería. Sigue *El Vencedor*, donde el tono ameno, las entrelíneas irónicas y las menudas incidencias de la vida en torno del cuartel general y su jefe todopoderoso, son otras tantas punturas de cauterio en la llaga viva. Todo lo contrario *El camarada*: una visión que ha enloquecido a un oficial; alegato elocuente, ardiente, frenético, de extraños toques irónicos y arranques de inmensa ternura; una verdadera convulsión de protesta surgida del dolor moral y el horror físico, un delirio de inquietante clarividencia. Y bruscamente salta el tono en *Muerte de Héroe* a un humorismo cruel, sarcástico, de gesto tan amargo y feroz como el de un herido que al verse en el espejo con un ojo reventado y el cuero cabelludo colgando de través, bajo el fuego líquido de los dolores, se riera de su grotesca catadura. Y en el último episodio es del todo impersonal. Fríamente se desarrolla por etapas el proceso mental que conduce al homicidio a un soldado, el único tipo vulgar y ruín de todos los personajes de primer plano, y por lo mismo el más sugerente, pues encarna el despertar, hasta de los más inconscientes: anuncia la revolución.

Excepto ese soldado que se venga y castiga matando a uno de los que le enviaron a matar y adiestraron en el servilismo y en el asesinato, todos los demás personajes son oficiales. Como lo era Latzko. Esto indica que se trata de un libro autobiográfico. Son ante todo las diversas emociones del escritor encarnadas en diferentes tipos humanos, las que vibran con forma y color en esas páginas.

El fondo autobiográfico de *Menschen im Krieg* hace más espontánea su sinceridad y más ingenuo su idealismo, transfigurado de humanidad excelsa, crispado en una inexorable voluntad de rebelión contra la locura destructiva. Es evidente que brotó del cerebro en plena matanza; por eso es a la vez doliente gemido, amarga burla y viril protesta.



Y las circunstancias que la inspiraron dan a la creación de Latzko—como a las de Frank y de Henry Barbusse—el mérito moral de haber percibido la maldad y la estupidez de la guerra imperialista en medio de los alaridos de victoria de sus prójimos: cuando su propio país, el propio ejército, se consideraba virtualmente vencedor. Comprendió—y lo da a entender en el episodio central—que en una guerra como esa no hay en realidad más “vencedores” que el puñado de quienes la dirigen y aprovechan.

#### UN COMENTARIO DE ROMAIN ROLLAND

Bajo el sugestivo título de *Les Précurseurs*, el noble escritor francés Romain Rolland reunió el año pasado en volumen—aquí inteligentemente comentado por Roberto Giusti (1)—los artículos periodísticos que durante la guerra dedicara a los principales literatos de espíritu afín. Los que en medio de la catástrofe, erguidos sobre el oleaje de las más brutales pasiones de odio y destrucción, tuvieron la valentía de protestar contra la guerra como un crimen en sí misma, que ninguno de sus pretendidos objetivos benéficos podía atenuar, y heroicos intentaron despertar a las masas, en sus respectivas naciones, del delirio y embotamiento en que las sumergiera el fanatismo patriótico. Eran *los precursores* de la renovación, del sacudimiento revolucionario que había de traer tras sí el inmenso ciclón, una vez generalizado el despertar de las conciencias por obra del cruel y prolongado sufrimiento.

Entre esos “precursores” figura Latzko, a cuyo libro *Menschen im Krieg* dedicó un extenso comentario analítico intitulado *L'Homme de Douleur*, que lleva fecha de Noviembre 1917. Nadie más autorizado que Romain Rolland para comentar la obra y el escritor. Me permito por eso extractar sus principales párrafos.

Comenzado por un paralelo con *Le Feu* de Barbusse, paralelo y antítesis parecidos—grata coincidencia—a los que *El Hombre es Bueno* sugiriera al que esto escribe, dice Romain Rolland: “*Le Feu* es más soportable para estos guerreros de gabinete. Reina en él un aparente *parti-pris* de impersonalidad... Este fresco de la guerra parece la visión de un diluvio univer-

---

(1) *Claridad*! Año I, Núm. 3, Marzo 1º de 1920.

sal. La multitud humana maldice el flagelo, pero lo acepta. En el libro de Barbusse truenan sordas amenazas para el porvenir: ninguna para el presente. El arreglo de cuentas es aplazado para después de la paz. En *Menschen im Krieg*, los estrados están abiertos, la humanidad está en la barra y presta testimonio contra los verdugos. ¿La humanidad? No, por cierto. Algunos hombres, algunas víctimas selectas, cuyo sentimiento nos habla más directamente que el de una multitud, porque él es individual; seguimos su obra destructora en el cuerpo y el corazón desgarrados; nos solidarizamos con él; se hace nuestro. Y el testigo que habla no se esfuerza por ser objetivo. Es el querellante apasionado, que sacudiéndose todo en las torturas de que acaba de escapar, nos grita: “¡Venganza!” El que escribió este libro sale recién del infierno; jadea; sus visiones le persiguen, lleva clavada en él la garra del dolor. Andreas Latzko quedará, en el porvenir, en la primera fila de los testigos, que han dejado el relato verídico de la Pasión del Hombre, en el año de desgracia: 1914.

“La obra se presenta bajo la forma de seis novelas sueltas, que liga solamente un sentimiento común de sufrimiento y rebeldía. Estos seis episodios de guerra están dispuestos en un orden de sucesión enteramente exterior (1)... En las tres últimas novelas, el dolor físico exhibe su horrenda faz de Medusa mutilada. Las dos primeras están consagradas al dolor moral. El hombre que está en el medio—*El Vencedor*—no ve ni al uno ni al otro: su gloria se sienta sobre ellos; encuentra buena la vida y mejor la guerra. Desde el comienzo hasta el fin del libro truenan sordas rebeliones. Estalla, en la última página, en un asesinato: un soldado que viene del frente mata a un aprovechador de la guerra”.

Hace luego Romain Rolland un análisis de las seis novelas y termina:

“Los lectores han podido darse cuenta, por los extractos citados, de la fuerza de emoción y de ironía de la obra. Ella arde. Es un antorcha de sufrimiento y de rebelión. Tanto sus defectos como sus calidades emanan de ese frenesí. El autor es un escritor que domina enteramente su arte, pero no siempre

---

(1) No me parece así. Hay también un encadenamiento interno, lógico y emocional. Son seis aspectos diversos de la guerra y seis etapas, y otros tantos modos de verla y de sentirla a través de sus fases.

su corazón. Sus recuerdos son heridas todavía abiertas. Está poseído por sus visiones. Sus nervios vibran como cuerdas de violín. Sus análisis de sentimientos son casi siempre monólogos trepidantes. El alma sacudida no puede ya encontrar reposo.

“Se le reprochará sin duda el lugar preponderante que ocupa en su libro el dolor físico. Lo llena. Obsede el espíritu y los ojos. Es después de leer *Menschen im Krieg* que se comprende cuán sobrio de efectos materiales ha sido Barbusse. Si Latzko recurre a ellos con insistencia, no es únicamente porque le persigue esa obsesión. *Quiere* comunicarla a los demás. Ha sufrido demasiado con su insensibilidad.

“Esa es en efecto la más triste de las experiencias que debemos a esta guerra. Sabíamos que la humanidad era harto torpe, mediocre y egoísta: la sabíamos capaz de muchas crueldades. Pero por desprovisto de ilusiones que uno estuviera, no sospechábamos su monstruosa indiferencia a los gritos de millones de hombres supliciados. No sospechábamos la sonrisa en los labios de esos jóvenes fanáticos y de esos rabiosos que, desde los anfiteatros, presencian sin cansarse la degollación de los pueblos, por el placer, por el orgullo, las ideas y los intereses de los espectadores. Todo lo demás, todos los crímenes, podíamos admitirlos; pero esta sequedad de corazón es lo peor de todo, y se siente que Latzko fué trastornado por ella.

...“Y a herirlos en su embotamiento, a aplicarles en la piel el hierro cadente del dolor, es que tiende su voluntad. Se ha pintado en el capitán Marschner de la segunda novela (*Bautismo de fuego*) quien, en medio de su rebaño degollado, con nada sufre tanto como con la indiferencia cruel de su teniente (1) y que, al morir, se ilumina con una sonrisa de alivio cuando ve sobre la dura faz posarse la sombra del dolor—del dolor fraternal...

“¡Loado sea Dios!, piensa. ¡Ahora, ellos saben lo que es sufrir!...

“*Durch Mitleid wissend*” como canta el coro místico de Parsifal.

“Este “*sufrimiento con*” (*Mitleid*), este “dolor que une”, desborda de la obra de Andreas Latzko.”

---

(1) A quien exactamente califica Rolland en otra parte de oficial irreprochable con lo que su tipo sugiere con más vigor el significado moral del sistema que encarna.

## MODOS DE TRADUCIR

No han llegado hasta nosotros más antecedentes del autor de *Menschen im Krieg* que los muy sumarios enunciados. Un ciudadano alemán que estuvo aquí el año pasado me informó de que, habiendo él enfermado de tuberculosis a consecuencia de la guerra, pasó con licencia a Suiza, donde en Davos conoció a Latzko, que estaba allí afectado por la misma enfermedad. ¡Sería pues una doble víctima de la guerra! Como Leonhard Frank y tantos miles de nobilísimos espíritus, triturados en las trincheras como carne de cañón o consumidos a fuego lento...

El ejemplar que me ha servido tiene también su pequeña historia, lo mismo que el de *El Hombre es Bueno*. Como él, sigue siendo posiblemente único en estas tierras de América. Como él, atravesó milagrosamente el cordón sanitario de las censuras aliadas. Lo trajo de Suiza a mediados de 1919 Juan B. Justo, pero no por cierto en sus maletas. Fué compañero de viaje—el secreto del vehículo conviene guardarlo como si fuera un secreto de Estado—de un ejemplar de la traducción en idioma francés que en el mismo país adquirió Antonio de Tomaso.

Pero eso de "adquirió" es relativo. Hay muchas maneras de "adquirir". De Tomaso no compró en una librería el ejemplar que ha traído. Lo había buscado con empeño, porque oyó a varios colegas del congreso internacional de Berna hablar con entusiasmo del libro de Latzko, que declaraban superior al de Barbusse por su fuerza evocadora de lo íntimo de la guerra. Pero no lo encontró en librería alguna. Le dijeron que la edición en francés, de pocos millares, se había agotado en seguida a pesar de venderse solo en Suiza. Hasta que una mañana descubrió un ejemplar poco antes de iniciarse la sesión del congreso. Al que madruga, Dios le ayuda. Lo encontró en el pupitre de un colega. Y hacía frío, y los bolsillos de los sobretodos son grandes. Y fueron vanas todas las pesquisas del respetable secretario Huysmans para hallar el valioso libro perdido por un congresal, a pesar del empeño con que le ayudó de Tomaso. Agradecido por la colaboración, Huysmans ayudó luego a éste a ponerse el sobretodo cuando se despidió de él. Esto último no me lo ha contado de Tomaso, pero es de suponerse. Esta verídica historia, que cuento con autorización de quien me la contó, no solo permite valorar mejor la primicia que hoy se ofrece a los lectores argenti-

nos, sino que es también un bonito ejemplo de “socialización sin indemnización”, pues el histórico ejemplar ha estado circulando sin descanso desde que llegó a Buenos Aires.

El viaje en compañía de esos dos textos, — la versión francesa, especialmente autorizada, es obra de un distinguido escritor bilingüe: el alsaciano Major—, me ha permitido controlar mi versión, sugiriendo algunos útiles retoques de detalle. Sin jactancia, como simple información, puedo decir que encuentro mi versión, en conjunto más fiel que la francesa. He cotejado también mi manuscrito con la versión de una de las novelas, publicada en Madrid por la “Biblioteca Nueva” en un volumen intitulado: *Los grandes cuentistas húngaros*, seleccionados y traducidos por Andrés Bererz y J. García Mercadal, y con un extracto de otra, aparecido en el semanario *España* el año pasado. Esas comparaciones son siempre útiles.

Lo mismo que al traducir *El Hombre es Bueno*, me he inspirado en el propósito de reproducir en su integridad no sólo el asunto, sino el estilo, incluso las libertades de vocabulario y la puntuación esencial, siempre que ello fuera materialmente posible. Me reconozco reo de insistir en el empleo de giros y términos muy nuestros y expresivos, como “macana”, “ángulo de la boca”, “venga no más”, “parado”, etc., cuando lo exige la fidelidad al sentido original. Me tienen sin cuidado las objeciones que la preocupación gramaticante más tradicionalista pueda encontrar a este procedimiento, que es en mi entender el único que puede llamarse “traducción”; porque estoy seguro de que lo agradece el lector que desea penetrar en el alma de los libros a través de la versión. Ello es imposible si se adopta una forma más o menos neutra, mutilando todos los rasgos característicos del original, y hasta creyéndose autorizado a “mejorarlo”.

No están de más estas consideraciones, dada la forma en que con tanta frecuencia se “traduce” al español, y por haber la traducción de *El Hombre es Bueno*, — alabada por críticos competentes en España, y que al ilustre Xenius le ha sugerido un interesante estudio sobre el estilo, o “la manera de escribir” de Leonhard Frank, como la llama —, inspirado entre nosotros críticas al empleo de argentinismos corrientes donde en el original figuran equivalentes locuciones vulgares, críticas basadas principalmente—no conociéndose el texto original—... en el número de días o semanas que requirió la traducción.

Para vindicarme en el caso presente, y para ilustración de los tasadores al taxímetro (tanto más necesaria cuanto que *Hombres en la Guerra*, gracias a la normalidad de la construcción y del vocabulario, sin las violencias de sintaxis y los neologismos de Franck, ha exigido mucho, pero mucho menos trabajo que *El Hombre es Bueno*), presento en columnas paralelas algunos ejemplos de las versiones citadas y de la actual. Las palabras en bastardilla son las suprimidas en el texto comparado o en mi entender mal interpretadas.

La versión publicada por la "Biblioteca Nueva" es de la última novela, con el título de *El regreso*.

VERSIÓN DE "BIBLIOTECA NUEVA"

TRADUCCIÓN ACTUAL

—Quiso añadir algo, pero mudando de idea, se calló. Aquél Bogdán, que siempre estuvo al servicio de grandes señores, había mirado con orgullo a los demás.

¿Qué podía importársele aquél monstruo que dejaba tirado sobre el camino? Enclavado en la ondulante uniformidad de la columna en marcha, etc. Estaba muy acostumbrado a caminar entre cadáveres, cruzando campos, etc.

—Con la Marcsa, señor conde, arreglaré yo mismo mis asuntos. Es una cuestión de ambos, dijo con su voz ruda, mientras miraba al conde muy de frente.

—Según y cómo — opinó; e iba a agregar algo, pero lo pensó mejor y se calló. Ese Bogdán había sido siempre un vil carácter de lacayo, que se enorgullece de poder servir a nobles señores.

¿Qué le importaba un ser humano tendido entre estertores en la calle? ¡Un hombre más o menos! Ante miles había pasado así, con el balanceo uniforme de la columna en marcha, etc. Habían chapaleado entre muertos allá en Kielce, cuando tuvo que cruzar el campo de batalla, etc.

—Con la Marcsa yo mismo me arreglo mis asuntos, *Su Merced*. Esa es una cuestión entre ella y yo—, dijo enronquecido, y miró con firmeza al señor en la cara. ¡Ese había conservado su bigote! Igualito a la derecha y a la izquierda, y lindamente enroscado. ¿Cómo había dicho el jorobado? "El uno se va y se hace romper la cabeza..." No era tan tonto, pensándolo bien, el jorobado.

Las omisiones abundan en cada página de esa versión, que manifiestamente no es del original, sino de la traducción francesa; abundan también los cambios de sentido, algunos de ellos por evidente error, pero no todos. Es interesante tomar nota de esas alteraciones, porque son ilustrativas, y sobre todo porque

dejan bastante mal parado a Latzko, haciendo de un relato intensamente dramático y de profundas sugerencias una especie de crónica policial difusa, poco coherente y un tanto aburrida. Desaparece en esa "traducción" de una traducción el elocuente alegato contra la siniestra influencia moral de la guerra y los privilegios de que gozan en ella los miembros de la casta responsable, desarrollado gradualmente en los hechos y consideraciones del original intacto. Se presenta como a un malvado personaje al socialista en cuyas frases el autor insinúa su pensamiento (1), y se hacen aparecer como calificaciones reales las injurias contra él que pone el autor irónicamente en boca de ese bruto devoto y servil de Bogdán. En cambio, este personaje—el principal y simbólico— que el original sin adulterar pinta como un genuino producto de la acción combinada de la Santa Madre Iglesia, de la oligarquía terrateniente y del crimen de la guerra, hasta que su conciencia despierta confusamente —, queda convertido en un sujeto borroso, un soldado de tantos, casi un buen muchacho, cuyo crimen final queda degradado a un vulgar homicidio por celos. La apretada trama lógica del original se deshace y enreda así en confusa madeja; quedan en la penumbra los factores sociales determinantes del asesinato y su acumulación progresiva en la mente rudimentaria del actor, hasta que la chispa de los celos ocasiona la explosión final de la rebelión y la venganza de esa víctima de la guerra — la más inconsciente de todas — contra el aprovechador que se le interpone en el camino.

Muy diferente es la versión de algunas partes salientes de la novela *El Vencedor*, aparecida en el semanario *España*, cambiándole este expresivo título — que condensa su moraleja — por *El General*. Está hecha con evidente buena fé y sentido literario, pero sin mayor preocupación de fidelidad, — en parte tal vez para abreviar, por exigencia del espacio — y también le encuentro algunos errores. Para dar una idea de la diversidad de criterio transcribo estos dos párrafos:

#### VERSIÓN DE "ESPAÑA"

*Los pasados siglos pusieron a disposición del general sus esfuerzos, generaciones enteras su buen gusto en el adorno del palacio, ahora requisado para habitación de su exce-*

#### TRADUCCIÓN ACTUAL

*Varios siglos habían dado sus más nobles esfuerzos, y generaciones, su sentido artístico, para llenar con los más selectos tesoros el castillo de... requisado ahora para su excelencia*

(1) Por ejemplo, una mirada brillante se convierte en "siniestra"; un "ser humano" queda convertido en "monstruo", etc.

lencia el general en jefe del X ejército. El sol y el tiempo habían velado con una discreta capa el brillo de tanta riqueza. La persona que diariamente como dueño y señor subiese la magnífica escalera del palacio, consciente de que su voluntad era ley en aquellos recintos, habría de sentirse como un rey, y vivir la guerra como un cuento de hadas.

.....  
 .....  
 .....  
 .....

Su excelencia se incorporó. Escuchó unos ruidos que el viento traía. Golpes opacos. Como lejanos hachazos contra los troncos.

La artillería hacía fuego de cortina.

Los ojos de su excelencia brillaron. Una expresión de alegría animó su fisonomía...

.....  
 .....  
 .....  
 .....

el general en jefe del... ejército. El sol y el tiempo habían trabajado sin cesar, para que la excesiva brillantez de las acumuladas riquezas reluciera, como a través de finísimo velo, en una magnificencia de bien graduados matices. Quien podía subir a diario como dueño de casa la grandiosa escalera de honor, dando en alta voz rienda suelta a su voluntad a través de las salas aristocráticamente adormecidas, tenía que sentirse rey, solo podía vivir la guerra como un magnífico cuento de hadas.

.....  
 El Excelentísimo Señor se había incorporado, tendía la oreja y escuchaba con atención concentrada. Con el mugido de la tempestad se mezclaba perceptiblemente, pero muy, muy suave, un sordo bramido, un golpeteo hueco, apenas audible, como un eco lejano de leñadores en el bosque.

¡El fuego redoblado!...  
 Los ojos de su excelencia brillaron. Sobre su cara, momentos antes malhumorada aún, pasó una luz de contento interior.

Queda así documentado, hasta cierto punto, el propósito de transmitir intacto, en la versión castellana, el fondo y la forma del admirable libro de Andreas Latzko, lo mismo que se intentara con el de Leonhard Frank. Los que se consideran autorizados a pronunciar sentencia sobre traducciones sin conocer el respectivo original, encontrarán sin duda más plausible la presente.

Marzo de 1920.

AUGUSTO BUNGE.



## LA CONQUISTA NORTE-AMERICANA

### I

A pesar del modelo constitucional, de Madisson, de Story y la copiosa jurisprudencia de la Corte, la "influencia yanqui", en el transcurso del siglo XIX, fué meramente verbal. Los eruditos enumerativos, que trabajan a base de catálogos de librerías y de diccionarios enciclopédicos, plaga cada vez más difundida, solían agotar las citas y ditirambos, pero en el hecho la gravitación de todo aquel bagaje quedaba circunscrita al reducido y silencioso espacio de los anaqueles. Y eso no fué porque en realidad faltase el verdadero concepto que revestía la civilización del Norte.

"La América del Sud, había dicho Sarmiento en 1865, con su clarovidencia y franqueza habitual, (*Introducción a la vida de Lincoln*), carece de antecedentes de gobierno en su propia historia colonial, pues no ha de ir a pedirle luces a Felipe II y Fernando VII, sobre el arte de gobernar. No nos la daría mejores la Francia, cuyos publicistas solo pueden ser perdonados, como la Magdalena, por lo mucho que han amado.

"La escuela política de la América del Sud, agregaba, está en Estados Unidos como copartícipes de las libertades inglesas, como creadores de un gobierno libre absolutamente y fortísimo por excepción, que en la paz ha creado la más próspera nación de la tierra y que en la guerra ha desplegado recursos, ha reunido ejércitos, inventado armas y obtenido laureles que abren una nueva página en la historia de la guerra moderna, dejando pequeñas las antiguas".

Estas y otras páginas semejantes,—que parecen escritas ayer—cayeron poco menos que en el vacío, y, para darse cuenta de los celos que despertaba el "coloso" del Norte, basta releer

el discurso que 25 años después pronunció el Dr. Roque Sáenz Peña, en la Conferencia Internacional Americana, con motivo del abortado "Zollverein".

Cultísimo, de forma irreprochable, la suspicacia, la falta de confianza, el manifiesto propósito de hacerles comprender que se equivocaban de medio a medio si suponían que la Argentina "concluiría por olvidar la llave de su política", aparece en cada línea.

¿Zollverein?—les dice—¿con quién? ¿para qué? No véis que no existe mediana equivalencia entre los presuntos copartícipes? Y párrafo tras párrafo verifica un verdadero alegato a favor de la "europeización" de Sud América y especialmente de la Argentina.

¿Con qué derecho pretenderían subrogarse a la vieja Europa que nos ha legado el fruto de su secular civilización y hoy nos da su sangre y su dinero, elementos indispensables para realizar el concepto integral de Alberdi?

Los guarismos reveladores del intercambio comercial con Sud América entera, sustentaban la sólida argumentación, que no tuvo réplica.

Posteriormente, en 1893, los festejos del centenario del descubrimiento de América, motivaron el envío de un representante argentino que consignó en páginas indelebles su paso a través del continente. Celta quisquilloso e irónico, Groussac, que hubiera dado media docena de sus mejores frases por el feliz zpareamiento de los adjetivos de Banville (*Messine est une ville étrange et surannée*), no encuentra playa donde desembarcar. El Oeste constituye una masa ígnea en plena formación; el Este, es un simple remedo de un Este más lejano. Habituada la pupila a admirar las bellezas de la Diana de Falguière no puede comprender—y menos tolerar sin protesta—los cánones que rigen la armonía de La Libertad de Bartholdi. Nueva York, símbolo de la grandeza yanqui, es "una amalgama por partes iguales de América y de Europa. Al agigantarse o "ciclopearse", allí, todo se deforma. El arte es tanto más arte cuanto mayor sea la potencia a que se eleven sus elementos. Todo es cuestión de magnitud. Los cantantes de ópera, excelentes en París o Londres, al abultar sus efectos, se vuelven insoportables en Nueva York. Imagínese a Tamagno y a la Calvé elevados al cubo para poder guardar las debidas proporciones con el marco

que los rodea. La sabiduría era meramente utilitaria; todo debía cooperar a la "política del dollar".

En 1897, las ideas del Dr. Sáenz Peña acerca de la república Norte, no se habían modificado.

*Somos de ayer y llenamos el mundo*

Esta parte integrante de la oración matinal de Polifemo, encrespa la delicada piel del hijodalgo impregnado del ambiente que se respira en el paraje más ceremonioso del mundo: el barrio de Saint Germain. No fué Monroe—dice—sinó Canning el verdadero defensor de las colonias americanas cuando la Santa Alianza intentó "ajetrear" el mundo a su antojo. El soberano de White House explora con su enorme catalejo los cuatro puntos cardinales y ningún obstáculo apreciable se interpone en su visual. El Derecho, en sus manos, resulta poco menos que un garrote de las proporciones de quien lo esgrime. "Los Estados Unidos—agrega—no son muy dados a creer en la igualdad política de las naciones: consideran el principio como ficción derivativa del derecho público, y el americano del Norte no demuestra preferencia por ninguna ficción. "La cosa juzgada de los tribunales extranjeros suele tener recursos ante los propios y en casos no poco frecuentes, resuelve sumariamente el jefe de la estación naval".

Tales conceptos no predisponen a la simpatía y así se explica que más tarde, cuando estalló la guerra de Cuba, el diplomático y el hombre de letras se embanderasen públicamente a favor de España. El discurso del Dr. Sáenz Peña pronunciado con tal motivo, en la famosa velada del Victoria—2 de Mayo de 1898—contiene esta frase:—"la felicidad de los Estados Unidos, es la institución más onerosa que pesa sobre el mundo".

Groussac, a su vez decía: "No he aguardado que estallara este conflicto armado para expresar la mezcla de repugnancia y terror que me inspira el novísimo molde social en que se pretende refundir los peores elementos del antiguo. La guerra de Cuba es mero accidente... pero quedará el mal latente y el peligro subsistirá no sólo para el resto del continente americano, sinó para la civilización misma a que nos gloriamos de pertenecer".

Tales eran los temores que suscitaba la patria de Wilson en las postrimerías del siglo XIX. Una desbordante cascada

que arrasaría todo lo existente sin dejar más rastro propio que las ruinas de las instituciones seculares.

## II

Pocos años más tarde al penetrar en el laboratorio de la Facultad de Filosofía, me llamó la atención el retrato de un personaje que por su indumentaria debía ser contemporáneo... Allí donde no se veía la imagen de Platón, Aristóteles, Kant o Descartes, aparecía la democrática figura de un señor de barba, de sencilla apariencia, sin el gesto de torturado que Rodín le atribuye a todo sujeto que piensa.

—Es James—me contestó el profesor de la materia (1). Un filósofo yanqui.

—Filósofo yanqui! ¿Y a qué debe el alto honor de ser la única figura humana digna de ostentar sus rasgos en este augusto templo del saber?

Mi curiosidad quedó satisfecha. Supe que entre los teólogos del *monismo* y *dualismo*, empeñados por aquel entonces, en descomunal batalla, James, conservó su *neutralidad*.

En el hecho, sin embargo, los méritos del agraciado eran más positivos; su voluminoso Manual de Psicología, por su claridad y sencillez, por la belleza descriptiva de algunos capítulos, resulta una verdadera *novela del alma*. Ya no se trataba de ciencia utilitaria, ciencia para andar más rápido, oír mejor o ver a mayor distancia; ciencia, en definitiva, aceleratoria de los *business*; sino de una disciplina desvinculada de los trusts y de la bolsa. Aquello fué—como diría un pedante—una claraboya que permitió ver un inesperado compartimiento de la maciza mentalidad americana.

Fué también por aquella época que comenzó la verdadera exploración para los negocios en forma de comisiones visitadoras, hombres de empresas, representantes de grandes usinas, etc. Puede afirmarse que desde 1904 a 1910 todas nuestras fábricas de calzado—por ejemplo—adoptaron máquinas americanas. El mismo calzado abandonó la tradicional línea franco-inglesa y adoptó la del Norte. Los muebles relacionados con los negocios, sustituyeron a los antiguos de procedencia europea. Las bibliotecas adaptables a todas las necesidades, sustituyeron con evidente ventaja a los pesados e incómodos armatostes.

---

(1) El malogrado Dr. Piñero, recientemente fallecido.

Así y todo, la embestida ni siquiera conmovió las posiciones conquistadas por la vieja Europa en todos los órdenes de la actividad argentina. Lo americano, continuaba cubierto de un barniz de extravagancia que impedía ver la solidez del fondo. Hasta 1914 pues, hubo lucha porque, el último en llegar, se encontraba con una serie de competidores de arraigo tradicional, que no estaban dispuestos a soportar pasivamente el desalojo. Inglaterra, Alemania, Francia e Italia imperaban en el mercado y pujaban por acrecentar su predominio, con tanta mayor razón, cuanto que el bienestar, real o ficticio, de la década anterior había dado un gran vuelo a los negocios. En efecto, la importación que en 1903 ascendió a 131.206.600 pesos oro fué progresivamente aumentando hasta alcanzar su máximo en 1913 con la cifra de 495 millones. En esta puja económica los EE. UU. ocuparon hasta 1913 el tercer puesto, viniendo después del Reino Unido y Alemania. En 1915 el Reino Unido baja de 130 a 66 millones en tanto que los americanos se le ponen a la par, para superarlo el año siguiente con sesenta y tres millones, contra sesenta. Debe tenerse presente que las cifras americanas tienen en cierto modo un mayor valor por cuanto se trata de compras pagadas en el acto de recibir los documentos. No media a su respecto el estímulo del crédito que tanto les valió a los alemanes y aun a los ingleses. Una compilación estadística más minuciosa, podría revelar con mayor precisión la importancia del desplazamiento operado por el comercio americano; pero aun así, ese aspecto revestiría un carácter puramente cuantitativo. La necesidad repiten algunos— nos ha obligado a recurrir a nuestros *hermanos del norte*. Con la terminación de la guerra, cuando el intercambio recupere el curso normal, su influencia quedará circunscrita a los límites *ante bellum*. No hay peligro que nos *conquisten* porque no saben hacerlo. ¿Es exacta esa presunción?... Y siéndolo, ¿es conveniente que lo que llamaríamos influencia americana quedase reducida a la fugacidad de un meteoro?

### III

Examinando estas cuestiones con la brevedad posible, puede afirmarse, desde luego, que el comercio americano, no es el comercio inglés, vale decir el comercio a quien el mundo entero ha rendido y rinde el más cumplido homenaje. En nuestra

plaza hay casas de origen británico que constituyen verdaderas instituciones nacionales, pues nadie, ni aun los más acérrimos enemigos se atreverían a insinuar la menor duda acerca de su conducta comercial. Sus compromisos y los artículos nunca han desmentido marcas y nombres ya seculares. El cumplimiento de la obligación tal cual fué contraída, ajustándose al viejo precepto de que los negocios se basan sobre la buena fe, constituyó su norma general.

Ahora bien: ¿es exacto que durante los últimos años, el comercio inglés había quedado rezagado?

Se asegura que con el andar del tiempo los alemanes y los americanos, poco a poco le hubieran socavado su imperio. No lo creemos.

La imitadora industria alemana, consiguió, por la baratura de sus precios y métodos de venta, multiplicar el consumo y de ahí que no sustituyó, complementó, el artículo inglés. El entendido que podía pagar adquiría el producto genuino: el que no podía o no quería gastar, se contentaba con la imitación.

El comercio inglés cimentó su predominio en la manera de conducirse y en la bondad de sus productos.

¿Presenta estos mismos rasgos el comercio americano?

Hay que decirlo con franqueza: hasta ahora, no.

Ya en 1916, la Unión Industrial, haciéndose eco del malestar provocado por la conducta de los exportadores americanos, dirigió una nota al consul general de aquel país significándole que muchos socios se quejaban por la falta de cumplimiento de los contratos (1).

Desde entonces a la fecha, la situación ha mejorado; pero en muchos industriales argentinos subsiste la prevención contra los métodos comerciales americanos y, terminada la guerra, el tiempo se encargará de demostrar si fué meramente circunstancial u obedece a una modalidad congénita de aquel país.

De cualquier manera que sea, la corriente se ha establecido; instituciones de crédito radicadas entre nosotros propenderán a que se verifique el proceso de adaptación y si el comercio norteamericano concluye por asemejarse al europeo, afianzará sus dominios.

Sin embargo, no es desde el punto de vista exclusivamente económico que nos interesa la invasión americana, porque no

---

(1) Me confieso autor de la moción y de la nota.

se trata de un mero competidor cuyo propósito se circunscribe a obtener un espacio para almacenar sus productos, cosa que en mayor o menor escala han hecho los demás. El yanqui de hoy, por gravitación propia de las cosas, mediante sus doctrinas, que obran sobre la inteligencia y *su arte* que obra sobre las costumbres, tiende a la conquista de todos los pueblos y especialmente de los pueblos nuevos. Los fundamentos que adujo para terciar en la guerra europea y los principios enunciados por Wilson—principios básicos de convivencia internacional y aun nacional, han *dinamizado*—permítase la palabreja—las teorías que como fórmulas utópicas, dormitan en los viejos textos europeos. Los Estados Unidos, han producido al hombre que ha sabido poner ese hermoso vino viejo en odres nuevos, encargándose a la vez de escanciarlo por el mundo entero. La confraternidad universal era imposible en tanto que subsistiesen las formidables barreras, escalonadas por la tradición; y por consiguiente, si a un pueblo se le exige el cumplimiento de los pactos contraídos por sus gobiernos, debe empezarse por hacerle saber qué clase de pactos son los contraídos, evitándose así el caso de una triple alianza que ha durado treinta años sin que los interesados supiesen a ciencia cierta en qué consistía.

Además, Wilson, ha propiciado la doctrina del *endicamiento natural* de los pueblos, doctrina que consagrada en la famosa *declaración de los derechos del hombre*, fué aplicada arbitrariamente por las grandes potencias signatarias de la Santa Alianza, aun cuando en definitiva no pudieron evitar la unidad alemana y la unidad italiana, como hoy no se evitará la *invasión* eslava. Wilson ha intentado desatar todas las ligaduras que sujetaban a los distintos núcleos, dejando que, como las aguas de una cascada, busquen por sí mismas el nivel, *endicarse* de acuerdo con su raza, tradición, costumbres, intereses, etc. ¿Lo conseguirá? Es prematuro aventurar una respuesta, pero, de cualquier manera, la doctrina renovada y claramente articulada, es la que está trabajando todas las conciencias. El tiempo dirá con qué resultado.

#### IV

Hemos dicho que otra faz apreciable de la *conquista* es la que verifica por medio de su arte. Comprendemos que quienes tienen impregnado su espíritu con esquisitesses francesas, son-

reirán al oír que un arte yanqui pueda conquistar el mundo.

Sin embargo, va resultando así. Los yanquis con eso que llamamos *su arte*, poco a poco se infiltran en nuestra vida y van en camino de transformar nuestras costumbres con más eficacia que *el capital inglés*, los cantantes de óperas y los modistos de la Rue de la Paix. Es que el cinematógrafo constituye el instrumento adecuado a la exteriorización del alma americana. Es el medio que le permite concretar, materializar sus anhelos.

Es, además, una prueba experimental del error en que incurren quienes pretenden que nuestra mentalidad o sensibilidad retrocedan siglos y siglos para admirar o comprender cosas que nos tienen sin cuidado. El pueblo americano, repetimos, ha encontrado en el cine, el instrumento capaz de mostrar lo que es y lo que quiere, vale decir, lo ciclópeo, lo gigantesco, las cosas elevadas a su mayor potencia: montañas que se desmoronan, ríos que se evaporan, ciudades que nacen y desaparecen en un soplo; toda la gama de las magnitudes en consonancia con la visión de los férreos conquistadores del Far West.

Ahí está el *quid*, se dirá. Es el arte de Polifemo, arte constituido por el amontonamiento o el desfile *de cosas* que suelen despertar curiosidad o a lo sumo, asombro, pero jamás emoción, la inefable emoción, contenida en el arte, que en variadísima forma nos ha legado la vieja Europa. Quienes así piensan se equivocan. El cinematógrafo es un medio que permite exteriorizar la belleza con la misma intensidad que una tragedia griega, con el agregado de su posible universalización. El gesto de sufrimiento o la lágrima que se desliza por la tela, conmueven a millones y millones de individuos en todos los rincones del mundo. Y los americanos son los que mejor saben sufrir y llorar para el cine. Sus cosas comienzan a interesarnos tanto o más que las nuestras y Mary Pickford, June Caprice, George Walsh y Wallace Reed, se discuten en nuestros hogares con el mismo apasionamiento que en California o en Nueva York. Nadie podrá negar que todo esto no reviste el carácter de una conquista.

Pero la faz artística americana, merece que le dediquemos artículo especial.

LUIS PASCARELLA.



## POEMAS

### LA PROA

#### I

Proa del navío,  
Alta y profunda,  
De hierro y de madera!  
Tajante y fina proa  
De las aguas verdes, de las aguas azules, de todas las aguas!  
Fuerte y alegre  
Lleva perpetuo el tajo de tu espada  
En los ríos, en los golfos y en los mares.  
Central y profundo  
En el misticismo del círculo eterno y viajero  
Que traza en cambiantes horizontes  
Tu frente de hierro y de madera,  
Yo estoy sobre tu cúspide  
Y mi espíritu tiembla en el viento de tu marcha  
Como una bandera de llamas y de estrellas,  
Como una bandera en el círculo místico, eterno y viajero!

Proa del navío,  
Alta y profunda!  
Audaz creadora de la línea  
Donde canta tu vida laboriosa!  
Yo ansio para mi frente,  
La unidad de tus lejanos propósitos,  
La variedad a que te obligan las aguas inquietas,  
El cambio perpétuo  
Que imponen las olas a tus largos deseos,

Tu libertad que gobierna el país de la nave,  
Tu ritmo sobre la ruta perfecta,  
El orden astral de tu movimiento,  
Y tus fecundas normas  
Que dan una ancha felicidad  
A la recta de tu viaje.

Proa del navío,  
Alta y profunda!  
El mar azul  
Es un ojo diáfano  
Cuyo círculo te persigue  
Para mirarte siempre  
En su centro armonioso.  
La línea de tu camino  
Es la línea de un espíritu!  
Ritmo, simetría, proporción, euritmia...  
La eterna gracia de los números!  
Yo contemplo en la firmeza de tu audacia  
La tenaz ansiedad de tus constructores.  
Llevas la música de los martillos  
Que golpearon tu frente y tus flancos.  
Los clavos que ajustan tus maderas y tu acero  
Se enrojecieron en la inteligencia  
De los herreros y los forjadores.  
El espíritu del hombre,  
Claro y fuerte,  
Fue la herramienta  
Que trabajó tus formas.  
Todo tu cuerpo se ha bañado en las almas  
Hasta llenarse de estrellas.  
Tu madera y tu hierro  
Avanzan en los llanos del mar,  
Convertidos en luz.  
Estás en un tránsito perenne hacia el fuego,  
Y es así como creaste las distancias.

Proa del navío,  
Alta y profunda!  
Desde los astros, te veríamos como un astro.

Dios piensa sobre el incendio  
De tu voluntad y de tu audacia.

## II

Proa del navío,  
Alta y profunda,  
De madera y de hierro!  
Eres bella en todas las edades,  
Y más bella que nunca en los siglos de los descubrimientos.  
Cuando marchabas a donde nadie sabía,  
Cuando burlabas la vulgar desilusión  
De todos los hombres,  
Y tú y la frente del navegante,  
Eran los únicos ilusionados.  
Cuando en la música de las aguas  
Nuevas ante tu audacia,  
Hablabas la esfinge palabras extensas y claras.  
Cuando cruzaste los mares mayores  
En vastas diagonales de luz.  
Cuando dabas la razón al número  
Precisando la medida y la forma al planeta.

Proa del navío,  
Alta y profunda,  
De hierro y de madera!  
Tú llevas ahora, sobre la música de las aguas,  
El canto de todos los hombres.  
Las armonías de sus almas  
Se abren en los azules círculos  
Que tu perfección tiende en los mares.  
Nuestros espíritus han fecundado  
En tu línea frontal  
La gracia de sus ritmos ligeros y luminosos.  
Y así,  
La simetría de tu esfuerzo,  
Es tan pura y tan clara,  
Que cortas el mar en una sonrisa perenne.  
Tú dibujas un labio azul en tus rutas,

Por donde ríen jubilosamente  
Las fuerzas flúidas y cambiantes del océano.

Proa del navío,  
Alta y profunda,  
De madera y de hierro!  
Todo sonido es vital y creador.  
Cuando concibo las líneas de tu belleza,  
Pasa sobre mi frente una armonía sin voces.  
Mi pensamiento tiene su mar en la luz  
Y sus puertos en los astros.  
La frente musical,  
Te ha creado a semejanza de su idea.  
Proa es la frente  
Sobre los ríos inmensos de la energía.  
Proa es la frente  
En los círculos diáfanos e invasores  
Que deja caer sobre la tierra  
Hasta hacerla transparente a sus deseos.  
Proa es la frente  
Obsesionada por los mundos lejanos  
Y por la libertad de sus movimientos.

Proa del navío.  
Alta y profunda,  
De madera y de hierro!  
Todo es mar para nuestras almas.  
Vivimos sobre lo inseguro y lo cambiante  
Con la ansiedad de lo firme y de lo eterno.  
Nunca dejarán de viajar  
Los que ahora van sobre las naves.  
Viajan los universos,  
Viajan las fuerzas de los universos,  
Viajan las edades y los espacios,  
Viajan las formas, las líneas, los números,  
Viaja la vida!  
Todo es mar y todo es viajero,  
Al mismo tiempo.  
En la eternidad del movimiento,  
Dios es una inmensa proa  
Que viaja en sí misma!

**LA PALABRA**

Palabra :

Tú eres la carne de las ideas,  
El cuerpo ágil y potente  
Con que trabaja la verdad.  
El alma es el árbol donde la Naturaleza  
Abre la flor simbólica del verbo.

Palabra :

Cuando por los labios del hombre  
Hiciste pasar el río de su espíritu  
Y voló como un pájaro feliz  
Su inteligencia por el aire,  
Tú que habías aguardado para hacerte sonido  
Tantos siglos de silencio y de pasión,  
Dejaste, temblando de júbilo,  
El alma que te libertaba,  
Como la flecha disparada por la cuerda de un arco.

Palabra :

La garganta por donde tú fluías  
Se llenaba de doradas estrellas;  
Las lenguas por donde tú corriste,  
Semejante a la luz,  
Se olvidaron del sabor de la fruta  
Para gozar la gracia de tu nacimiento.  
Los labios de donde tú te exhalaste  
Se dijeron a sí mismos:  
—Somos la flor sonora del cuerpo,  
Abierta a la palabra  
Por una mirada de Dios.  
Los ojos y los oídos cantaron:  
—La palabra entró por nosotros a la vida.  
Somos la ruta invisible  
Y ella es el viajero que llega  
Para volver a partir.  
La sangre llevó a todo el cuerpo  
El eco armonioso del verbo,

Y todos los nervios cantaban :  
 —A trabajar para la palabra!  
 Que suban a la frente nuestras sensaciones  
 Para que con ellas el alma  
 Construya sus himnos!  
 Y todo el cuerpo  
 Sintió la embriaguez de la inteligencia,  
 Sólo comparable  
 A la del amor.

Palabra :

Como una serpiente ágil,  
 Pase a tus anillos  
 Por el árbol de la vida.  
 Como la savia misma,  
 Creadora y armoniosa,  
 Renueva en las corrientes internas  
 De tus sonidos  
 Y de tus ritmos,  
 Las profundidades alegres de las fuerzas.  
 Sutil,  
 Móvil,  
 Incesante,  
 Como el alma misma de donde naciste,  
 Consérvate a la vez, joven y maternal,  
 Consérvate con tu antigua gracia de niña,  
 Como cuando recién nombrabas las cosas.  
 Vuelve a la infancia encantada,  
 Sin olvidar la grave profundidad  
 De tantos siglos de uso meditado y sabio.  
 Sé a la vez  
 La abuela de la cabellera blanca  
 Y la nieta de las trenzas rubias.

Palabra :

Estas mismas voces  
 Con que te invocan mis cantos,  
 Las escucho en otros hombres.  
 Pero ya desgastadas y suaves  
 De tanto haber rodado por el río de las almas.

Son como guijarros y como las arenas  
De las playas.  
Han perdido la gracia  
Natural y sencilla  
De cuando sorprendían al hombre  
Desprendiéndose por primera vez de sus labios  
Estremeciéndose ante el árbol,  
Ante la estrella, ante la montaña, ante el viento!  
Entonces,  
Frente a esa divina nupcialidad,  
La emoción y la palabra  
Eran una misma cosa.  
El alma tenía un desprendimiento anhelante  
De sí misma  
Y corría en la sorpresa del mundo.  
Dejando caer sobre los objetos  
El júbilo de sus palabras nuevas.

Palabra :

Tú eres como el carro de los antiguos guerreros.  
Llevas dentro de tí al pensamiento  
Como a un combatiente de elásticos arcos  
Y de luminosas flechas.  
Y en la eterna batalla de los hombres  
Los corceles de la luz te arrastran  
Con el ritmo numeroso de su carrera  
Entre la ebriedad de los combates.  
Sobre tus ímpetus calientes  
Se han desangrado los mejores corazones humanos,  
Y los pechos heridos, se inclinaron  
Hasta tocar la tierra,  
Mientras tú llenabas de amor y de odio  
La fé de los sabios y de los rebeldes.

El alma del hombre  
Ha ido arrancando de la materia  
Sus palabras más espirituales y puras.  
Muchas venían,  
Como las raíces de los árboles,  
Cubiertas por la tierra de los campos.

Transfiguradas en la luz divina del pensamiento,  
Limpias como la mirada de un niño,  
Sustentaron el mundo de la fuerza moral  
Y de las energías ideales.  
El espíritu y la naturaleza  
Se unieron así en la palabra,  
Como la estrella y la pupila  
En los caminos de la luz.  
El verbo fué entonces el eco de Dios  
En la selva del hombre.

Palabra:

La mirada recta de mis ojos profundos,  
La potencia ebria y alegre con que contemplo las cosas,  
La devoción inmensa  
Con que mi oído escucha las estrellas,  
La fé suprema  
Con que apoyando mis orejas en el árbol  
Percibí el canto de la tierra,  
Me enseñaron el manejo feliz de las palabras.  
Mi alma estaba presente  
En el momento que ellas  
Nacieron en las bocas humanas,  
Cuando corrían por primera vez  
Por la carne y los nervios  
De la lengua y de los labios.  
Y yo guardo el recuerdo lejano  
De sus sonidos vírgenes.

Hermanos:

Yo retorno de un viaje muy largo,  
Y al volver  
Voy sumando a mi vida  
Todas las vidas pasadas.  
En mi alma vibra un ritmo  
De todas las almas;  
En mi sangre escucho un canto  
De todas las arterias muertas;  
Yo no soy más que un camino  
De una fuerza inmensa que me atraviesa,



Y un poco de esa misma fuerza.  
Es por eso que el río de la energía vital  
Se desborda con palabras potentes  
Por el anhelo profundo de mis labios.  
Yo sólo soy un pequeño eco de su verbo  
Que viene hablando palabras divinas  
En todas las cosas  
Desde el fondo de la eternidad,  
Y que arrastrará vertiginosamente mi espíritu  
En la creación perpétua de su marcha.

Hermanos:

Yo retorno de un viaje muy largo  
Y os hablo con una sabia voz de siglos  
En la que también palpitan las eras que vendrán.  
De nuevo estoy desnudo  
Y comprendo hondamente el pudor de la desnudez.  
Déjame así,  
Respirando con fuerza como un joven,  
Llenando mi corazón de amores  
Sencillos y profundos.  
Dejad que las palabras desgastadas y suaves  
En el canto de los hombres,  
Con un nuevo vuelo espiritual  
Se desprendan felices de mis labios.  
Y dejad que las moje  
En mi sangre tibia y fragante  
Para que broten a la gracia del mundo,  
Alegres, ágiles, elásticas,  
Como la vida, hermanos, como la misma vida!

CARLOS SABAT ERCASTY.

Montevideo.

## KUNTUR

Un pobre hombre que trabajaba en sus faenas diarias estimulando con el arado el instinto transformador de la tierra, vió un día, en una tarde que se replegaba solemnemente sobre el monte occidental, cruzar los cielos, con las tendidas alas inmóviles, un cóndor cuyo vuelo trazaba en la abertura azul de los espacios, el camino de su afán libertario. Entonces, asombrado de la vasta libertad del cóndor, el hombre comprendió que era un esclavo. Su vida no era otra cosa que la conquista del pan cotidiano, el irse y el llegar de los centavos, el contrato con el comprador de granos, la adquisición de sus vestidos: en suma, las exigencias de la propia conservación orgánica. Pensó entonces que debía morir con la simplicidad con que se acaba un insecto; y por la noche soñó que todo el progreso humano no era otra cosa que la propia esclavitud magnificada.

Todo no era nada más que el pujar fisiológico del organismo humano; y como la conclusión de la logicidad del suicidio se presentara en el escenario estrecho de su cerebración, como un Mefistófeles burlesco se fué a confesar con el bueno del cura, quien le dijo: "hijo mío, tu alma está en peligro; pero se salvará con siete palabras; vuelve mañana por ellas". El hombre fuese pensando que el cura debía de ser un taumaturgo y tuvo miedo de volver. Para salvarse de cualquier peligro, acudió a su trabajo con ardor, con fiebre de olvidar esas sus primeras penas, sin comprender que todo el mal consistía en que comenzaba a pensar, y que, por consiguiente, debía empezar a sufrir; que, pues ya no era tan insignificante como un insecto y nacía su vida de hombre, justo resultaba su dolor.

Persistió por lo tanto en su trabajo tratando de olvidar, hasta que otra tarde que se recogía también sobre el monte oc-

cidental, con la indefinida expresión de una mujer de pupilas misteriosas que entornase los párpados; otra tarde llena de sugerencias cuyo silencio tenía cosas muy agudas que contar, trájole también la misma visión del cóndor, que cruzó avasallando los espacios en su vuelo pleno de *imperium*, como si amontonara cielos y más cielos bajo sus alas negras, como si bajo sus garras potentes se aplanaran las montañas, de las cuales él podría, si quisiera, alzar enormes bloques de peñascos y lanzarlos, como los titanes legendarios, silbando por los aires, hasta el mar turbulento, que levantaría en blancas espumas la alarma de su líquida muchedumbre.

El iterado espectáculo del cóndor, turbó el alma de nuestro joven labriego, como el tranquilo sosiego de un algibe se estremece todo entero cuando la piedra repentina despierta su agua dormida.

Dejó sus herramientas, pues, el joven, y fuese a buscar el remedio de las siete palabras. Conforme llegó a la vista del cura, éste le alargó un papel donde las palabras estaban escritas; y el joven, que en la robustez de los veinte años volteaba los potros enlazados, cuando, ritmando sonoramente su respiro, estiraban desde un extremo la cuerda amarrada por el otro extremo en el palenque de una muñeca nervuda; ese joven tembló aquella vez de pies a cabeza al mirar en su mano el remedio terrible de las siete palabras. Tendió sobre ellas indecisa mirada y regresó a su casa aturdido.

Tranquilizado un tanto, ya en su casa, contó las palabras y lo estremeció de nuevo la simple certidumbre de que eran siete. Por fin las leyó, y vió que decían así: "no sólo de pan vive el hombre". Entonces, pensó si estaría ya curado y, en la santa rusticidad de su ignorancia, se quedó estupefacto.

A fuerza de pensar días y más días experimentó la bondad del remedio, y comprendió que el cura había recetado como un sabio. Entonces, soltó todo su ser en busca de palabras como aquellas, leyó mucho, pensó mucho, y soñó mucho más: se convirtió en poeta; encontraba dulce el trabajo porque lo entusiasmaba el olor de la tierra removida; observaba atentamente las piedras que le parecían más viejas, y que le traían la idea de que el mundo debió tener un principio, pues eran quizá aquellas piedras duras palabras con que narraba Natura

sus epopeyas cosmogónicas; y en las horas de descanso, que todos los días las tenía, subíase a veces al monte respirando con fruición el olor húmedo de las hojas, contemplaba luego el llano, teatro de las maniobras del trabajo, y a lo lejos un cerro azul que con su tranquilidad lo invitaba a prolongar el descanso; y, por fin, independizado del paisaje, envolvía toda la tierra con los hilos de su pensamiento; y construía algunas veces, en la noche, brillantes mallas que anudaba en las estrellas para atrapar al sol, como a un pez luminoso. en el rosado mar de la aurora siguiente.

---

El cóndor había despertado en el rústico, ese alborear de pensamiento, ese vuelo de su fantasía.

Por eso he pensado siempre que el cóndor no es animal que pueda definírsele con la simple certidumbre con que un naturalista lo podría llamar el buitre de los Andes. Es ave que ha alcanzado alta dignidad; y a nuestro honor de americanos, a nuestra propia prosapia incásica o curaqueña, cuadra colocarla en el alto puesto que le corresponde en la religión, en la historia, en la literatura, en el arte continentales, donde trazó su órbita legendaria: astro cuya pulsación unísona con el latir del corazón americano, levantó los ideales colectivos de esta soñada Atlántida.

No es un simple canto al cóndor lo que he de levantar desde estas líneas, sino que he de trazar el cuadro de su influencia verdaderamente trascendental en la democracia americana y especialmente argentina, primigenia esta de la montaña, de donde nos vino, como se verá en seguida, la verdadera y tradicional cultura de la raza, esa que enalteció su nivelación sencilla pero elevada, incompleja pero cordial, sobre el plinto de un centenar de siglos. Que no en vano el cóndor aparece a veces sobre el último peñón de la cumbre como una negra y gloriosa cimera de los Andes, ofreciendo a la mente en el espectáculo de su ala recogida, la perfecta ilusión de que en él se ha modelado la estatua del vuelo supremo que, tendido en los espacios, no tendrá otra sirte que los héroes o los bóhdos como dijera cierto escritor argentino; y así, atalayador de los montes, descubrió antes que nadie el ascenso del héroe destinado a desarrollarse, en el descenso, en redentora enjambración de hazañas; y asimismo, por la grandeza, por la fuerza, por la solemnidad, por la

intuición cosmogónica que compendia su figura, podría creerse que fué amamantado en los propios pechos de la Madre Cordillera, y que ésta, comprendiendo que había criado un Dios, se redujera al fin a ser su heródula, en el inasequible ritualismo con que la Naturaleza profesa sus adoraciones inefables...

¿Por qué extrañarse entonces de la misión efectiva de semi-dios que al cóndor le tocó desempeñar en América, como un Hércules, como un Dióscuro que plasmara nuestra manera esencial de ser; y que en tal sentido se lo considere como el nexo que une la serena luz de lo etéreo, de lo ideal, donde moran los dioses, con la turbida hermosura y potencialidad del alma humana, de esta alma del planeta que sueña con nuestros sueños y padece con nuestros dolores?

No ha de llamarnos, por consiguiente, demasiado la atención el hecho de que Garcilaso nos anoticie de la adoración que ciertas tribus americanas rendían—según sus Comentarios—a esta ave solemne; y mucho más si se considera que la India, que el Egipto, que la Persia—los pueblos primitivos en suma—han adorado animales como el buey y el unicornio y venerado especialmente aves al igual de las palomas de Venus y el buitре ejecutor de la dura voluntad de Zeus, en Grecia; el ibis en Egipto; los gansos en Roma; el águila en Francia y en el Rhin y en la epopeya antigua, en la que comunicaba a los dioses con los combatientes sobre el humeante campo.

En América encuéntrase asimismo huellas, ya en las petrografías y pictografías, ya en la alfarería (tinajas, urnas sagradas) de que sucedió lo mismo, y especialmente en nuestro Calchaquí, con la serpiente, el *suri* (avestruz) y el cóndor, cuyas imágenes están profusamente grabadas o pintadas en objetos de la industria o del arte autóctonos.

El águila fué venerada como símbolo de la divinidad y a veces adorada como la divinidad misma por algunas naciones de América del Norte; y hasta se ha encontrado en Méjico un calendario cristiano, en manuscrito azteca, en que el espíritu santo tiene la forma de cozcoquanhtli (águila), entre otras abundantes pruebas de aquella veneración o adoración (Humboldt, *Sittos de las Cordilleras*, pág. 327).

En cuanto a nuestro cóndor, aparece venerado en la América Meridional en toda la vasta región favorecida con su pre-

sencia, desde el centro incásico del Cuzco hacia el norte y hacia el sur.

Y en efecto; en el Perú, sobre la saliente de un peñón, muéstrase, de espaldas al Cuzco, un cóndor amilanado, grandeza decaída, con alas y garras recogidas, en tanto que otro, con abiertas garras, en actitud de volar y en posesión entera de su altivez nativa, mira audazmente hacia la capital incásica: alegoría histórica, que según Garcilaso—y nadie lo pone en duda—alude al Inca Viracocha corriendo en auxilio del Cuzco (cóndor altivo) y a su padre, en fuga hacia el Callao (Cóndor humillado).

No obstante, y a pesar de la evidente y extensa veneración de que ha sido objeto nuestro poeta cordillerano, nuestro profeta montañés, nuestro símbolo nacional multiseccular, no parece que se lo haya adorado, malgrado la afirmación de algunos americanistas y del citado cronista, que dice: “al ave que ellos llaman cuntur por su grandeza... adoraban ciertas naciones”. Prescott, en su capítulo sobre la religión y los dioses (*Conquista del Perú*), no menciona al cóndor; ni en las representaciones religiosas del arte autóctono, aparece aquél como Dios, sino, únicamente, como símbolo atributivo de la divinidad, cual sucede con la diosa Tormenta, en cuyas representaciones el cóndor expresa la nube, en reemplazo del *suri*, que es en la inmensa mayoría de los casos, la expresión ornitomorfa de las nubes. En tales pinturas (de la alfarería) la serpiente es el rayo y el *suri* (la nube) la arroja por su pico; y la cruz que en dichas picto-alfarerías es invariablemente la figura central, expresa el *totem* meteorológico (agua y viento de los cuatro puntos cardinales) como indudablemente, y con toda evidencia, lo prueba Adán Quiroga en su libro *La Cruz en América*. Según el mismo autor — y también es indudable — la figura antropomorfa que suele coronar dichas alegorías, es la diosa Tormenta, cuyos símbolos atributivos son el *suri* o el cóndor (representación ornitomorfa de las nubes); la serpiente, que significa el rayo, y que toma la forma del trazo luminoso con que la chispa eléctrica desgarrar el seno de la tempestad; los puntos que salpican todas las figuras representan gotas de lluvia; el sapo, indica también agua y granizo; y, finalmente, la cruz (griega) signo totémico, dice en su alegórico y velado lenguaje americano, viento de los cuatro rumbos, agua y fuego. Con la cual explica-

ción (que se debe a Adán Quiroga, *La Cruz en América*) queda probado que el cóndor no era Dios, sino símbolo atributivo representante de la nube, en el cuadro complejo y acabado por su significación, de la divinidad Tormenta (1). Y así, nada hay en el mundo de los indios sin su sentido oculto: láminas de la alfarería calchaquí, monumentos megalíticos, huacas, pucos, erectos monolitos, adoratorios de piedra, y hasta las flechas y las lanzas, pingollos, humucutis, suris y chiquis, incas y curacas, aravecs y amautas, haillies, soles y lunas, hombres y dioses como niños: incorporación todo ello del pasado y su santa simplicidad, feliz pretérito de América cubierta de grabados, sobre lo cual en vuelo majestático, pasaba el cuntur, proyectando hacia las orientaciones misteriosas de un mundo ingenuo, la luz interna de un oculto destino, como sobre el rostro estriado a cicatrices de los héroes nativos, cruzaba, divinizándolo, una luminación de gloria, un fugaz lampo del esplendor futuro de la patria.

Actualmente no es posible la duda de que en toda América, desde el extremo norte al sur del continente, las aves han sido objeto de culto religioso, divinidades a veces, y a veces símbolos atributivos de la divinidad. En la citada obra, *La Cruz en América*, su autor dice: "Ante todo, establezcamos que la mayor parte de los pueblos americanos adoraban a las aves como seres que viven en el aire... El ave, que tiene el poder de cortar los vientos y de ascender de un vuelo a las más altas cumbres, inaccesibles al hombre; que se desliza suavemente por las alturas yendo vertiginosamente de un punto a otro; que cuando recoge sus alas se lanza como un rayo a la tierra, natural es que fuese tomada como un mensajero del mundo de arriba y perfectamente explicable que en el Perú una junta de

---

(1) Leyendo a Ameghino y a Moreno, nos encontramos con un dato sugestivo respecto de esta explicación. Dicen ambos distinguidos arqueólogos que en la región andina del Río Negro encontróse una piedra sagrada en la que Moreno sólo distinguió una cruz. Los indios pretendían ver en la misma piedra signos de avestruz. Si entonces hubieran conocido la explicación meteorológica de la cruz, comprenderían porqué los indios asociaban su figura con la del *suri*. Ello nos revela lo extendido de tal significación; y como se han encontrado cruces en América que se calcula anteriores a la era cristiana, es dable la hipótesis de que la cruz meteorológica data de una raza primitiva que poblara América, la de dolicocefalos a que ambos americanistas se refieren. Si uno fué el culto y el símbolo, una debió ser la raza, antigua como aquellos. (Ver Ameghino, *La Antigüedad del Hombre en el Plata*, edición de "La Cultura Argentina", tomo I, pág. 272).

augures o aureolas, indagase los misterios secretos de que los volátiles eran poseedores, y que quisieran iniciarse en el lenguaje de su canto." Y continúa: "Las analogías observadas entre el ave y la nube han sido para el indio hechos reales y no simples semejanzas y coincidencias. La nube toma muchas veces la forma de un pájaro gigantesco, de cuyo pico parece como que sale el rayo; los colores del iris suelen corresponder a los de las plumas del pájaro; las nubes, como éste, vuelan sobre el espacio y proyectan sombras sobre la tierra... el viento que corre se pone alado" (pág. 145).

El sentido maléfico del ave mítica del país de los hayda, de Estados Unidos, ha sido descifrado por Alberto P. Niblac. El Piguerao (dios preincaico) es un ave fantástica que, sacudiendo sus alas, produce el soplo del huracán, y el trueno, cuando por los espacios donde corre velozmente, vocea las impaciencias de su ansiedad. Squier, en su obra *In the land of Incas*, ha revelado un dios atmosférico peruano, que mientras vuela por los aires, porta un pájaro fantástico en la mano derecha. ¿Y qué decir del pájaro macabro, extravagante en su forma y su plumaje, posado sobre la famosa Cruz de Palenque, encontrada entre ruinas grandiosas en Yucatán, obra de razas que los indígenas no conocieron y cuya antigüedad, de que dan cuenta entre otros Alejandro Lenoir y Brasseur de Bourbourg, se remonta a tiempos anteriores a la aparición de Cristo?

No ha de parecer por consiguiente extraña la veneración del cóndor entre las razas indígenas, si la hubieron, como se ha visto, por aves reales o imaginarias; y con mayor razón, si se considera que las aves tuvieron, para la mentalidad del indio, íntima relación con los fenómenos meteorológicos. El ya varias veces citado americanista dice en su obra preindicada: "No tan sólo el ave *suri*, sino también otros volátiles, al parecer, simbolizan la nube: el cóndor y el loro; pues si fijamos la atención en los diversos pájaros reproducidos en la alfarería funeraria, y especialmente en sus cabezas, con sus ojos y picos, al instante notaremos que muchas veces son loros y cóndores o pájaros convencionalmente mixtos o dobles, más que *suris* sencillos, los pájaros que el artista se ha propuesto figurar. El cóndor, ave negra de gran tamaño, podrá representar la oscura nube de la tempestad; el loro, pájaro pequeño, las primeras nubes que anuncian la tormenta o las nubes irisadas, por



los colores amarillo, verde y rojo de las plumas del ave, siendo muy oportuno recordar que en el lejano norte, el quetzal de la tormenta es un papagallo... Los loros en largas bandadas, atraviesan los secos horizontes de calchaquí, figurando los movimientos accidentales de las nubes que se deslizan por el espacio".( *La Cruz*, etc., 249).

Pese al simbolismo atributivo de la diosa Tormenta, el cóndor es más grande en el mundo americano cuando tiene un valor por sí mismo, por el poder y grandiosidad de sus vuelos espléndidos, por el misterio de su vivienda y de su negro plumaje, por el voznar tormentoso de su garganta, por su aspecto de poderosa fuerza, por la sugestión que despierta, en suma, de que a través de las cumbres y de los espacios bañados de sol, lo empuja hacia derrotero prefijado, incierto pero efectivo, ignorado destino... De ahí que paralelamente a su significado meteorológico el cóndor sea, para el indio, "un nuncio de libertad, de fuerza y de atrevimiento" (*Calchaquí*, página 191), o un mensajero del Sol (Ameghino, ob. cit. pág. 67).

De ahí también que el indio, viéndose libre donde se desarrolló salvaje, sobre la virginidad de los campos abiertos, haya tenido la poética vanidad de creerse descendiente del cóndor. Al respecto dice Garcilaso que le adoraba—son sus propias palabras—porque se precian descender de él; y siempre en sus *Comentarios Reales*, primera parte, agrega: "Otros (curacas) vestían a la manera que pintan los ángeles con grandes alas de un ave que llaman Cuntur". Y el tantas veces citado Adán Quiroga, en su reconstrucción histórica del pueblo calchaquí, añade: "Los curacas del gran imperio incásico colocábanse a la espalda las alas abiertas de un cóndor en la misma disposición que el de los Andes las lleva al volar. Los curacas alados, jactábanse de descender del cóndor, libres y poderosos como él".

Y sigue: "Por lo que acabo de referir, patentizado queda que el cóndor de los Andes había engendrado su aristocracia americana".

Bien, pues; desde los tiempos simples y heroicos de la sociabilidad indiana, el cóndor plasma el carácter del hombre americano, como un semidios, enseñándole a despreciar lo pequeño, lo que se arrastra por el suelo, todo lo que lleva en su entraña el sello de lo miserable y de lo ruín; y a su vez el espectáculo

de aquellas alas, de aquel cogote alto rematado por dos ojos insomnes, escrutadores y visionarios, de aquella garra de acero templada en la fragua volcánica, de la austeridad de aquella vida desenvuelta entre los picos rocosos donde convive con el pasado geológico y el porvenir ideal de América ese espíritu de hierro; el espectáculo de lo inaccesible de las cumbres donde tiende la desolación de su nido, con más los rumores con que habla el alma oculta de la montaña, los silbos del huracán, los centelleos de la luz entre las nieves, las oquedades de la tiniebla en los antros: ese conjunto de sensaciones inauditas refundidas en una sola emoción de grandeza como un halo de gloria y de misterio alrededor del cóndor (ave que lleva prendida a su psiquis cosmogónica la vívida luz de los soles y a su plumaje la oscuridad de las noches, como que mora al fin en las alturas donde los hemisferios de la claridad y de la sombra se quiebran a uno y a otro lado); y todavía sobre tal conglomerado gigantesco de cosas indescriptibles, el vuelo más audaz, sereno y solemne del planeta: ¡tanta magnificencia, tanta estupenda grandiosidad, cómo no había de infundir en la simplicidad del espíritu nativo, tan en contacto con la Naturaleza, el amor a lo generoso y a lo noble, si él delectaba a cada vuelo y a cada volzar del cuntur, según el alfabeto de las almas grandes, en las páginas en que la divinidad escribe sus sueños infinitos!

Yo he podido observar en el hijo genuino de la montaña, el desprendimiento generoso del que nada tiene, la facilidad para perdonar la más cruel ofensa, el valor para dejar ensartada la vida en la punta de un cuchillo la rara vez que lo requiere el caso, el invencible amor a lo vasto, a lo que se dilata en los horizontes, a la cumbre desde la cual la curva de la tierra se ensancha, al peligro en la correría, sobremontado, de la más áspera ladera, donde muy a menudo paga tributo de sangre a su arrogancia. Y esa alteza moral está por sobre la fanfarronería del valor físico, de las contiendas sangrientas por la mera vanidad de mostrar valor y fuerza bruta, como ocurre con el argentino también genuino de las pampas, que ostenta su hombría por cualquier fútil motivo, en el hecho, lo mismo que a flor de labio y a desenfado de gesto.

No; nuestro criollo montañés, a pesar de factores nuevos que lo trabajan, vive por cima de muchas miserias, como si el cóndor, salvando las altas cumbres con la serenidad olímpica

de su vuelo, le hubiese cantado, al mirar las rencillas de abajo, el "vanidad de vanidades"...

Después que a la religión y a la historia autóctonas, después que al entusiasmo indígena por el cóndor, que llevó al indio a alarse con sus plumas oscuras hechas en el batir cotidiano por las supremas claridades, le ha tocado a la literatura americana y sobre todo patria, influenciarse o influenciar a los pueblos a su vez con la figura altívaga del pájaro venerado. Naturalmente, sus inspiraciones han sido siempre sugerencias de grandeza, de desprendimiento personal y de altura moral; y así, con la fácil propagación de las letras, la real contribución del cóndor en la formación anímica de la democracia americana, ha salvado la cumbre para derramarse por el llano forjando cumbres en las almas, ya que la tierra se allanaba a un tranquilo explayamiento. El fué el maestro por cuyo medio esparció sobre América la Naturaleza, su enseñanza de las cumbres, su ideología cordillerana, su formidable y alta pedagogía, compendiable casi toda ella en estas cinco palabras: fuerza, atrevimiento, tradicionalismo, elevación y libertad. Y al considerar esa influencia en la literatura y por la literatura, sólo me voy a referir a la argentina, tanto por ser la patria, cuanto porque es la más característica al respecto, la que más intensamente ha convivido con el ave legendaria. Y en efecto, su epopeya se ha blasonado de leyenda con la aparición del cóndor entre sus protagonistas. El se muestra iracundo aliado de la causa de la independencia, lucha a su modo por ella y esparce, al decir de Andrade, en la gigantesca ritualidad de una religión heroica y libertaria, "por sobre cumbres y por llanos, girones de estandartes castellanos", mientras vozna roncamente y porta en la garra poderosa pedazos de la insignia opresora iracundamente acometida y desgarrada.

Ya antes de Chacabuco el cóndor hermanó con San Martín, salvando como él, en la plenitud del afán libertador, la fragosidad cordillerana; y entonces fué cuando

"El cóndor lo miró; voló del Ande  
a la cresta más alta, repitiendo  
con estridente grito:—¡este es el grande"!

Y sin duda no era grande San Martín para el cóndor (en el espíritu del poeta) por la sola razón de que traspasara los

Andes con un ejército conducido a la victoria; ante todo lo era por el ingente afán de independencia, de fuerte individualismo con que alzó más arriba de la región nublosa a los cruzados de la libertad americana: era grande por la causa que en el pecho del héroe tomaba poderoso aliento.

De tal manera, empieza ya el cóndor a diferenciarse de los otros simbolismos ornitomorfos, como de gavilanes, halcones y águilas que llevaron y llevan insignias de viejas y modernas naciones. Los poetas, que son los que dan siempre, inconscientemente, las más felices interpretaciones de la naturaleza y de las colectividades humanas, van a alumbrar el ambiente moral para distinguir aquella diferenciación, aquella caracterización iniciada en Andrade y fijada más tarde en el curso de la literatura patria. Joaquín V. González, poeta que como pocos en el país adivina con aguda intuición a la naturaleza en sus prosas literarias, que son verdaderos cantos, hermosa y honda poesía, dice: "Con qué profundos y poéticos acentos (el cóndor, si supiera cantar) haría a la América la revelación de sus secretos..." Y añade: "Hay seres (como el cóndor) que, insomnes eternos del pensamiento y de la hermosura, luchan sin reposo contra las leyes de la vida, con la única esperanza de alcanzar las regiones de la luz sempiterna, de la contemplación infinita de la belleza originaria e imperecedera". Y continúa: "Podría decirse que él (el cóndor) sería un emblema perfecto de las inteligencias superiores, de los que iluminan la marcha de la historia desde las alturas del pensamiento puro... Por eso los pueblos que se salvan marchan con la mirada fija en las cumbres..." (*Mis montañas*). Así, al ideal de belleza, de certidumbre, de elevación moral, a que va siempre unida la visión del cóndor, debe agregarse el don de profecía, de posesión del destino por el ave que haría a la América, si cantara, la revelación de sus secretos. Las águilas, los gavilanes y halcones, emblema de otras naciones, no tienen esa significación ideal del cóndor; y en eso disiento del maravilloso descriptor de la Selva de los Reptiles; pues basta consultar un poco la historia para comprender que tales símbolos no son nuncios de libertad sino de fuerza y de opresión, como la realidad de las rapaces sobre las aves menores. Y es de advertir que si la garra del cóndor es fuerte y tiene poder destructor, debe entenderse que esa potencialidad está destinada a quebrantar el sistema basado en la opresión y

la tiranía, como cuando esparció por la áspera sierra girones de estandartes castellanos, representativos un tiempo para América del monopolio en el comercio, del privilegio en la política, de la intolerancia en la religión, del dogmatismo en el pensamiento filosófico, de la esclavitud en la sociedad. Así lo ha entendido sin duda otro escritor argentino, don Ricardo Rojas, en su *Oda Latina*, cuando dice que el cóndor ofrece la paz en sus alas inmóviles y muestra la fuerza en la garra, en una ligera variante de la expresión originaria de Rubén Darío. Y lo cierto es que no hay por qué asombrarse de la diferenciación de nuestro símbolo ornitomorfo con los de las otras naciones, en su significado, puesto que éstas se forjaron en la conquista, en la necesidad de unificación por la fuerza y hasta por la opresión, en tanto que nuestra patria sólo luchó por la independencia propia y ajena y entregó pedazos de su entraña en aras de la formación de nuevos agregados políticos. Que así como las alas del cóndor abarcan en su prolongación indefinida el horizonte total de América, su significado más íntimo, por virtud de la tradición y de la literatura patria, se refiere al ideal argentino; y como lo infinito, el anhelo más extenso y humano caben dentro de la patria y en ella se elaboran, veráse cómo ese ideal nacional parte de la prolongación de aquel oscuro plano levantado por el vuelo solemne del alado símbolo en los cielos, para cruzar los mares y cubrir toda la tierra con su sombra luminosa. Y para verificar la veracidad del aserto, la unidad humana y argentina de estos ideales, bueno es observar que algunos de los más espontáneos poetas nacionales, han levantado una voz igualmente internacional que argentina, por su virtualidad; y a la vez, podría advertirse que cuando el cóndor es nuncio de la libertad, hermana en el afán con el íntimo espíritu de la poesía de Mármol, quien, según el acertado concepto de Carlos Octavio Bunge es, para los argentinos, "más que un poeta, un símbolo: la personificación del amor a la libertad"; y si en el vuelo olímpico el cóndor hermana con el soplo animador de la poesía de Mármol, no con la versificación tormentosa, también es grandemente similar el ave de los Andes al cantar fragoso, lleno de imágenes apocalípticas de Andrade, cuando lucha aquélla a formidables aletazos contra el viento que se sacude como un demonio en las laderas rocosas, lo vence a fuerza de aliento, y alzándose sobre la ráfaga, la doma, para llenar

al mundo con la grandeza de su visión, cual la metáfora del poeta, cual el despliegue relampagueante de su númen: porque ¿qué raro ha de ser que el cóndor, resumiendo según la interpretación espontánea del pueblo, las aspiraciones nacionales, se parezca en el espíritu que lo anima a los héroes y a los poetas ejecutores y sacerdotes del ideal nativo? ¿Y además, cómo no ha de emparentar el cóndor con el genial fraguador de poemas antropológicos y cosmogónicos, Florentino Ameghino, si aquél era el guardador de muchos de los secretos que este poeta del pasado geológico ha develado con su lenguaje humano? Por eso, siempre que se penetra en lo genuino del pensamiento nacional, en su ideal de generosidad extendido sobre la humanidad entera (anhelo colectivo de nuestra democracia), en su aspiración de fraternización humana, en el altruismo de los principios políticos argentinos refundidos en el célebre aforismo de Mitre, hasta en el defecto de rumbosidad, de opulencia generalmente equívoca con que ha crecido el hombre de esta parte de América; siempre que se observa cómo los ideales colectivos ya revelados por intuición poética en el Himno de nuestra emancipación, y que pueden concretarse en estas cortas palabras: "libertad, generosidad, fraternidad internacional y humana, esplendidez": entonces, es dable pensar que uno de los factores de esos ideales colectivos del pueblo argentino, es el influjo que desde lo antiguo viene ejerciendo el cóndor en nuestra democracia, con el amor a lo grande, a lo noble, a lo altruista, a lo generoso, a lo ideal en suma, como ya se dijo, que despierta; y con el desprecio por lo pequeño físico y moral que provoca en el ánimo. Y así, a través de los tiempos y de la sociedad en continua evolución se nos aparece en el remoto fondo cobrizo (color de indio) del cuadro, la figura ingenua del curaca, como símbolo de aquella fuerza ancestral, ensanchada por la espalda con las alas tendidas del alado sacerdote de los Andes, del padre de la raza a quien los indios ingenuos y poetas en su idioma aborígen denominaron *Cuntur*.

Queda al fin develado el simbolismo de nuestra viviente alegoría y su influjo constitutivo en la psiquis de América, pues antes el pensamiento argentino sólo había revolado, con profundidad y con altura, sí, en rededor de aquella, pero no sistematizado al respecto sus ideas; no había entregado al pueblo

este valor anímico trascendental y por lo tanto real, depurado, intensificado, netamente concreto.

Bueno es también que al fin comprendamos que en la formación del carácter nacional, no podremos jamás prescindir del espíritu indígena, alma de América libre y simplista, eterna fuente de renovación y juventud, ofrendario de la ingenua magnificencia, de la infantil esplendidez que amontonaba víveres a las plantas del hijo del sol; manantial de frescura en que los sabios y los artistas del futuro lejano refrescarán las sienas calenturientas de la raza. Bueno es, pues, que entendamos todos cuán descaminados van los que reniegan del pretérito autóctono (que estuviera a punto de caer en el olvido si algunas mentalidades nobles y evocadoras no hubieran conjurado su recuerdo) como no se dirige a un pueblo a sus verdaderos y seguros destinos sin penetrar en su pasado, desde que pasado y porvenir no son sino incógnitas de la ecuación que sólo se resolverá despejándolas y valorándolas; no son sino los eslabones de un devenir indefinidamente prolongado... Bueno es que sepamos al fin que el cosmopolitismo del litoral, no es sólo por sí, ni mucho menos, la República Argentina; como también es bueno que nosotros, hombres de la montaña, nos pongamos al frente de la gran brillazón platense con nuestra linterna modesta, apagadiza y débil en apariencia, porque no ciega como el fuego de artificio ni produce en los horizontes el vasto resplandor de la hoguera alimentada con hojarasca; pero que es en realidad sutil y persistente porque viene del fondo de los siglos... Comprendiéndonos ambos, valorándonos ambos, obtendremos la deseada fraternización acabada y final; pero para que nos entendamos acabadamente, se hace menester decirles cosas muy agudas, y entre otras, que la única cultura multiseccular argentina ha bajado de la montaña, que los monumentos antiguos en ella se han elevado, que las más intensas civilizaciones del pasado de América han florecido en ella, y que con un vigor que nadie sospecha bajará esa cultura (conducida por los estudiosos del interior del país) de las cumbres, como quien dice del fondo de los tiempos, moldeada por las nuevas ideas, con más vigor que equívoca opulencia, con más savia nativa que esplendor incierto, con más robusta fibra que ampulosa rumbosidad, a rumbear la proa de la nave hacia los destinos que Dios le tiene señalados!

Ya había notado aquella circunstancia el arqueólogo Lafone Quevedo, cuando dijo: "En América las civilizaciones se tocan unas con otras, están en las montañas". Y Humboldt, en sus *Sitios de las cordilleras*: "cuando los españoles descendieron u ocuparon al nuevo mundo, eran los de las montañas los más adelantados de los pueblos de América"; y agrega, en su *Ojeada General*: "Los únicos pueblos en que hallamos monumentos dignos de notar son montañeses..." González clama lleno de fervor poético: "Oh, si mi patria no olvidara que hacia el occidente se levantan las cumbres más elevadas de América y más arriba de ellas tiene su región soberana el cóndor de los Andes; que por ellas cruzaron las legiones heroicas de otro tiempo llevando una gran luz como signo de redención y un pensamiento como arma invencible, con cuánta claridad aparecería sobre el fondo azul del firmamento la visión del porvenir..."

Bien, pues; el cóndor, que debemos elevar a la categoría de símbolo nacional no inferior a la bandera y al escudo, tiene en sí la virtud de llevar como por encanto al espíritu la visión ya recordada de la abrupta montaña donde anida, con toda su frágil opulencia en palacios de roca y de nieblas; la visión de las nubes que a menudo se tienden en blanca franja a media espalda azul del monte como para recordarnos con los colores tradicionales, que allí, punto culminante de la epopeya, lugar de plenitud del ideal libertario, arista de intersección del soberano ángulo diedro en cuyos planos accidentados los cascos de las mulas cuyanas redoblaron a gloria, y donde el genio, en un Guayaquil de nubes y de picos como menhires de lo infinito, de pura y luminosa inmensidad etérea, se entrevistara con Dios para precipitar los destinos de un mundo; como para recordarnos que allí, decía, tiene su entroncamiento secular y casi cosmogónico en la línea de los volcanes, el nervio inviolado y crepitante de la raza! Y no es solamente, a más de lo ya especificado, la total visión de la montaña y de su cielo lo que sintetiza el ave-símbolo, sino también toda la vida, toda la prole primitiva de América, como que, según la expresión de Ambrosetti, el cóndor, "que antes contemplara la vida palpitante de esos antiguos pueblos, domina todavía, con los círculos de su alto y majestuoso vuelo, sus ruinas y vastas soledades"; y así, a su significado moderno, une como una cauda de infinita poesía



y de realidad permanente, todo el pasado de América perdido por sus lejanías en los horizontes oscuros de las edades primarias cubiertas por la bruma de la eternidad retrospectiva, y donde Ameghino encontró el rastro del hombre terciario, que luchaba ya, espíritu naciente, contra la materia y la naturaleza, armado con su flecha de sílex y su bola arrojadiza...

¡Cómo, pues, no diferenciar la significación de nuestro símbolo de la del águila siempre rampante en las insignias de otras naciones! Dejemos para ella los laureles guerreros, la amenaza de su garra tremolando en pabellones de conquista, muchas veces de conquista y de iniquidad, consagración de la fuerza, recrudescimiento ancestral de las edades bárbaras... dejemos para ella el campo actual de Europa, donde recuerde a las "águilas del mito que volaban sobre el campo donde se despedazaban los hombres, anunciando a los dioses la muerte de los héroes—al decir de Rojas—y anunciando a los héroes la voluntad de los dioses". Dejemos para las águilas la Europa del momento presente, momento de crisis de la civilización cristiana que pugna por arrojar de sí el elemento nocivo introducido en su espíritu, como el organismo animal si lo ataca el microbio o la substancia extraña a su substancia; pero dejemos a las águilas solamente la Europa del momento presente, porque pasada la crisis, la fiebre, la convulsión por expulsar el mal inoculado en siglos de lucha egoísta, de conquista, de intereses mezquinos, en largos años de falsear con interesadas y alucinantes doctrinas, la social que emerge del Calvario; pasado también con la realidad de la presente monstruosidad—que repudiarán los pueblos entre asombrados y repugnados—el enbotamiento morboso producido por tanto tiempo de preparación bélica: entonces, empezará para el viejo continente la nueva era, no la del águila, que a pesar de las apariencias actuales, y hoy más que nunca—decae en los fastos humanos, sino una era semejante a la que ya ha encauzado en América Latina, en este país especialmente, (1) y que nosotros los sudamericanos podríamos denominar por las características explicadas, la era del cóndor.

Los hombres, siempre inexpertos, dominados por los acontecimientos del presente, con cuánta frecuencia—casi con una-

---

(1) Cuando se escribió este capítulo no habían tomado parte los Estados Unidos en la guerra, ni formulábase los principios de Wilson.

nimidad si no con ella—han pensado y piensan que la rudeza de los sucesos ha hecho naufragar toda doctrina de humanismo generoso y amplio para siempre, como si los ideales se mataran con hechos, por extensos y bárbaros que sean, como si no hubiera ya dicho uno de los númenes de nuestra democracia, que los ideales no se matan.. como si no hubiéramos observado mil veces que por malas y absurdas que sean las ideas, sólo se matan con ideas mejores... Pasado todo aquello, Europa será campo propicio para que el cóndor, que abraza todo el mundo con la prolongación indefinida de sus dos alas abiertas, extiende también al otro hemisferio la sombra milagrosa y renovadora de su vuelo; y será asimismo entonces el día en que nuestro númen andino, nuestro símbolo totémico, sentirá un anhelo infinito de mayores espacios; y arrancando de la piedra más alta de los Andes, cuya fibra pétreo desgarrará con su garra nerviosa, tenderá, vozando su entrecortada canción, su simbólico vuelo hacia las playas de donde nos llegaron las sorprendidas carabelas!

Por algo había dicho el poeta argentino: ...“los cóndores parecen símbolos de destinos ideales oscurecidos por nubes sangrientas...” Tiempos vienen—la presente crisis del mundo lo anuncia—en que las nubes sangrientas serán disipadas para que luzcan los destinos ideales; y nadie mejor que la República Argentina podrá interpretar éstos y ser su paladín.

Ella ha voceado ya su credo humano por boca de su gran presidente moderno, Sáenz Peña, cuando el estadista y político argentino—en el amplio y noble sentido de la palabra—declaró que América era para la humanidad; grito generoso confirmado por toda la historia de la raza, desde la acogida cordial en la edad de oro que hizo al europeo “el mundo fragante de Cristóbal Colón”, al decir de Darío, hasta los más íntimos y trascendentales sentimientos posteriormente desarrollados con el transcurso de los años, que han llegado a forjar los ideales colectivos ya explicados, y aún cobijados bajo las dos alas abiertas del morador de la montaña.

Pese a la apreciación patriótica de Michelet, quien dice que “lo que hay de más joven y más fecundo en el mundo no es América, niño serio y desarrollado... sino la vieja Francia renovada por el espíritu” que “desarrolla por la teoría y por la práctica el sentimiento de la generalidad social”, todo parece

indicar que es América donde el mundo se refrescará y renovará para poder alcanzar nuevos y grandes ideales (1). A más de la cruzada histórica, tan sugestiva y preñada de ideal social de la República Argentina, observaciones más generales están indicando que la Renovación marcha hacia el Occidente, del Asia a América, pasando por Europa, en una segura evolución que busca nuevo espacio más amplio y más generoso, nuevo sol y nueva sangre. No, la República Argentina no es un niño decrepito, y en ella campea, por lo contrario, vigoroso espíritu juvenil. Antes tal vez por falta de perspectiva histórica y de seguro cauce ideológico pudo aceptarse el pesimismo o disculparse su aceptación; pero ahora, después de la última y reciente etapa político-social, a que asoció su nombre ya glorioso Sáenz Peña, caben para la patria los más francos y halagüeños augurios. Y por otra parte, a más de los ideales a que se ha hecho referencia y que arrancan de la secular tradición autóctona, tenemos los americanos el inapreciable don de un pasado indígena que apenas empieza a explotarse: lago de aguas virginales, fuente milagrosa aún sellada donde, como en un agua de renovación reservada por la Providencia, irá el alma nativa a refrescar sus emociones en aquel ambiente de candorosa infancia en el cual los ojos ilusionados y empañados por los presentimientos, del indio, veían cruzar la flecha, *¡la misma flecha lanzada por sus propias manos!*, en derechura de ignorados destinos...

Y mejor que la flecha, expresaba esa incertidumbre poética y conmovedoramente candorosa en nuestros inolvidables antepasados oscuros, esa inseguridad de las superiores orientaciones humanas, esa ignorancia de la idea, del lugar a donde vamos, el viejo cóndor cuando cruzaba consagrando con la cruz de hierro la vastedad de los espacios. Entonces ese vuelo es por sí mismo un canto—como creo que un autor lo insinúa—la canción que se desprende espontáneamente del seno de la montaña para cruzar el esplendor de los cielos y para recorrer toda la curva de la tierra levantando los corazones con su oculta sugestión de cumbres, mientras redime toda esclavitud moral, serena las almas, clarea las conciencias...

Símbolo él de redención, no lo concretemos en ningún es-

---

(1) Aún no había ocurrido la actitud idealista y rebosante de juventud de los Estados Unidos, cuando esto se escribió.

tandarte, no lo fijemos en la Bandera, no lo estampemos en ninguna heráldica insignia, porque su emblema natural es el cielo americano, los espacios dilatados su pabellón, el éter el campo propicio a su figura, allí donde él repite el signo redentor del cristianismo con la cola, el núcleo central del cuerpo y el cogote, cruzados por mitad con las alas tendidas; cruz suspendida como una proclama de fuerte humanismo en los espacios, y de mayor expresión libertaria que la del calvario, porque aquella profesa también la liberación de todo temor, aún del temor de Dios, de toda timidez, de cualquiera creencia que encadene el alma: espíritu de redención viril que nos posee para siempre desde la sola vez en que vemos perderse a nuestros cóndores inmortales, en la infinidad de los cielos, y vagar por la abertura radiante del éter, consustanciados ya con el Espíritu Animador del Universo...

CARLOS B. QUIROGA.

Catamarca.

## MANUEL GALVEZ Y LA NOVELA NACIONAL EN LA ARGENTINA <sup>(1)</sup>

Cuando el premio nacional de 10.000 pesos, que anualmente concede el gobierno argentino al autor de la mejor obra literaria, fué, en 1916, discernido al doctor Manuel Gálvez, la atención de los intelectuales europeos estaba localizada en asuntos más capitales, y los acontecimientos no permitieron a este éxito tener, más allá del Océano, los ecos que podía pretender. Otros libros han continuado después afirmando el vigoroso talento de este escritor, y constituyen un conjunto del cual es necesario señalar los elementos, y anotar las líneas directivas.

Nacido en Paraná, el 18 de Julio de 1882, Manuel Gálvez se inclinó desde temprano hacia la literatura y debutó en el periodismo con un artículo sobre Ibsen en *La Nueva Época*, de Santa Fe, donde había hecho sus estudios secundarios. Dos colecciones, *El Enigma Interior* y *Sendero de humildad*, reúnen sus poemas; sus cuentos se desparraman en los periódicos; sus ensayos críticos forman *El diario de Gabriel Quiroga*; escribió impresiones de viaje, y hasta un libro de sociología y economía política.

La orientación de sus preocupaciones se revela en una colección de estudios y de notas de viaje consagrada a España, *El solar de la raza* (1913), que causó sensación por diversos motivos. De buena gana, la Argentina afecta, hasta en la pronun-

---

(1) Siempre que alguna cosa o idea argentina, obra o artista, hayan sido objeto en el exterior de una apreciación digna de tomarse en cuenta, hemos imparcialmente reproducido dicha apreciación. Este es el caso del artículo que sobre Manuel Gálvez ha publicado recientemente en el periódico de París, *Le Courier Franco-Américain*, el talentoso escritor y crítico francés Manoel Gahisto, quien ya demostró en otras ocasiones su interés por la literatura argentina. Por eso lo hemos traducido. Gahisto también está traduciendo *Nacha Regules*, la última novela de Gálvez.

eración de las palabras, su independencia frente a la antigua metrópoli cuyo academismo había hecho hace poco notoriamente insulsa la enseñanza literaria. Sus escritores visitan la península con la clarividencia que les dá el perfecto conocimiento del castellano, con un espíritu sin prejuicios, con una libertad de juicio que puede ir hasta el desenfado, y nos presentan una España que nuestros viajeros no perciben; testigo, por ejemplo, el libro vivaz y agradable de otro argentino: *Las rosas del mantón*, de Ernesto Mario Barreda, donde la Iberia actual está dibujada con tanta fineza y fantasía. Pero esta tierra europea sigue sin embargo siendo, para la América latina, la guardiana de los tesoros de arte realizados por los ascendientes de su raza, el solar donde la lengua se ha formado, la cuna de sus permanentes atavismos. Manuel Gálvez se ha consagrado a interrogar el alma de este pasado, preocupado en buscar sus elementos esenciales, con la intención de guiar en adelante, en el sentido de estos elementos, a las generaciones nuevas, ricas de un porvenir espléndido, a las cuales él pertenece o a las que él se adelanta. Él ha recogido, casi únicamente, las profundidades del misticismo de las Cruzadas, las impresiones de Avila o de Sevilla. Las magnificencias árabes, las seducciones orientales de Granada la Bella o de Córdoba, todo el arte visual o sensual de los conquistadores suplantados, no tienen valor a su parecer. Él opone el misticismo religioso a la opaca materialidad de las sociedades opulentas del Nuevo Continente, y desea su renovación, la única capaz de fecundar la edad futura en el momento en que, "en filosofía las tendencias positivistas están vencidas por las deducciones de Bergson". Esta tesis desarrollada en páginas notablemente sostenidas, que alcanzan la belleza de los maestros de la lengua, entra, como se sabe, en la corriente universal de la lengua, entra como se sabe, en la corriente universal por la cual el pensamiento se dirige actualmente, de vuelta de los extremos del racionalismo, hacia los extremos del intuicionismo. Pero, por otra parte ¿no vemos actualmente al misticismo ibérico dirigirse hacia las facultades económicas y sociales, y dar a los problemas de la vida material, una forma de crisis aguda y sin salida? Iniciador audaz en este sentido para su país, Manuel Gálvez fué comentado y discutido, y mientras tanto la sinceridad de su talento robusto soportaba muy bien la prueba ante la cual se había lanzado.

Pero si España es un país difícil de comprender, y no se

le comprende sino cuando se le conoce y se le ama, la Argentina, ¿es acaso más fácil de comprender y conocer? En el hecho, está por lo menos apenas explorada en cuanto a su estado social actual. Se explica, pues, que la preocupación misma de las realidades y de los destinos nacionales condujeran desde entonces a Manuel Gálvez a escribir obras cuya primera manera no anunciaba, a simple vista, ni el género ni los asuntos. En adelante se consagra a la novela, y dá sucesivamente pinturas de la vida argentina, que se defienden de toda intención doctrinal. Procedimiento lógico que exige el análisis del presente y su definición clara, en la base de todo sistema de porvenir.

En *La maestra normal* (1914) adopta como decoración la provincia de La Rioja, a donde el personaje principal, Solís, cansado de la vida febril de la Capital, va en busca de clima favorable y de ocupaciones más metódicas. Solís se enamora de Raselda, que enseña en la escuela normal, y su idilio, que acaba con el deshonor de Raselda, la "maestra normal", por el abandono de su amante, es el centro de intrigas secundarias en las cuales figuran numerosos personajes del país. Así está constituido, con la descripción de un paisaje lleno de seducción, un cuadro complejo y penetrante de la existencia social en esta región, impregnado de movimiento y de colorido.

Menos accesible al público extranjero, *El Mal Metafísico* (1916) está consagrado a los medios literarios y artísticos de la capital, tales cuales eran hace una decena de años.

El personaje principal, Carlos Riga, poeta infortunado cuya bohemia gloriosa y pobre se apaga en el hospital, canta los mares que no ha visto y los jardines maravillosos de sus sueños, y el autor lo amonesta como a sus semejantes de no sentir el carácter del bosque natal, de despreciar las leyendas de su infancia campesina. "Es la novela, dice el excelente crítico Roberto Giusti, de las almas románticas, de los artistas a quienes la gran ciudad fascina y extravía, poblando sus cabezas de ilusiones, y desdeñándolos en seguida, abandonándolos porque son inadaptados." Con una paciencia de verdadero observador, un cuidado de coleccionista, Manuel Gálvez hace vivir las escenas de esta novela de clave, nueva afirmación de su talento, donde se encuentra una declaración de independencia de esta literatura joven respecto a España, que puede notarse en este pasaje; "Nosotros tenemos una psicología distinta, y nuestra lengua, para ser la

expresión de nuestro temperamento, debe, por consiguiente diferir del castellano”.

Con *La Sombra del Convento* (1917) el novelista reanuda sus estudios provinciales y nos hace penetrar en aquel medio casi insospechado de Córdoba, la vieja capital de provincia, asiento de una universidad católica, donde las familias y la enseñanza han guardado a la religión una intransigente fidelidad. (Hemos visto a los estudiantes rebelarse, recientemente, de una manera categórica, contra este yugo dogmático, y reclamar la parte del modernismo en los programas y en los resultados). En cuanto al héroe de Manuel Gálvez, José Alberto, de vuelta de Europa, después de diez años de ausencia, es un espíritu libre, que se enamora de su prima Teresa, y se vé excluido de la familia, porque los padres de Teresa son rígidos creyentes. La irritación que esto le produce, los hechos y gestos agresivos que él multiplica, parecen cavar definitivamente un abismo entre los dos jóvenes. Después se hace en él una evolución expertamente analizada por Manuel Gálvez, quien detalla minuciosamente las sugerencias del ambiente, y retrata de este modo el medio cordobés en su cotidiana influencia. José Alberto se convierte, encuentra la paz del corazón en un casamiento aceptado al fin por todos, y sometido a la regla fuera de la cual no hay salvación. Y bellas páginas líricas consagradas a “la dulzura panteísta de los lugares”, la novedad de las descripciones, contribuyen al sabor de un libro que quiere reflejar imparcialmente la realidad, y que fué, parece, crudamente criticado por una hoja católica local. A nosotros que estamos del todo fuera de estos comentarios, Manuel Gálvez nos parece haber demostrado un loable valor afrontando así el estudio de un medio regional, necesario en el ciclo que se ha trazado, a pesar de la amenaza de no satisfacer a buen número de lectores.

Durante los años en que elaboraba estas construcciones, Manuel Gálvez dispersaba en varios periódicos los artículos más diversos, principalmente crónicas de arte y de literatura. Estos artículos constituyeron en 1916 un tomo: *La vida múltiple*. Se encuentra de nuevo allí aquella preocupación de adquirir la conciencia, en su justa medida, de los valores nacionales, que parece uno de los elementos de la unidad de su carrera. Disminuye el prestigio de ciertos aspectos con la misma decisión que le hace pronunciarse, respecto a ciertos nombres, en alzas de juicio, con-



cisas y firmes. "La ignorancia y el patriotismo, escribe, han contribuido a hacernos considerar como grandes poetas y grandes escritores a espíritus mediocres y sin personalidad." Citar nombres me arrastraría fuera del marco de este artículo, pero algunas de sus afirmaciones, que se refieren a generalidades, pueden contribuir a caracterizar a su autor: "Aquí nadie se preocupa de la Academia, ni aún de los diccionarios; escribimos con una amplia libertad, con aquella libertad que solo se conoce en la Pampa." Profesión de fe heterodoxa que completan otras indicaciones como ésta: "Nosotros, como nuestros maestros, los escritores franceses, buscamos y buscaremos siempre la elegancia, la sencillez, la pureza, la precisión, la claridad".

La próxima novela de Manuel Gálvez, *Nacha Regules*, de la cual hemos leído con interés el primer capítulo inserto en la revista *Atenea*, no cederá seguramente en valor a las que le han precedido. Este relato empieza en un cabaret nocturno de Buenos Aires, establecimientos que no tienen de común con los de París nada más que el nombre, y donde el marco, los personajes, la acción están fijados con una concisión y una intensidad llenas de promesas. Atestigua, aún más que las precedentes, la independencia y la imparcialidad con que este autor lleva su investigación a todos los lugares y a todos los ambientes de la Argentina. De su antigua tesis de la renovación por el misticismo ancestral, no ha proyectado delante de él nada que deformara su observación, cada día más perspicaz. Ha sabido ser un realista al cual una discreta elevación de ideas impregna las creaciones y las aparta de la vulgaridad sistemática. "Cuando los libros argentinos sean traducidos al francés, escribe aún, su soplo de pampa y de libertad producirán en el mundo literario un estremecimiento nuevo." Sería de desear que esta promesa se realizara por quien la ha formulado el primero. ¡Basta de la falsedad romántica de gauchos o cow-boys de cinematógrafo! Con Coelho Netto en el Brasil, Eduardo Barrios o Francisco Contreras en Chile, Alcides Arguedas en Bolivia, R. Blanco Fombona o Manuel Díaz Rodríguez en Venezuela, he aquí uno de los escritores cuyo examen se impone, uno de los más personales, uno de los más verídicos.

MANUEL GAHISTO.

Paris.

## UNA VISITA A LA QUINTA DE BOLIVAR

Ahora que por patriótico esfuerzo de la Academia Nacional de la Historia y la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá, la Quinta de Bolívar ha sido restituída al estado en que se hallaba cuando fué mansión del Libertador, quise, aprovechando mi estada en la capital, visitar aquel lugar tan lleno de los recuerdos del Héroc. Nada tiene el poder de producir en el espíritu humano una evocación tan fuerte y completa de los hombres que han desempeñado papel importante en el desenvolvimiento de la civilización, como el acercamiento a los sitios en donde les cupo en suerte desarrollar el esfuerzo de su voluntad, y nada hace conocer mejor a esos mismos hombres, que una fuerte y vívida reconstrucción de su personalidad en nuestra propia imaginación. No en balde ha dicho Berr que “el historiador, como el poeta, debe apelar a la imaginación creadora, que debe revivir (*erleben nachfüllen*) el pasado para comprenderlo verdaderamente”.

Acompañado del erudito investigador de nuestra historia nacional y hoy Secretario perpétuo de la Academia Dr. Eduardo Posada, y del sabio galeno doctor Leonardo Posada Berrío, emprendí una nebulosa tarde de enero la subida del barrio de las Aguas, en cuyos egidos se halla situada la Quinta de Bolívar.

Materia de interesantísimas evocaciones del pasado colonial fué para el historiador doctor Posada la vía que hubimos de recorrer: aquellas construcciones de los tiempos de la Santafé de los virreyes, què van ya desapareciendo del centro de la moderna Bogotá, aún elevan con orgullo sus fachadas frías y severas en las callejuelas apartadas, y traen a la imaginación de quienes sabemos de esas cosas, el recuerdo de los linajudos Presidentes y Virreyes, de los oidores enlutados y temibles, de los caballeros de capa señorial y formidable espada, de las da-

mas gentiles y galantes cuyos ojos de fuego irradiaban bajo el negro arco de las cejas sombreadas por la estirada mantilla... El recuerdo de una época caballeresca y llena de misterios...

En la plazuela de las Aguas, lugar legendario de las recreaciones de generaciones desaparecidas, el doctor Posada supo pintarnos con sorprendente colorido el abigarrado aspecto que ofrecía en los tiempos de su niñez. Al cruzar el Puente del Libertador, tendido sobre las dos riberas del exangüe y turbulento San Francisco, el doctor Posada nos habló de una hija del Coronel José María Espinoza, el Abanderado de Nariño, que aún vive por aquellos solitarios contornos en medio de recuerdos de la gran epopeya y guardando quién sabe cuántos documentos preciosos del prócer que fué su padre.

Por fin, al terminar el recodo de una empinada y torcida calleja, descubrimos la histórica Quinta. Nos detuvimos un momento, más que para tomar alientos físicos para pensar mejor en el grande hombre que le ha dado imperecedero renombre a la modesta morada que divisábamos. Una bandada de chiquillos bajaba del montículo sobre que se yergue la Quinta, con esa loca alegría de los escolares que ven terminadas las labores del día, y al mirarlos pensé si vendrían de la histórica mansión y el libro que se les veía bajo el brazo sería alguna cartilla patriótica para adiestrarlos en el amor a la Patria y a sus héroes. Mas, no; la gárrula parvada venía de una escuela piadosa fundada por aquellos aledaños.

La puerta principal de la Quinta anuncia a distancia un origen reciente y choca en medio de las vetustas tapias que vieron con sus ojos vacuos de piedra la gallarda y glorificada figura del Libertador. De seguro la Academia la echará abajo en no lejano día, y reconstruirá la portada de la Quinta como estaba el año de 1828.

Empotradas a uno y otro lado de la puerta están sobre el muro sendas lápidas que dicen, la de la derecha:

*Colombia consagra a Venezuela  
Este homenaje en memoria del gran varón  
Hijo de Caracas a quien ambas naciones  
Reconocen y aman como padre  
Y Libertador de la patria*

la del lado izquierdo:

*Sociedad de embellecimiento  
Colombia agradecida a su libertador  
1819 - 1919*

Al entrar por debajo del amplio arco de la puerta principal, ¡qué intensa emoción experimentamos! En el silencio de aquellos parterres solitarios, bajo el follaje de los copudos pinos y por sobre los sinuosos senderos de piedra, nos parecía ver aparecer de un momento a otro la prócera figura del Libertador, pensativa la amplia frente toda surcada de profundas arrugas, envuelto el cuerpo flaco y gallardo en los anchos pliegues de la arrogante capa española que el inspirado cincel de Tenerani echó sobre los hombros del héroe en su evocación gloriosa... y que de sus labios firmes iban a caer estas palabras: "He pasado a todos los hombres en fortuna, por que me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la Tierra con mis plantas; llego al Eterno con mis manos; siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando junto a mí, rutilantes astros, los soles infinitos; miro sin asombro el espacio, que encierra la materia... y leo la historia del pasado y los pensamientos del Destino... No aré en el mar como en horas de amargura exclamé sentado sobre los muros del sepulcro: mi obra crece y se agiganta con el correr de los tiempos y día vendrá en que mi nombre sea venerado por la humanidad entera, libertada de los yugos de pasadas civilizaciones por la Vida Nueva que surgirá del fecundo seno de la América, de mi América..."

Al penetrar en la casa, al sentirme bajo el mismo techo que cobijó con su sombra al Libertador, al recorrer aquellas habitaciones hoy desmanteladas y vacías, la bullidora imaginación revivía el pasado: ora el agigantado conjunto de militares y civiles que concurría a las renombradas fiestas del Libertador a cumplimentarle, a halagarle, a adularle; ya las tardes adormidas, cuando en compañía de sus íntimos, de Urdaneta, de Briceño Méndez, de Castillo, de Restrepo, de Córdoba, de García del Río, elevaba su verbo cálido para censurar a sus enemigos o para rememorar con fantástico colorido las campañas de la Libertad, desde las inciertas y duras de los Llanos del Apure, hasta aquella triunfadora que le trajo a vencer en Boyacá y a recuperar para la causa de la emancipación la vieja y taciturna

Santafé, y más tarde le llevó como en rauda torbellino a la argentina cumbre del Potosí; ora las terribles sesiones del Consejo de Gobierno en los días amargos que siguieron a la conspiración de Setiembre.

—“Aquí, sobre el mármol de esta chimenea, apuntó el inteligente joven Juan Francisco Medina, celador de la Quinta, se asegura que firmó Bolívar la aprobación de la sentencia que condenó a Santander!”.

¡Qué mundo de recuerdos no vendría en esa hora nefasta a la mente del Libertador; cuántas dolorosas reflexiones no haría sobre la veleidad del corazón humano! Santander, el destrísimo teniente que nueve años antes había sabido dar forma a su pensamiento, el que en un momento de inspiración y de gratitud había exclamado: “Bolívar es el instrumento de que la Providencia se ha valido en el siglo XIX para restablecer en la América del sur el trono de la libertad, y el imperio de la razón y de la naturaleza”, ahora trocado en formidable enemigo, en anhelado norte de un despiadado grupo de conspiradores!...

Estas habitaciones se cree que fueron las ocupadas por el Libertador, decía el doctor Posada cuando recorriamos las del ala derecha del edificio, y en aquellas se alojaba el enamorado corazón de la “Amable loca”, mostrándonos las del costado sur. En el comedor, donde tantos festivales se celebraron en las postrimerías de la Gran Colombia, donde tanta burbuja de champaña se rompió en los aires, donde tantas palabras de adulación oyó el Genio de la América, nuestra imaginación dió rienda suelta a la obra de reconstrucción retrospectiva. ¡Libertador, Libertador, huye de aquí que te envenena el ambiente y tu corazón magnánimo se corrompe bajo la acción corrosiva de la lisonja! Estuvimos a punto de exclamar enloquecidos por el desesperado afán de recomponer el pasado.

Seguimos subiendo por los jardines hasta llegar al pie del Mirador, bajo el bosque de pinos que la tradición afirma que fueron plantados por las manos mismas del Libertador. Con silencioso respeto nos dimos a pensar bajo la triste sombra de aquellos árboles en la fragilidad de la carne y lo perdurable del espíritu; en lo percedero de este cuerpo que tanto amamos y lo inmortal del alma que a veces menospreciamos. Ya de la envoltura material de Bolívar no queda sino un puñado

de huesos, en tanto que su espíritu perdura en el tiempo y su obra trasciende en la inmortalidad de la historia. Mas, si es polvo el cuerpo, el espíritu no muere, y las obras del hombre, emanación plena de su pensamiento y de su voluntad, cuando se han cumplido en beneficio de la humanidad y conformes con los mandatos imperativos de la moral, viven más que los siglos y desprecian la guadaña de la muerte.

Todavía nos detuvimos algunos momentos recorriendo los jardines, en los cuales han sido restablecidos con plantas y con flores los nombres de las batallas de la Independencia, tal como se hallaban cuando habitaba allí el Libertador, y leímos, como grandiosa evocación de tiempos gloriosos: Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín, Ayacucho... Toda la epopeya veneranda, todo el pasado majestuoso y sonoro que no ha muerto, que vive en el corazón de los colombianos la vida imperecedera de la Historia.

GABRIEL PORRAS TROCONIS.

Bogotá, enero de 1920.

---

## UNA HISTORIA DE LA AMERICA LATINA (1)

A principios del año 19 vió la luz un libro titulado *A History of Latin America* cuyo autor es William Warren Sweet, Catedrático de Historia en De Paw University, Indiana. No sólo fué escrito este libro para servir de texto a los estudiantes y maestros, sino también, como el autor dice en el prefacio, para los que, fuera de las escuelas y Universidades, buscan información acerca de los "vecinos del Sur".

La obra es bastante comprensiva en su plan; pero, aunque es tolerablemente acertada en lo que se refiere al descubrimiento, conquista y colonia, materia no muy discutible y ya bien conocida, revela un entero desconocimiento de lo que es la América Latina desde la Independencia hasta hoy. Toda esta parte es un rosario de estulticias e inexactitudes mezcladas con una que otra verdad. Hierde a cada momento, no sólo la dignidad de la Historia sino también la de nuestra raza con la indisimulada tendencia de fomentar en sus lectores y discípulos el espíritu de supremacía material, moral, intelectual y política sobre la América Latina. Si en la Argentina o en México se adoptase un texto de Historia de los Estados Unidos según el método de Sweet, la prensa norteamericana formaría un escándalo y atribuiría el libro a la influencia alemana o a la Doctrina Carranza. Por fin, el texto sería suprimido. Nosotros no podemos echar la culpa de los libros como el de Sweet a nuestros enemigos, porque nuestro único enemigo es la ignorancia crasa de los intelectuales extranjeros acerca de las instituciones y costumbres latinoamericanas, ignorancia que a veces encuentra un aliado en el dolo, como es el caso evidente de la obra a que me refiero.

---

(1) *A History of Latin America* by WILLIAM WARREN SWEET, Profesor of History, De Paw University. — The Abingdon Press.

Libros de esta naturaleza sólo contribuyen a que la distancia entre la América Latina y los Estados Unidos se ahonde cada vez más y a que se acumule una mala semilla para el porvenir. Los profesores universitarios de la América Latina podrían dirigirse con entera justicia a la Universidad de De Paw, solicitando que el libro de Sweet sea públicamente desaprobado como nocivo a las relaciones amistosas de ambas Américas y como ofensivo a la honradez científica. No es admisible que una obra "semejante" ostente el nombre de una institución docente de los Estados Unidos. En estos días de ansiedad por el interconocimiento de las Américas, brotan los escritores sudamericanos que engendran necedades acerca de los Estados Unidos y los norteamericanos que hacen lo mismo respecto de la otra porción del Continente. La audacia de unos y otros no tiene límites y el daño que causan es peor que la ignorancia misma. Existen, sin duda, hombres eminentes que saben estudiar y observar. Pero, en Estados Unidos, son pocos los hombres como Rowe, Goldsmith, Shepherd, Bingham, Root, y algunos más que por desgracia, no son tantos como nosotros necesitamos para que la opinión nacional de los Estados Unidos comience a formarse honorablemente en la tribuna y en los planteles de enseñanza. De aquí que el intercambio de profesores recién iniciado entre Chile y los Estados Unidos sea una de las más espléndidas ideas puestas en práctica para ayudar a la verdad.

¿Hay algún manual de Historia en los colegios de la América Latina que pretenda empequeñecer o envilecer la figura del General Wáshington? Ninguno. Todos aprendemos en la escuela a venerar el nombre del fundador de la patria norteamericana.

Sweet, en cambio, dice a los alumnos de la Universidad de De Paw: "San Martín creyó encontrar en Bolívar un patriota "sin egoísmos, pero pronto se desilusionó, porque vió que el "Libertador de Colombia se ocupaba de preparar su propia "grandeza" (pág. 162).

Lo cual equivale a decir que Bolívar era un hombre de estrechos sentimientos y por lo tanto indigno de veneración.

"Bolívar es considerado por los Sud-americanos como el "más grande de sus libertadores. Le atribuyen más proporciones que nosotros a Wáshington, aunque era un hombre muy "diferente de nuestro Wáshington. En sus ambiciones se parecía más a Napoleón. Fué indiferente al dinero, pero busca-



“**ba el poder.** Bajo algunos aspectos tuvo proporciones de esta-  
“**dista,** aunque su mayor sueño, la Confederación sudamericana,  
“**nunca se realizó.** Tuvo algunas cualidades que no le hacen  
“**simpático a los norteamericanos.** Fué a veces sanguinario y  
“**cruel,** aunque valiente y generoso. Era impetuoso y sensual y  
“**vivió sus últimos años con una concubina.** Si bien era discí-  
“**pulo de Rousseau y creía en la soberanía del pueblo,** para po-  
“**ner orden quiso crear una monarquía”** (pág. 177).

Después de haber aprendido a conocer así a Bolívar, no creo que ningún lector de Sweet se llegue a rendir un homenaje ante la estatua del glorioso guerrero que va a erigirse en New York, como símbolo de la Libertad de la América Latina. Nadie sostiene que Bolívar haya sido irreprochable en su carácter o en su vida privada; pero lo que debemos apreciar son sus hechos históricos, sus hazañas nobilísimas, dejando las intimidaciones del hombre para otro género de estudios, que no son del programa universitario.

Si Bolívar resulta despreciable, San Martín aparece como un héroe anónimo, recién descubierto:

“Era, dice, un hombre extremadamente modesto. Nunca miró para sí mismo, nunca quiso nada para su propia ventaja. Se dice que nunca hizo un discurso en toda su vida y siempre odió la exhibición”. “Sin embargo, Sud-América sólo recientemente ha venido a dar precio a los servicios de este “verdadero grande hombre”.

Desde que Sud-América salió del caos preliminar, nunca ha ignorado a San Martín.

O'Higgins, el colaborador del gran argentino en la libertad de Chile y del Perú, no es más que “The chilean patriot”, hijo natural de un virrey. La flota de Cochrane en la expedición libertadora del Perú, costada con dinero chileno e integrada por chilenos y argentinos, “fué, según Sweet, ampliamente tripulada por marineros ingleses y americanos”, lo cual deja entender claramente al lector que ese notable capítulo de nuestra historia no fué sino una hazaña de extranjeros. El ex-alumno de De Paw, dirá con todo énfasis: los “americanos” libertamos al Perú, y citará la Historia de Sweet.

Para apreciar la incompetencia del autor, permítaseme demostrar su falta de criterio histórico. **Tratando de la guerra**

entre Chile y el Perú, en el capítulo correspondiente a Chile, dice:

“Las poblaciones combinadas del Perú y de Bolivia eran casi el doble de la de Chile y, además, el tesoro chileno estaba vacío y el país en malas condiciones para iniciar una guerra. La *inmediata causa* de la guerra fué el tratamiento dado a las Compañías salitreras chilenas por el gobierno de Bolivia que hizo crisis en 1879 con la confiscación de las propiedades de la Compañía salitrera Chilena de Antofagasta” (pág. 194).

Esta es, más o menos la verdad histórica; pero Sweet la olvida en el capítulo correspondiente al Perú:

“El *pretexto* de la guerra fué un tratado entre Perú y Bolivia que Chile estimó dirigido en su contra. La *verdadera causa*, sin embargo, fué la codicia de Chile sobre los ricos depósitos de guano y nitratos”.

Yo no sé si hay alguien capaz de discernir entre la *inmediata causa*, el *pretexto* y la *verdadera causa* para juzgar un episodio tan importante de los anales sudamericanos, máxime cuando estos tres elementos están enunciados en forma contradictoria.

La inestabilidad de los gobiernos latino-americanos la atribuye a la falta de experiencia en el *self-government* y a la ausencia de ciertas características que dicho *self-government* tiende a despertar en el individuo. Cree que por haber sido educados en la religión católica todos los latino-americanos llevan a la política el absolutismo de los dogmas religiosos y unos partidos odian a los otros con ansias de aniquilarse entre sí. Asegura “que es preciso decir que, con toda certeza, en la América Latina no existe lo que se llama opinión pública. Las elecciones no dan oportunidad para la libre expresión del deseo de los pueblos, porque se realizan bajo el contralor del gobierno y del partido que está en el poder. Por lo tanto, la única manera de que un partido reemplace al que está en el poder, es la Revolución. La Revolución en tales circunstancias parece ser la forma necesaria de toda actividad política”.

Esas son las nociones de política que el autor ofrece a sus discípulos y lectores acerca de “los vecinos del Sur”. Veamos ahora otras:

“Los latino-americanos son excelentes teorizantes y fabricantes de constituciones. Estas son escritas en lenguaje solem-

“ne en que se invoca la asistencia del Ser Supremo; pero, quien estudia la política Latino-americana reconoce luego que, una una cosa es hacer una constitución y otra muy distinta es cumplirla y respetarla”.

A un alumno de De Paw University sería inútil asegurarle después que la Constitución chilena es de 1833, y que las leyes se observan en la Argentina y en los países serios del Sur exactamente como en los Estados Unidos.

“Mucha gente cree todavía que los latino-americanos provienen en su mayor parte de europeos”. “En esas repúblicas es el pequeño grupo de población blanca el que domina”.

“Los latino-americanos tienen altos ideales que raras veces ponen en práctica. Son excesivamente corteses. La vida humana entre ellos es de poco valor debido a su largo contacto con razas esclavas. Son generosos con sus amigos, pero aparentan poco interés por el bien público. Se pagan mucho de lo bueno que de ellos o de sus procedimientos se diga, pero se ofenden de toda crítica hecha por quienes ellos no consideran más civilizados”.

He aquí el estilo de crítica que Sweet dice nos ofende:

“Las características latino-americanas son: desconfianza mutua, excesivo orgullo, poco escrúpulo, indolencia y falta de constancia. Son casi incapaces de trabajar juntos en una obra común para una causa común. No hay actividades estudiantiles en sus universidades, no hay espíritu universitario ni camaradería”.

“Juzgados por los norteamericanos, los principios morales de los sudamericanos son bajos”.

Las Universidades, para Sweet, están en la Edad Media; los ejercicios físicos son desconocidos y por esta causa la raza es orgánicamente inferior; cualquiera cosa buena que exista es obra de los extranjeros. En materia religiosa, el autor es un sectario protestante que no ve en la América del Sur sino un campo para las misiones de su iglesia, haciendo suya la frase de Ross: “la única esperanza de reformar la Iglesia en esos países es llevar la competencia protestante”. En esas regiones primitivas, según Sweet, el clero católico domina en una forma completa las actividades políticas y sociales.

El capítulo dedicado a la literatura es un resumen carnavalesco en que sobreviven tres nombres de antaño: Car (sic)

de Colombia, Andrade de Argentina y Salaberry del Perú. Entre los escritores contemporáneos los únicos son: Manuel Ugarte, Ricardo Palma y Ricardo Rojas.

“En los últimos años, dice, los latino-americanos han comenzado a interpretar su propia historia e ideales y a este tipo de escritores pertenecen los brillantes libros de F. García Calderón y del ex-presidente Reyes de Colombia. . .”

El enorme monumento de nuestra historia escrita, de nuestros documentos publicados, de nuestra ciencia, de nuestra literatura, de nuestro arte, de nuestras investigaciones, nada existe para este profesor que en la preparación de su obra fué asistido por tres profesores, Mac Donald de Indiana University, Alvord de De Paw University y Allison de Manitoba University, los cuales tres no encontraron nada criticable en el manuscrito.

Habla del Protectorado sobre Panamá, Nicaragua, Honduras, Santo Domingo y Cuba, y de la tutela sobre Guatemala. Dice que, “en los últimos años, los Estados Unidos han perdido terreno en los pueblos de América Latina”.

No es extraño que los Estados Unidos pierdan terreno en nuestros países, y que nosotros lo perdamos en los Estados Unidos si nuestra historia y nuestras costumbres se enseñan conforme a las ideas de profesores tan poco preparados como Sweet, cuyos libros pasan a constituir fuentes de información para futuros tratadistas, así como los actuales se inspiran en anteriores trabajos igualmente inexactos.

Nueva York.

F. NIETO DEL RÍO.

---

## POESIAS

### Paseo matinal

Oh, el matinal paseo al ritmo suave  
Del caminar de este caballo mío,  
Mientras se aleja en ágil vuelo un ave  
Que va a beber en el lejano río...

Y es como una pintura a la acuarela  
El paisaje, sobre una cartulina  
En que el sutil ambiente me revela  
El pincel de una mano femenina.

Es campo y cielo: Copia mi pupila  
La pincelada azul de los lejanos  
Horizontes, y abajo, la tranquila  
Frescura verde de las suaves llanos.

Los trémulos alambres del cercado  
Pintan un largo pentagrama fino  
En donde es nota el pájaro apoyado  
Que regocija mi alma con su trino.

Aquí y allá se extienden, desiguales,  
Las superficies quietas de los charcos,  
Y el cielo al acostarse en sus cristales  
Me habla el ensueño de esos ojos zarcos.

Por el sendero gris un toro blanco  
Tan descansadamente sube,  
Que finge reposar, remoto, el flanco  
En el rosado seno de una nube.

A lo lejos ondula la majada,  
Confusamente, entre la polvareda,  
Y a veces, una oveja rezagada  
Y solitaria en el camino queda.

En la laguna, con melancolía  
Moja el sauce su grácil cabellera,  
Y el campo al aromar el alma mía  
Me brinda el beso de la Primavera.

Oh el matinal paseo al ritmo suave  
Del caminar de este caballo mío,  
Mientras se aleja en ágil vuelo un ave  
Que va a beber en el lejano río...

### Marina

Partir una mañana dulce de primavera,  
En un bergantín grácil de alegre colorido,  
Con las pupilas ávidas y el corazón henchido  
De una melancolía vaporosa y ligera...

Y respirar el vaho del mar, como si fuera  
El aroma de un mágico filtro desconocido,  
Que diera mis dolientes recuerdos al olvido  
Para gozar más hondo la onda pasajera...

Y viajar... y viajar, mientras la blanda brisa  
Riza la espuma que el oro del sol irisa...  
Hacia el azul del cielo vuela un pájaro azul,

Los senos del velamen tremolan su blancura,  
Y en tanto, como un arpa, vibra la arboladura,  
Persigo mi quimera sobre el marino tul...

### Jardín

El jardín claro ostenta los verdes azulinos  
Del césped entre el marco rojo de los caminos.  
Sopla la brisa, frescamente, y las amapolas  
Sobre los tallos débiles agitan sus corolas.

Los troncos de los árboles se yerguen como antiguas  
Columnatas de bronce rústico, y las ambiguas  
Sombras de los follajes reposan en la tela  
Del césped, cual oscuras manchas a la acuarela.  
En triangular cantero rien las margaritas,  
Esperando ser útiles en amorosas cuitas.  
El surtidor, en medio de la fuente parlera,  
Hacia el azul esparce su blanca cabellera.  
Sobre una estatua vieja de carcomida espalda,  
La vid, al trepar, pinta sus hojas de esmeralda.  
Lánguidas, se extenúan las rosas amarillas,  
Y las rojas ofrecen, sensuales, sus mejillas.  
Al surcar el paisaje lucen las mariposas  
Vestiduras metálicamente caprichosas.  
Con el rastrillo dócil al hombro, el jardinero  
Se aleja, canturriando, bajo el ancho sombrero  
De amarillenta paja, y la angosta avenida  
De plátanos le vierte sombra fresca y tupida...

NORBERTO CÉSAR COPPOLA.

---

## LETRAS ARGENTINAS

**Al borde del sendero...**, por Juan Burghi. «Virtus». B. A., MCMXIX.

Los veinte años de Juan Burghi, el joven autor de *Al borde del sendero...*, han fructificado en nobles versos. La cosecha, con ser primeriza, ha sido buena, y anuncia sustanciosos y áureos panes para el día en que el campo, virgen hasta ayer, reciba más paciente y esmerado cultivo.

No pretendemos aprisionar su talento poético en las redes de los "estudios superiores, métodos y escuelas", que se diría que él desdeñe: ya llegará a plena madurez, por su propia virtud interior, la asidua lectura, la experiencia, la observación y la meditación.

Debemos juzgar este libro tal cual se entrega confiadamente al lector: como la obra naturalmente desigual e incorrecta, por juvenil, de quien obedeció "a la necesidad de dar forma y salida a lo que en el espíritu era emoción, ansia, angustia o dolor que desbordaban". Hagamos desde luego a un lado lo que el autor se apresura a reconocer como inevitable a su edad y en sus condiciones de mozo que ha escrito sus versos "entre dos afanes del vivir cotidiano": los defectos de forma, las impropiedades de lenguaje, la viciosa abundancia—, y apreciemos al poeta por lo que nos da y nos promete, no por lo que aun no puede darnos.

Burghi siente intensamente la naturaleza. Las reminiscencias literarias se sobreponen a veces a su visión directa de las cosas, y entonces sus evocaciones bucólicas resultan sin carácter, débiles o falsas; pero casi siempre entre su espíritu y la naturaleza, la relación se establece sencilla y sólida, como entre el hijo y la madre, y de ese amoroso lazo salen sus mejores cantos. El lector los encontrará en la segunda y principalmente en la tercera parte de este libro, entre las *Notas bucólicas* y los



*Motivos panteístas.* (¿Por qué llamarán panteísmo algunos jóvenes poetas, a la comunión del hombre con las cosas, al sentimiento cósmico que posee a nuestra alma en ciertas ocasiones? Si en algunas composiciones, cuando el poeta canta a la Vida universal, como divinizando todo cuanto existe, el término se justifica, en otros el empleo abusivo del mismo es evidente). Entre tales "motivos", los hay de vigoroso colorido, como *La sonata de estío*, o más subjetivos, henchidos de salud y serenidad, como *Panteísmo* y *En la paz de los campos*. Condensando más la expresión, convirtiendo cada palabra en una vívida imagen, este poeta que anhela reposar para siempre al pie de un árbol, disgregado en

trémula hoja que acaricia el viento,  
gota en las aguas, oro en las espigas  
o acaso humilde polvo en el sendero...

puede arrancar a la naturaleza poesías de muy alta inspiración.

Lo que en cambio le aconsejamos arrojar por la ventana son las poesías "hidalgas" que le inspire *la su* Señora, con toda esa ropavejería de airones, tizonas y capas que no vale un mavedí, poesías ya irremediabilmente cursis, como también las cadenciosas plegarias al estilo de la que dedica al Divino Maestro, *Jesus de Nazareno* (por favor!)

Tú, que fuiste tan grande, Tú, que fuiste tan bueno...

y con las cuales el más azotado ha sido el infelicísimo Don Quijote.

**El Salvaje**, por Horacio Quiroga. Buenos Aires. Cooperativa Editorial Limitada, 1920.

Si afirmamos que Horacio Quiroga es nuestro mejor cuentista, ni decimos cosa nueva para ningún culto lector, ni será fácil probarnos lo contrario. Es, ante todo, Quiroga, profesionalmente, en literatura, un cuentista y no otra cosa; además, el más fecundo, el más fértil en argumentos y el que logra, con mayor simplicidad de medios, los mayores efectos de interés y emoción.

Con motivo de la publicación de sus *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, anteriormente editados por la Cooperativa "Buenos Aires", analizamos tiempo atrás en estas páginas, sus varias dotes de narrador, y no sabríamos ahora, des-

pués de la lectura de *El Salvaje*, nueva colección de cuentos que ha dado a luz la misma Cooperativa, sino corroborar aquel juicio. Sin embargo, este volumen, con no desmerecer del nombre de Quiroga, tal vez no vale aquel otro. El conjunto parécenos inferior, si bien algunos cuentos, por ejemplo *Una bofetada*, *Los Cazadores de Ratas*, *La Voluntad*, *Tres Cartas...* y *un pie*, *Cuento para novios*, *La llama* y otros más, sean, cada cual en su género diverso, obritas realmente bien hechas. También son dos emocionantes narraciones las que bajo el título común de *El Salvaje*, dan nombre al libro; aunque nos recuerdan algo el procedimiento de Wells, y la segunda, demasiado a Eça de Queiroz, en su admirable *Adán y Eva en el Paraíso*.

Horacio Quiroga es uno de los escritores de quienes más pueden enorgullecerse las letras argentinas: se podrá decir de él que no siempre escribe con gramatical corrección, pero se debe reconocer que siempre lo hace con inimitable talento.

R. G.

#### Otros libros recibidos

EL BAZAR DEL ILUSO, por Edmundo Montagne. (Poesías). B. A., 1919.

CRÓNICAS DE VIAJE (1905-1906), por José Ingenieros. (*Elogio de la risa.—Italia.—Los psicólogos y la psicología. — Al margen de la ciencia. — Dos discursos*). Sexta edición. B. A., 1919.

ALMA Y CARNE. *Versos de amor y de pasión*, por José Manuel Baquerizas. B. A. Arnhold Moen, editor, 1920.



## LIBROS VARIOS

**Zorrilla - Su vida y sus obras**, por *Narciso Alonso Cortés*. Obra publicada por el Excmo. Ayuntamiento de Valladolid. Tomo II. Valladolid: 1919. Imprenta Castellana.

Hace dos años escribimos con extensión sobre el primer tomo publicado en 1917, de esta obra que ha emprendido el erudito y laborioso escritor vallisoletano Narciso Alonso Cortés. Dijimos entonces que cuanto a la cantidad y puntualidad de los datos reunidos no podría pedirse nada más completo. Del segundo tomo, dado a luz en 1919, cabe repetir lo mismo. Todas las fuentes de información han sido usadas por el crítico, y la anécdota, la tradición y aun la leyenda completan el dato positivo, amenizando el relato y formando la más nutrida bio-bibliografía de Zorrilla que hasta ahora haya sido escrita y que acaso se escriba.

Este segundo volumen toma el hilo de la vida del poeta, desde el año 1845, en que pasó a Francia, dispuesto a trabajar sin descanso en su poema *Granada* y le sigue hasta el año 1871, en que el ministro de Estado don Cristino Martos encargó a Zorrilla de una misión en Italia, motivo o pretexto para favorecerlo con una pensión. La parte más interesante de esta narración que abarca un cuarto de siglo es la destinada a historiar el viaje de Zorrilla a América, su estancia en Méjico y sus relaciones con el infeliz Maximiliano, que le dispensó sin tasa su amistad y protección. Vida aventurera, de sobresaltos y de apuros, y también de humillaciones, es la de Zorrilla, más que otras parecidas, vivo ejemplo de la esclavitud de la Inteligencia a las necesidades materiales. ¡Y cuánto ha sido perjudicada la obra de ese caudaloso genio, por esa obligación de producir sin tregua, para vivir!

El mismo, con nobilísima modestia y rara y admirable franqueza, juzgó severamente su obra, en su carta de agradecimiento a Cristino Martos, cuando éste lo favoreció en nombre del rey, en 1871, con la gran cruz de Carlos III. Dijo entonces:

"Mis obras, Excmo. Señor, son muy numerosas, pero son las más incorrectas producidas por los poetas de nuestro siglo; me complace y me duele hallarme en esta ocasión de declararlo espontáneamente. Deben mis obras su fama a la época innovadora en que las empecé a publicar, a los alardes de religión y de españolismo de que están salpicadas, a los asuntos populares que tratan, a mi larga ausencia de mi país, a lo novelesca que supone el vulgo mi vida en regiones remotas y más que a todo esto, a la fortuna que a mi ignara osadía acompaña desde mi juventud."

Ciertamente no es frecuente leer declaraciones como ésta en documentos de la naturaleza del citado, y ella — con contener tanta verdad, siquiera en parte — basta para honrar al hombre.

Esperamos aural del señor Narciso Alonso Cortés, el tercer tomo de su obra, el cual completará tan valiosa investigación literaria.

**Jornadas**, por Narciso Alonso Cortés. Valladolid 1920.

Del mismo señor Narciso Alonso Cortés, hemos recibido un volumen de artículos críticos, reunidos bajo el nombre de *Jornadas*. Los más extensos son los dedicados a estudiar la personalidad de los poetas Manuel del Palacio y Emilio Ferrari, a quienes el crítico trata, a nuestro juicio, con excesiva generosidad. Porque ni *cincuenta céntimos* de poeta nos parece a nosotros, como le pareció a *Clarín*, el fácil y vulgar versificador del *Museo Cómico*, de suerte que ni en broma podemos aceptar el juicio del culto crítico vallisoletano, cuando escribe: "Manuel del Palacio tiene su puesto reservado entre los grandes poetas del siglo XIX, que son de veras grandes, pese a las peregrinas apreciaciones de algunos daltonianos modernos, que sólo distinguen un color. *Clarín* se pasó de injusto. Palacio fué poeta completo. De cuatro ángulos". Cuanto al señor Ferrari, confesamos que lo teníamos enteramente olvidado, aunque respetamos "las razones de cariño y gratitud" que han inducido sin duda al señor Narciso Cortés a escribir sobre él un elogiosísimo estudio.

**Grandeza y Servidumbre de la Inteligencia**, por Eugenio D'Ors. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1919.

La *Residencia de Estudiantes* de Madrid, "hogar de inteligencia", como justamente la ha llamado Eugenio D'Ors, ha incluido entre sus esmeradas publicaciones una notable conferencia de este escritor catalán. Ella versa sobre la *Grandeza y Servidumbre de la Inteligencia*. Tantas ideas cuantas líneas. Y muchísimas verdades. Y todo el ensayo un nobilísimo himno a la Inteligencia, tanto más grande en su libertad interior cuanto sus cultores son siervos de la necesidad. "¡Todo lo que el siglo XIX ha producido de verdadera inteligencia vendible — escribe D'Ors — no bastaría, por ventura, a mantener la vida de una docena de hombres! Y lo producido al margen de esto; lo producido industrialmente, mercantilmente vendido; todo lo que pretendió emanciparse de la servidumbre, ha sido cosa mil veces peor que una servidumbre, porque ha sido una prostitución".

"Ahora—dice en otra parte, después de haber señalado los esfuerzos hechos en los siglos por la liberación de la inteligencia — ahora va a entrarse en la prueba definitiva. Va a ensayarse una profesionalidad de la inteligencia que lleve a la grandeza cumplida sin saber de las sujeciones de la servidumbre. Estamos en el momento esencial. Se juega el destino de la inteligencia en el mundo. El momento dura un siglo. La mesa de juego es de infinita amplitud. Dios mismo ha entrado en la partida, y el diablo también. Creemos adivinar que en este drama de la cultura han entrado sordamente, en espectación, hasta las fuerzas oscuras de la naturaleza".

**Crítica Efímera**, por Julio Casares. I volumen: Divertimientos Filológicos. II: Índice de Lecturas. Biblioteca Calleja. Madrid.

La *Biblioteca Calleja* publicó el año pasado en los bien cuidados tomos de su primera serie, dos libros de Julio Casares, bajo un título común: *Crítica efímera*. El primero, de "Divertimientos Filológicos", es de carácter puramente lexicológico y gramatical; el segundo, de crítica literaria.

Las mismas dotes que manifestó el señor Casares en su ruidoso libro *Crítica Profana*, en el cual discutió ampliamente la obra de Valle Inclán, Azorín y León, las manifiesta en estos dos volúmenes de *Crítica Efímera*, si bien aquél, libro orgánico e ingeniosamente desarrollado, les es muy superior. Esas dotes son la rica y puntual erudición gramatical y literaria,

el espíritu analítico, la mesura en el juicio, si algunas veces severo o irónico, siempre discreto y cortés, y la absoluta ecuanimidad. En cambio no le sobra amplitud de criterio. Es el señor Casares excelente gramático, de muy buen gusto, pero de limitado horizonte estético. Por eso le preferimos en sus *Divertimientos Filológicos*, interesantes y útiles, donde su mucha lectura y su afición a los problemas del lenguaje nos orientan con general acierto.

Respecto a las breves páginas críticas del segundo volumen, son volanderas páginas periodísticas con algunas observaciones instructivas sobre cuestiones de detalle, y nada más.

**La Democracia Funcional en Rusia**, por José Ingenieros. Editorial ¡Adelante! Agencia Sud-Americana de Libros.

La *Editorial ¡Adelante!* acaba de publicar en un folleto de 64 páginas un nuevo estudio de actualidad del Dr. José Ingenieros, el cual versa sobre *La Democracia Funcional en Rusia*. Como el lector habrá comprendido por el título, el conocido sociólogo estudia en este trabajo la nueva filosofía política que se desprende de la formidable experiencia social que Rusia ha realizado, organizando sobre una base totalmente diversa de aquella en que se apoyan las democracias de occidente, su administración y su economía.

El A. contrapone dos concepciones políticas, la de la soberanía popular surgida de la Revolución Francesa, que se ejerce por el sistema representativo vigente en el actual régimen parlamentario de todos los estados, y la que se ejerce por un sistema representativo según el cual tienen voz y voto en los cuerpos deliberativos y ejecutivos las partes interesadas en las funciones sociales, es decir, las agrupaciones profesionales y técnicas. Su ideal consiste en la segunda. Por ella se trata de "hacer efectiva la representación social, pasando del sufragio universal indiferenciado e incoherente, al sufragio universal funcionalmente organizado. Para ello es necesario renunciar al ya inútil federalismo político y ensayar un federalismo funcional adaptado a los intereses efectivos que coexisten en cada sociedad". Según el A., la llamada "república federal socialista de los soviets" no es otra cosa que una efímera experiencia del sistema representativo funcional, el reemplazo de la representación indiferenciada y cuantitativa, por la representación técnica y organizada, si bien con todas las naturales imperfecciones de un sistema primerizo.

A título de información sobre el espíritu que anima este trabajo, si acaso discutible en alguna de sus partes, rico de ingeniosos desarrollos y nobles sugerencias, reproducimos todo el capítulo final, titulado *Presente y Porvenir*, el cual dice así:

"Quien haya leído la historia de cualquier Revolución, sabe que las grandes reformas institucionales no se realizan totalmente en cortos periodos de tiempo y que no es posible evitar ciertos episodios desagradables para algunos de los que las hacen o de los que las resisten. Pero es necesario pensar — observando los admirables ejemplos de la Revolución Francesa y de la Revolución Americana — que las revoluciones no tienen por objeto aumentar la quietud y el aburrimiento de los contemporáneos, sino conquistar nuevos derechos y libertades para las generaciones siguientes. Por eso es natural que las revoluciones sean aprovechadas y admiradas por los hijos de ciertos padres egoístas que las combatieron y difamaron. La vida individual es demasiado breve para que una misma generación siembre y coseche; sólo pueden aceptar los sacrificios de la siembra aquellos padres generosos que desean para sus hijos la dicha de cosechar los frutos.

No lo ignoran los idealistas de Rusia. No son ilusos ni tontos. Procuran el bienestar de los adultos, porque ellos forman el pueblo actual

y su cooperación es indispensable; pero saben que sus rutinas y prejuicios constituyen una dificultad casi invencible para que se adapten al sistema de la Democracia Funcional. Por eso han puesto su esperanza en los niños y se ocupan de educarlos en una moral de amor y solidaridad, que los prepare para vivir sin la maldad y el odio que envenenan a los envejecidos en el régimen pasado.

El aumento de felicidad no es para la marchita generación de la guerra, sino para la venidera generación de la paz. Las épocas revolucionarias no hacen la dicha de nadie e implican la angustia de todos. Pero si los niños no echaran dientes porque duelen al nacer, si las mujeres se negaran a soportar los sacrificios del alumbramiento, la humanidad desaparecería mucho tiempo antes de lo que piensan los timoratos y los estériles.

Es necesario decir, a pesar de todo, que los más graves inconvenientes de las revoluciones no son los debidos a los revolucionarios mismos, sino los provocados por las insensatas resistencias a su desenvolvimiento natural. El caso es idéntico al de la clásica Revolución Francesa. La fuerza del hábito y de la rutina, la educación en ideas falsas que siguen suponiéndose eternas, los intereses creados de clases y de individuos, los desplazamientos de una inmensa masa parasitaria o privilegiada, todo se suma, en gentes que tienen la práctica del poder y la habilidad en el manejo de sus innumerables resortes. Esa convergencia de intereses y prejuicios, contrarios a todo progreso, logra necesariamente organizar una oposición tanto más formidable cuanto más innovadores son los principios revolucionarios. Es sabido, por otra parte, que los elementos conservadores tienen a su disposición las múltiples retóricas del tradicionalismo, de la religión, del patriotismo, lo que no les impide solicitar y aceptar la cooperación del oro y las armas extranjeras, que siempre acuden copiosas al llamado, pues los conservadores de todos los países forman una táctica Internacional en defensa de sus privilegios comunes. Los medios de publicidad y de información les permiten falsificar el espíritu de toda revolución, para lo cual les basta limitarse a narrar los episodios desagradables, exagerándolos si existen o inventándolos si faltan. Con la ayuda extranjera se fraguan las conspiraciones; con la ayuda extranjera se aísla y se bloquea a los pueblos que luchan por la Justicia Social; con la ayuda extranjera se traman arreglos encaminados a corromper los principios básicos de la revolución misma. Eso ocurrió hace un siglo en la Revolución Francesa y en la Argentina; ocurre actualmente en la Rusa. ¿Y cómo extrañar, entonces, los actos defensivos de Robespierre y de Marat, de Moreno y de Rivadavia, de Trotzky y de Lenin? La violencia no es la finalidad de las revoluciones, sino la dolorosa defensa impuesta por las amenazas de los reaccionarios.

Pero eso no es todo. Las revoluciones son siempre la obra de minorías educadoras y actuantes, como son minorías, también, los partidos reaccionarios. La gran masa es neutra y constituye siempre un obstáculo a cualquier género de progreso que la saca de sus hábitos y rutinas. Los cambios de gobernantes, aunque se operen violentamente, no encuentran esa resistencia pasiva, porque se limitan a substituir un elenco personal por otro; las revoluciones verdaderamente principistas, en cambio, alcanzan a todos y molestan a los amorfos, cuyo único ideal es seguir pasando tranquilamente, cerrados los ojos a todo beneficio ulterior.

Esa suma inmensa de fuerzas contrarias sólo puede ser vencida por un factor decisivo: el tiempo. La historia se desenvuelve en función del tiempo. Todas las innovaciones, si son justas, triunfan, pero no antes ni después del tiempo necesario para su maduración natural. Los hombres, si tienen conciencia histórica de su época, miran con serenidad lo que vendrá y tratan de amenguar el dolor del inevitable advenimiento; si no comprenden el sentido de los sucesos que los rodean, dan la espalda a la

corriente de la historia, suscitando torbellinos que aumentan el dolor propio y el de los demás.

Las naciones civilizadas marchan hacia una Democracia Funcional. Educar los espíritus en esa orientación es inteligente obra de Paz; obstruir el curso de la historia es loca empresa de Guerra."

**La Religión y el Estado**, por *Tomás D. Casares*. B. A., 1919.

El trabajo que comentamos es una tesis premiada por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Las ideas del autor pueden resumirse en esta forma: Las acciones humanas tienen una finalidad que es el bien. El bien es el aspecto de una causa primera, que es Dios. Para alcanzar el bien el hombre ha de conocer a Dios. El conocimiento y las relaciones espirituales con Dios sólo pueden conseguirse por medio de la religión. Ahora bien, como el estado no es más que una entidad constituida para lograr algo del bien a que aspiramos, debe subordinarse a la religión. ¿A qué religión? ¿A la que administra la Iglesia? El doctor Casares piensa esto último; y además es partidario del poder temporal de los papas.

Desde luego el autor es lógico en el desarrollo de su tesis. ¿Su punto de partida es cierto? Si lo es, necesariamente tendrá que llegarse a sus conclusiones. ¿Es falso? Entonces todas sus ideas y su desarrollo están demás. Y he aquí que nos encontramos frente al gran problema, al eterno problema, frente a la "causa primera", que es decir, en plena metafísica. El pleito es tan viejo como la filosofía. Pero el autor se ha apartado con toda habilidad de aquello que podría dar algún valor social a su trabajo, de la realidad. Así nos dice, casi al comienzo: "Un propósito escrupuloso de someternos en toda la exposición a la pura doctrina, evitando, rigurosamente, las referencias a la realidad, como asimismo toda crítica de sistemas que representan con respecto a nuestras ideas una disidencia o una oposición..." Desde luego hemos de convenir con el Dr. Casares que el suyo es un método muy cómodo, el cual permite sostener las ideas más peregrinas. Sin duda el autor tiene mucha razón en cuanto cree—pongamos por caso—que al estado, como al individuo, le hace falta, un sentido ético. ¿Pero ha de ser necesariamente religioso? Y si lo es, ¿ha de ser necesariamente de una iglesia determinada? ¿Cree el doctor Casares que el orden de la vida social depende puramente del factor ético? Cae el autor — nos parece — en el mismo error de los positivistas dogmáticos. Sólo que el suyo es el reverso de la medalla.

Aceptables o no sus conclusiones, es de hacer notar la seriedad y la serenidad con que el autor desarrolla su estudio. Y esto llama más la atención tratándose de un hombre joven, universitario recién egresado.

Sin embargo, lamentamos que el Dr. Casares se haya desentendido de la realidad histórica y social en que vivimos, pues de otro modo vería claramente que el mundo va hacia otro lado y su tesis del estado teocrático sólo puede ser un sentimiento — respetable cuanto se quiera — de hombres que desconocen la hora en que vive la humanidad.

**Lecciones de Filosofía**, por *Luis Corrales*. «Virtus», B. A., 1919.

El programa de ingreso a nuestra Facultad de Derecho, exige del alumno egresado del colegio nacional, un conjunto de nociones filosóficas que no todas son suministradas en la enseñanza secundaria. De ahí los apuros del joven bachiller para rendir la para él difícil prueba, sin que valgan a remediar gran cosa su situación, sus pesquisas a través de los libros, pues ninguno en particular presenta reunida y coordinada la materia de ese programa de ingreso, principalmente en lo que concierne a la Moral y a la Historia de la Filosofía.

Se ha propuesto facilitar la tarea de los examinandos, el señor

Luis Corrales con unas recomendables *Lecciones de Filosofía* que acaba de publicar la Editorial *Virtus*. El mérito de este pequeño volumen reside a la vez en la seriedad de su información y en la claridad y sencillez de la exposición. Como el autor lo advierte en el prólogo, no se trata de una obra que aspire a la originalidad del pensamiento, "sino a la seriedad, sencillez, imparcialidad y rigor lógico de la exposición, a fin de resultar positivamente útil al estudiante, a quien no es sensato atiborrar de conocimientos indigestos, ni marear con palabrerías abstrusas, ni engañar con doctrinas ilegítimas, como tampoco es cosa honrada estimularle la pereza simplificando las cuestiones más de lo necesario y reduciéndole el saber a un extracto sin sustancia ni valor alguno".

Es de alabar en el autor de este libro de texto — el cual puede ser útil también a los alumnos de la enseñanza secundaria en algunos puntos de sus programas de Psicología y de Lógica, — la corrección de su lenguaje y la libertad de su espíritu, que le permite encarar los problemas filosóficos y morales con despejado criterio de su tiempo, sin adherir a rancios prejuicios y lugares comunes escolares.

#### Otros libros y folletos recibidos

LA LÁMPARA DE LA FAMA, por Pedro de Répide. Editorial - América. Madrid, 1919.

RECUERDOS DE ITALIA. Roma. — Pisa. — Venecia. — Nápoles, por Emilio Castelar. Editorial - América. Madrid, 1919.

INFORME CORRESPONDIENTE AL PRIMER TRIENIO 1916-1919 Y MEMORIA CORRESPONDIENTE AL EJERCICIO 1918-1919. Consejo Nacional de Mujeres del Uruguay. Montevideo, 1920.

THE AIMS OF JEWISH LABOR. *The Socialist and Labor Democracy of the World*, by The Jewish Socialist Labor Party Poale Zion of America. New York, 1918. (Folleto).

EL CÓDIGO CIVIL EN SU CINCUENTENARIO. (De la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año VI, N. 8). Córdoba, 1919.

CARTILLA SOBRE LA TUBERCULOSIS, por el Doctor Alberto Brignole. *Tribuna Libre*, B. A., 10 de Marzo de 1920. N.º 66.

EN EL IMPERIO DE LA FALSÍA, por el señor Salvador Pagano Gutiérrez. *Tribuna Libre*, B. A., 24 de Marzo, N.º 67.

ARTE, por Monseñor Abel Bazán y Bustos, obispo de Paraná (República Argentina). Con 92 grabados. Luis Gili, Barcelona, 1919.

EL ADVENIMIENTO DEL BOLSHEVIKISMO. (Desde la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest Litowsk). Por León Trotzky. B. A., Biblioteca "Documentos del Progreso", 1920.

MORAL PARA ESTUDIANTES, por José M. Monner Sans. B. A., 1919. (Folleto).

LA LINTERNA SORDA, por Jules Renard. Traducción y estudio de Genaro Estrada. *Cultura*, tomo XI — N.º 4. México, 1920.

JOYELS, por José Enrique Rodó. *Ediciones Selectas América*, Número 17. B. A., 1920.

CACAMBO, por Arturo Cancela. *Ediciones Selectas América*, N.º 18. B. A., 1920.

LA CASA ABANDONADA, PARÁBOLAS Y PEQUEÑOS ENSAYOS, por Pedro Prado. *Ediciones Mínimas*. Año IV, números 45-46. B. A., 1919.

AMADO NERVO. Homenaje a la Memoria del Poeta, organizado por la Universidad Nacional, México, 1919.

ELEMENTOS DE SINTAXIS CASTELLANA Y TEXTO DE LECTURA PARA EL CURSO CORRESPONDIENTE. Obra adaptada a los Programas Vigentes en los Colegios Nacionales y Establecimientos similares, por René Bastianini, vice-rector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario,



y Rector del Colegio Nacional "Bartolomé Mitre", anexo a dicho Instituto. Librería de A. García Santos. B. A., 1920.

LIGEROS ESBOZOS. MÉDICOS VENEZOLANOS CONTEMPORÁNEOS: DOCTOR DIEGO CARBONELL, por el Dr. Juan Arraiz. Caracas, 1919. (Folleto).

MENSAJE dirigido al Congreso Nacional en la inauguración de sus sesiones de 1920, por el Dr. Don Francisco Bográn, presidente constitucional de la R. de Honduras. Tegucigalpa.

CONTESTACIÓN del señor Presidente del Congreso Nacional, Doctor Don Carlos Alberto Ucles al Mensaje del señor Presidente de la República Dr. Don Francisco Bográn. 1920. Tipografía Nacional. Tegucigalpa.

LA BEATA AZUL por Pantaleón Fernández. *La Novela Tucumana*. Año I, núm. I. Tucumán, 24 de Marzo 1920.

INFLUENCIA DE LAS IDEAS FILOSÓFICAS EN LA EDUCACIÓN, por Arturo Montori. Conferencia dada en la Escuela Normal para Maestras, de la Habana. Habana, 1920.

MAR DEL PLATA HUMORÍSTICO. Caricaturas, por Bandilio Alió.

ANUARIO DE "LA RAZÓN". 1920. B. A.

X. X.

## NOTAS Y COMENTARIOS

### Rogelio Irurtia

A iniciativa del Círculo de Bellas Artes, sucedáneo de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, los artistas argentinos celebraron con una comida el regreso a la patria del escultor Rogelio Irurtia. La invitación decía: "Homenaje a Irurtia"; homenaje a su obra como al nobilísimo ejemplo de su vida abnegada. Así lo dieron a entender los que en los brindis finales expresaron su cordialidad o su admiración por el artista: Ripamonte, Bernaldo de Quirós, el intendente municipal, que tuvo la buena idea de asociarse con su presencia y su palabra a este homenaje, Rinaldo Rinaldini y el doctor Barroetaveña.

Transcribimos el brindis de nuestro colaborador Rinaldo Rinaldini:

"Menos autorizado que ninguno, me mueve a hablar en esta fiesta la felicidad de veros junto a nosotros, en esta tierra a veces tan lejana de nuestro espíritu, siempre tan cerca del corazón.

El advenimiento de un artista de vuestra talla, de un artista en la más pura acepción de la palabra, es un acontecimiento que contraría el orden de nuestra vida nacional, pero que no nos sorprende, tanto lo hemos esperado. Pobre espiritualmente por efecto de su inmensa riqueza, arrebatado en el vaivén de la política, nuestro país necesita de la fecunda lección

del artista, lección tanto más preciosa cuanto alcanza hasta aquellos que no quieren reconocer su valor y su fuerza. La necesitamos los que, ilusos de la más dulce ilusión, queremos que toda labor humana se sintetice un día en una obra de bondad y de belleza. Alabada sea pues vuestra presencia que nos anticiparan vuestras obras, que vuestra obra prolongará indefinidamente. Antes que esta hora feliz os debo las que disfruté junto a tal o cual cabeza que modelara vuestra mano, que animábais con vuestro aliento vital. Recuerdo sobre todo una: "Reconocimiento". Recuerdo la emoción que me produjo la bondad dolorida, la tristeza dulce de esa alma transparente que el dolor habrá desgastado sin conseguir desflorarla, elevada por efecto de ese mismo dolor por sobre todas las contingencias ordinarias de la vida. Muchas veces la he recordado, muchas veces la he oído decirme desde el fondo de su recogimiento: ¡Confianza!

Hay una circunstancia que ennoblece y agranda singularmente vuestra vuelta a la patria: son los veinte años de labor silenciosa que la han precedido, es vuestro largo recogimiento. ¡Cómo debió pareceros extraño desde vuestro laborioso retiro el tumulto de este furor inconoclista que se ha desencadenado sobre el mundo! ¡Qué admirable serenidad la vuestra que lo habéis visto pasar imperturbable, inquietado solamente por los enormes exigencias de vuestra conciencia de artista! ¡Qué noble vuestra soledad! Es sin duda la soledad de todos los que dan, el silencio de todos los que brillan, de que habla Zaratustra.

Yo bendigo esa soledad y ese silencio fecundos, los bendigo y pienso como el mismo Zaratustra: no es alrededor de los inventores de nuevos estrépitos, es alrededor de los inventores de nuevos valores que gravita el mundo. Gravita en silencio."

### **Eugenio D'Ors juzga a Ricardo Palma**

Reproducimos a continuación la original glosa con que Eugenio D'Ors juzgó el pasado 26 de Noviembre en *La Veu de*

*Catalunya* al ilustre escritor peruano Ricardo Palma, por tratarse de una síntesis realmente notable: no puede decirse más y mejor en menos palabras.

Dice *Xenius*:

*Ricardo Palma cabalgaba espiritualmente entre dos siglos. Principalmente el nuestro.*

*Tenía del XVIII el academismo, la irreverencia, el enciclopedismo, la malicia aristocrática. Del romanticismo tomó el culto a la vena popular, a la espontaneidad, al folklore.*

*Si queréis, medio Voltaire, medio Herder: recogiendo la tradición de labios de la anciana y a la vez mofándose de la superstición en boca del sacristán.*

#### “Revista de Libros” (Madrid)

Ha reanudado su publicación la *Revista de Libros*, que fundó en Madrid, en junio de 1913, D. Luis Bello y dejó de aparecer en los primeros meses de la guerra. Nos es grato dar esta noticia a nuestros lectores, por tratarse de una publicación bibliográfica que puede prestar positivos servicios a la librería española e hispanoamericana, dando a conocer los libros que en España y en América se editan y contribuyen a esclarecer las mil cuestiones de carácter cultural y comercial que el negocio del libro necesita.

Si la dirección de esta revista comprende que su interés y el de todos está en la amplitud e imparcialidad de la información, sin sujetarse a los propósitos comerciales de ninguna particular empresa editora, ni siquiera a las miras de la librería española con mengua de los legítimos intereses de la librería americana; y si no pierde de vista lo que a nuestro juicio es esencial: que el negocio del libro debe ser tratado, ante todo y sobre todo como una cuestión de cultura y no en primer término como una industria de rendimiento pingüe aunque no siempre honrado y legítimo, — habrá creado una publicación utilísima, necesaria para todo estudioso y honra de la bibliografía

española. Porque el libro mercantilizado, fuente de lucro, no nos interesa ni debe interesarnos.

El número que tenemos a la vista, correspondiente a Noviembre de 1919 (2ª época. Año III. Núm. XI) anuncia un excelente boletín bibliográfico. Como él, todos los números comprenderá ocho secciones fijas, a saber: Filosofía y Pedagogía; Filología y Ciencias históricas; Literatura y Arte; Ciencias Jurídicas, Económicas y sociales; Ciencias Exactas, Físico-Químicas, Naturales y Aplicadas; Medicina; Libros de América y Resumen de la Bibliografía Mensual y Bibliografía. Cada sección, dentro de una carpeta común, llenará un cuaderno, independiente y desglosable para facilitar su manejo. Y el conjunto, gracias a los estudios firmados por autorizados críticos o personas entendidas sobre los más importantes libros, y a las abundantes notas bibliográficas, constituirá una verdadera enciclopedia bibliográfica.

Es nuestro deseo que la nueva publicación consiga ofrecer al lector en sus páginas una bibliografía exacta y completa, justificando así la única razón de su existencia.

### “Hebe”

El número IX de *Hebe*, la pequeña revista mensual que con tan fervoroso culto del arte dirigen Ernesto Morales y Arturo Lagorio, un joven poeta y un joven crítico, merece particular mención. Es una antología de poetas argentinos, de “nuestros poetas jóvenes”, como lo han titulado los editores, una antología de trabajos inéditos, y de autores escogidos con fino criterio. Acaso faltan en ella algunos nombres que debieran estar; pero son rarísimos los poetas de mérito omitidos y probablemente su ausencia se debe a su propia culpa, a no haber enviado con tiempo a los editores los versos inéditos prometidos. También faltan los “novísimos”, pero es que todos no pueden estar. Y en cambio no sobra ningún nombre.

El lector puede confiadamente considerar esta pequeña antología como la expresión de lo que son y dan nuestros poetas

de la hora presente. Excusamos ahora nuestro juicio sobre su valor de conjunto y particular. Demasiadas veces lo ha emitido esta revista. Si podemos decir que para todos los poetas incluídos en dicha antología, han estado siempre abiertas fraternalmente las páginas de NOSOTROS, y lo están. Ellos son:

Amador, Arrieta, Aymerich, Banchs, Barreda, Bravo, Burghi, Calou, Capdevila, Coronado, Della Costa, Chabrilón, Dávalos, Elías, Fernández Moreno, Fontanarrosa, Franco, Delfina Bunge de Gálvez, Rosa García Costa, Gutiérrez, Jordán, Martínez Estrada, Méndez, Morales, Alfonsina Storni, Vázquez Cey.

Arturo Lagorio ha prologado la antología con una inteligente y medida *Introducción*, en la cual define casi siempre con acierto a cada poeta.

### Editorial "Justicia": Una vida de Florencio Sánchez.

En breve, nuestra bibliografía crítica se enriquecerá con una utilísima colección de ensayos sobre la vida y la obra de los más ilustres escritores argentinos, fallecidos o vivientes. Se ha propuesto realizar esta feliz iniciativa la "Agencia Sudamericana de Libros", la cual ha trazado ya el plan completo de esta nueva biblioteca, que llevará por nombre *Editorial Justicia*. Cada escritor será tratado por algún crítico de reconocida autoridad, quien lo estudiará en todos sus aspectos, sin otro propósito que el de informar amplia y puntualmente al lector, evitando el deshonesto panegírico o la insustancial declamación. Los volúmenes, esmeradamente cuidados, tendrán por regla general, de 64 a 80 páginas.

Abrirá la serie un tomo sobre *Florencio Sánchez*, que ha escrito Roberto F. Giusti. Dividido en tres partes, se estudia en ellas respectivamente los orígenes del teatro rioplatense, la vida del malogrado comediógrafo y su producción dramática. Principalmente importante es sin duda el segundo capítulo, pues es una narración minuciosa y exacta de la tormentosa vida de Sánchez, hasta ahora sólo conocida por informaciones dispersas o anécdotas aisladas y no siempre auténticas. Todo cuanto

Sánchez hizo y fué en su patria, en La Plata, en Rosario, en Buenos Aires, en Italia, desde su nacimiento hasta su muerte, será referido en este capítulo, para cuya redacción el autor ha puesto a contribución todas las fuentes asequibles de información: las referencias orales y escritas de parientes, amigos y extraños, los periódicos de la época, documentos públicos, anécdotas, cartas, etc.

Este volumen, el cual aparecerá a fines de Abril, contará con un centenar de páginas.

### “Música de América”.

Con este título ha empezado a publicarse en Buenos Aires una revista mensual de arte, dirigida por el crítico musical de Nosorros, Gastón O. Talamón y el reputado violinista, señor Néstor Cisneros. Desde los lejanos tiempos en que José André y Mariano Antonio Barrenechea fundaron la notable revista *Música*, careció Buenos Aires de una publicación de crítica musical seria y bien presentada. Recurriendo, pero esta vez con justicia, a una frase vulgar, puede en consecuencia afirmarse que *Música de América* viene a llenar un vacío.

“*Música de América*, — dicen los directores — anhela ser el portavoz del intenso y fecundo movimiento espiritual que agita al continente. Difundir la labor de cada artista, hoy apenas conocido en su país de origen; borrar las ficticias fronteras que separan a los países hermanos, para cimentar la verdadera confraternidad; dar hospitalidad amplia a los escritores, músicos y musicógrafos americanos y argentinos que deseen exponer opiniones, defender ideales, publicar composiciones, contribuir al intercambio intelectual; tales son sus propósitos.

Todos los que en sí sientan vibrar el alma de América; todos los que tienen alguna inquietud espiritual; todos los que anhelan trabajar en pro del nuevo arte, pueden considerar como suyas las páginas de *Música de América*, revista independiente, cuyos ideales son: la cultura y el arte, a los que dedicará sus entusiasmos y su fe inquebrantable en la genialidad de

la raza ibero-americana, *una e indivisible* por comunidad de origen e identidad de destino.

En nuestro ambiente argentino, *Música de América* será un órgano de combate, culto y sin personalismo, abierto a todas las opiniones, en cuyas páginas cabrán el ataque y la defensa, siempre que ambas se inspiren en los altos intereses espirituales del arte."

Su primer número trae el siguiente interesante sumario: Ricardo Rojas, *El arte americano*; La Dirección, *A nuestros lectores*; Juan D'Udine, *Jezabel*; Carlos López Buchardo, *La Campera* (música); Alfonso Broqua, *La Cruz del Sud* (música); Actualidad gráfica y Notas de Actualidad.

A pesar de que *Música de América*, como su nombre lo indica, es una revista esencialmente musical, tendrá una sección de crítica literaria, a cargo de nuestro colaborador y amigo, el poeta Rafael de Diego.

NOSOTROS.

---